

Fotografía de la memoria

Gregorio Valera-Villegas



COLECCIÓN CONTINENTES

Fotografía de la memoria

GREGORIO VALERA-VILLEGAS

Fotografía de la memoria



1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Fotografía de la memoria

© Gregorio Valera-Villegas

Edición y Corrección

Héctor González

Diseño de portada

Arturo Mariño

Diagramación

Fabiola Arneaud

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C. A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela. Teléfono: (58 0212)

485 0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal N° DC2025000628

ISBN 978-980-01-2504-5

PROSCENIO

Fotografía de la memoria es un libro, muchos libros, volcado en un cuerpo de relatos de ficción que se entrecruzan rizomáticamente en juegos de tiempo y narración, y apuestas por la memoria de lo vivido y contado, con resonancias de hechos históricos, en urdimbres de la imaginación. Es, asimismo, una postura de una literatura de matices filosóficos, éticos y políticos, con un trasfondo de carácter comprometido. Es, también, una puesta en texto de unos personajes de carne y hueso y de ficción para hacerlos hablar una vez más, igual y diferente a la vez, en tramas creadas intencionalmente para tocar al lector.

Palabras sin letras

Para Walter Kohan

Era un hombre feo, se diría de él, de aspecto que generaba Erisa en quien le mirara. Su calvicie en una cabeza cúpula contrastaba con su abundante y undosa barba. Cara pequeña y cabeza en forma de ábside. Su nariz rolliza y respingada, sus ojos saltones. Su fealdad no pasaba desapercibida ante nadie y menos entre sus amigos que le gastaban bromas. A él no le importaba y les ayudaba a reír. Pobre y artista de la escultura de obras de escasa estimación, de tres por locha podía decirse. Gustaba, eso sí, de dialogar y de invitar a pensar especialmente los asuntos humanos con todo aquel que se encontrara en su camino.

Aquel día se levantó muy temprano como no era su costumbre. Algo le inquietaba y no sabía qué era. Al estar frente al espejo maquilló su cara como sí era su costumbre. Sus pantalones a punto de caérseles ya estaban puestos en aquel cuerpo delgado y mustio. Solo faltaba la camiseta de tres botones y el sombrerito de peladito de barrio. Pañuelo al cuello y chaleco, «la gabardina» —decía—, infaltables, vinieron al final. Todo listo y a la calle, grácil y a saltitos cruzados.

Ciento cincuenta metros, metros más, metros menos, tuvo que subir para alcanzar la ciudad alta. Atravesó Propileos ligero de pasos. A la derecha divisó el templo de Atenea, la de la sabiduría, y se detuvo un momento a contemplarlo. Luego, transcurridos unos minutos, continuó presuroso como si alguien le esperara. A la izquierda y al final de la Acrópolis le aguarda el Erecteón, le asombra la tribuna apoyada en seis cariátides. «Hermoso, muy bonito. No hay duda». Y sigue el camino ahora hacia el sur, en la ladera de la Acrópolis, restos de edificios le hacen detenerse. Mira a su izquier-

da y una persona extrañamente vestida le llama la atención. Está parada mirando el Teatro de Dioniso, como si le hubiera conocido de antes.

Allí estaba aquel sujeto extraño que a leguas se veía su diferencia con el resto de las personas que pasaban por el lugar. Una túnica púrpura con mangas, vieja y gastada por el uso, que le cubría desde el cuello hasta las piernas le servía de vestido en todo tiempo y lugar. Bajito, barrigón, de ojos saltones y nariz respingada, sin calzado en sus pies. Descuidado de sí en suma, austero y frugal en extremo. Fama había alcanzado por su modestia, su paciencia, su resistencia física y lo brillante de su pensamiento. «El más sabio...» se le consideró; la razón por la cual así se le llamaba, él mismo la había descubierto. Por lo preguntón que era le apodaron «el tábano...», por las interrogantes que como punzadas recibían sus interlocutores, aunque a simple vista parecieran menos complicadas y profundas de lo que eran. Aparentaba no saber ninguna respuesta y acosaba a sus contertulios con preguntas, como un fiscal en un juicio, conduciéndoles a inesperadas y asombrosas admisiones. Aquel extraño personaje estaba abstraído en sus pensamientos cuando él se detuvo muy cerca. Al principio le pareció un pordiosero, luego un estafalario filósofo.

El hombre de peculiar vestuario le dice en alta voz:

—En este teatro se estrenaron las obras de Sófocles, Aristófanes y Esquilo... Las tragedias. Sí, las tragedias— dice, reafirmando lo que cuenta.

—Como quien dice es cosa de acordarse, de memoria de elefante... Ahora, le confieso, que yo tampoco entiendo lo que recuerdo, pero sí sé bien lo que digo..., o no, quizás no, como tampoco.

—Sabes muchas cosas, y no sabes que lo sabes... A ver, ¿qué es la sabiduría?

—¡Uyyy! ¿Por qué no me lo da sencillo y no tan doble y peliagudo?... Sabiduría... sabiduría... sabidúrria... «Ahí está el detalle, chato, que no es lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario». Uno

está aquí tranquilo tomándose una dosis de belleza, cuando de repente, toma tu tomate, me sales tú con esa pregunta tan grandota.

El hombre de la túnica raída y descolorida, por el uso excesivo y los soles de la calle, se quedó un tanto sorprendido por la respuesta. Realmente no esperaba algo así. Él era un entrevistador nato, un preguntón incómodo e irónico en extremo. Se jactaba de tener siempre una réplica punzante cuál más. Por lo que, incómodo, molesto e insatisfecho por la respuesta dada por el tipo del sombrero, el pañuelito rojo sobre el hombro y pantalones en la cadera a punto de caerse, cambió un poco la pregunta para obtener lo que buscaba, que no era otra cosa, que aquel sujeto pintoresco se diera cuenta de su ignorancia, y sacarle de dentro de sí el conocimiento que permanecía oculto e ignorado.

—¿Quién es una persona sabia para ti? O mejor, ¿tú dirías que Sócrates es una persona sabia? ¿Y que, pongamos por caso, Sancho Panza no lo es?

—Sabio como sabio, no sé si es sabio el que más sabio es, porque si sabe tanto para decir que es sabio, no debería estarlo diciendo en cada esquina. El sabio, sabio es y punto... Ese señor Panza, sí, ese sí, tenía tanta sabiduría como Panza, con el cable siempre a tierra... Porque si usted dice que es sabio, pongamos por caso, sabio es, o es tan sabio que no sabe que es sabio y la sabiduría ha abandonado, le ha dejado viudo... ¿Sí me entiende, o se lo repito otra vuelta?... Porque sabio es el que es sabio, y no es, pos, no es... Y está claro, señor sabio..., ni son todos los que son, ni son todos los que están... ¿Sí me entiende, o se lo repito otra vuelta?...

Este señorcito me quiere hundir en el pozo oscuro de sus retruécanos para evadir responder mis preguntas, se las vacila y se escapa como si nada. Es un infla pelotas, no hay duda. La túnica raída la agitaba el viento de la tarde, su dueño estaba ya un tanto molesto y optó por cambiar de asunto, con la idea de alcanzar lo que buscaba. Volvió sobre sus fueros, y preguntó a su interlocutor esquivo una y otra vez con el mismo resultado. Toda pregunta re-

sultaba inútil, la respuesta cambiaba de tono manteniendo su estilo. Nada, sin aparente respuesta, ante el preguntar incesante.

Finalmente, el de la túnica raída, que tenía muy presente en sus actos la virtud del valor, de la firmeza y el coraje, logró sosegar-se de aquel diálogo extraño. Las horas fueron caminando sobre las gradas del teatro de Dioniso hasta desaparecer, y llegó la noche, y con ella la despedida, cada uno se escurrió por entre las sombras de la Acrópolis.

Al pie de la Pirámide de la Luna, indeciso de subir o no, y mirando hacia la cúspide de ella, se halla el señor del sombrero y los pantalones a la cadera a punto de caer, cuando a sus espaldas oye una voz ya conocida que le pregunta.

—¿Es que acaso tienes miedo? El miedo se vence enfrentándolo, aunque te tiemblen las piernas... Dime, ¿qué es el coraje?

El interpelado gira despacio, lo mira de frente y sonríe. Usted de nuevo, el hombre de la túnica raída. Veo que sigue con la misma ropa, ¿es que no tiene otra?... ¿A qué viene esa pregunta?, ¿es que acaso no se ha mirado la suya, que es igual a la última vez que nos vimos? Pero, es que yo soy un personaje... ¡Ah, sí, entonces yo también lo soy! Pero, no me evada la respuesta a la pregunta que le acabo de hacer.

—Ahí está el detalle, chato, que no es lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario. Pero, el caso es que uno está descuidado, tranquilo, mirando esta pirámide aquí en Teotihuacán, cuando de repente, sin más ni más, le zumban desde atrás, como a traición, una de esas preguntotas que usted acostumbra... Como sí, o como no... El caso es que de la preguntadera viene de la preguntadera y no más que preguntadera, va y viene, viene y va, y hasta arriba y hasta abajo, de lado, y de aquí pa'llá, y así... ¿Sí me entiende?

—Perdone mi intromisión repentina y sin respeto, es solo que lo he reconocido desde lejos y por ello me he parado detrás de

usted. Un comediante tan brillante como usted seguramente tendrá la claridad que estoy buscando para ayudarme a comprender algunas ideas de las que tengo dudas desde hace mucho tiempo.

—Usted con su inteligencia inteligente me quiere poner, ahora sí que como quien dice, con diferencias conmigo mismo. No, ni se apure, yo soy el que soy, y si no soy sigo siendo..., pero así si no, chato. Óigame usted, ¿qué clase de pregunta es esa?, si yo no le hice nada para merecer semejante interrogación, que me dejó desinterrogado, de a de veras.

—Señor cómico, porque así se le considera. O mejor, señor gran actor cómico como así lo reconocen. Uno puede en un momento dado hacerse el tonto por estar representando un papel en el teatro, y otra muy distinta es serlo. Al tratar de dialogar con usted no he podido por más que lo he intentado, y mucho menos entenderlo. No me he propuesto molestarlo, ¡por Zeus!, cómo habría de hacerlo, es solo que los seres humanos tienen un especial interés para mí, y me gusta conocerlos.

—Escúcheme, serlo y no serlo o al revés no depende de mí, no soy responsable. Un hombre sabio como usted puede parecer inteligente siempre, y puede no serlo en x circunstancia. Así que un tonto puede serlo a veces, y en otras no, y en otras sí, y al revés. Claro, si a usted le parece, porque esto de pareceres uno no termina, a mí me parece y a otro no, y a otro tampoco.

—Créame que trato de entenderlo, aunque le repito que hasta ahora no he podido... Una pregunta que ha estado rondando en la cabeza al hablar con usted es: ¿qué busca un actor cómico?

—¿No que no, por ahí no, chato? Ahora sí nos desviamos, nos salimos del canal y entramos en uno requetecomplificado de la complicadera. Me llevas a hablar de un asunto que el que busca no encuentra, y sigue buscando y regresa sin regresar a buscar más, pa' lo hondo se mete a nadar, y vuelve salir y resopla, y vuelve a meterse y nada, nada de nada y es mucho. Es algo de la entendadera, no entendible... algo incomprensiblemente incomprensible.

—Yo he decidido preguntar, escuchar, pensar, cuestionar, y al final proponer alguna idea, nunca antes de haber pasado por el proceso antes descrito, aun así, usted deja la pregunta abierta, sin responder. ¿Qué busca un actor cómico? La comedia es género opuesto a la tragedia, ya lo sabemos...

—Y si lo sabemos —le interrumpe el hombre del sombrero— pa' qué pregunta. Usted sabe la respuesta y se hace el que no sabe. Pues no se haga... Ya lo acaba de decir, «ya lo sabemos». No sé quién, además de usted, lo sabe... ¡Ah, sí claro, ya lo entendí, Dios y usted! O como usted diría, los dioses y usted...

—La comedia es historia con final feliz, ¿no es cierto? Y usted como actor representa comedias o papeles que dan risa. Va de aquí para allá haciendo reír, y eso no es fácil. Hacer reír no es fácil y usted lo logra con facilidad...

—Yo hago reír —le interrumpe, una vez más, el hombre del sombrero— al que reír quiere, porque si no quiere yo no obligo. Reír, risa, reidera, vuelvo a reír de risa, de risa vuelvo a reír hasta que ya no doy más risa...

—¿Le gustaría conocer a Aristófanes? Dígame que sí y lo vamos a buscar. A él seguro que le gustaría conocerlo. Un comediógrafo grande para un cómico grande, ¿no le parece justo?

—Pos conocerlo, conocerlo, hoy no. Le digo que no como si le dijera que sí. Otro día, no sé cuál de los días pasados pasaremos juntos. Son muchos los que usted tiene detrás, o adelante. Pero no le garantizo nada. Estos señores de tanta pluma como usted no me convencen mucho. Escriben, escriben en la fiebre de la escribidera que les llena todo el cuerpo, sin dejar ni un lugarcito para hablar. Escriben, escribidera va, escribidera viene...

—Yo no escribo. No sé de dónde ha sacado eso. Debería saber que no escribo, que nada escribiré. Prefiero la palabra viva porque infla mi pensamiento, le da vida y puedo tratar de ayudar a vivir bien a otros, especialmente, aquellos que son ignorantes e ignoran que lo son... Si supiera que Aristófanes no gusta de mí.

No me quiere, ni quiere mis ideas, ni lo que pienso. Llegó incluso a escribir una comedia sobre mí en la que se burla y ridiculiza mi pensamiento y censura mis diálogos con los jóvenes. Yo, por el contrario, reconozco su talento.

—Ya ve, usted, en algo coincidimos, en la no escribidera, mejor dicho, en la habladera. Yo ando con mi máscara fea, soy un enmascarado, pero no de plata, sin plata. No como el Santo, ese es de plata. Yo ando por ahí teniendo como oficio el sin oficio, porque andar con oficio es muy aburrido y sin risa. Soy risible, ando de risa, ella me cunde el cuerpo risible, sin dolor y sin ruina, río risible, y vuelvo risible y río.

—Usted es un hombre feo que da risa, que hace reír...

—Soy un hombre inferior que da risa, a pesar de mi estatura... Ría, ría en el río de la risa, yo me río de la risa, río... Hay momentos momentáneos de la vida, y estos son unos de ellos. Mire usted, cuánta pensadera me ha dado por pensar la pensadera. Ni se lo imagina, imaginándolo desde la imaginadera que a usted le gusta. Porque, no se haga, porque por ahí va su preguntadera, ¿o no? Dígame, ¿o no? ¡A que sí, o a que no! Igual no importa.

—Mire usted, como usted dice. Las respuestas no son fáciles. No son baratas, como diría usted. Y, quizás, me esté volviendo loco tratando de entenderlo.

—¿Cómo dice que me dijo que dije?

—Dije que quizás las respuestas no son tan baratas, que resultan muy caras. Pero, óigame usted, las preguntas no son tampoco baratas, son muy caras, y a veces más caras que las respuestas, ¿no le parece a usted?

—¡Claro que sí, si uno jala la sardina para su brasa! —Y ríe por el sarcasmo. Ríe por vez primera ante el hombre de la túnica raída. Ante el hombre feo, tan feo, que no parece un filósofo sino un actor cómico.

—Bueno, chato, que tenga un feliz regreso de donde vino. Que los dioses le acompañen, como usted diría. Y de paso también

Dios y la virgen de Guadalupe. Tiene usted suficiente compañía acompañada... ¡Ah, y mientras está aquí y no en el otro lado, no dude en venir a platicar conmigo! No lo olvide, pos aquí estaremos si no estamos en otra parte, y ya no me encuentre, sin encontrarme.

El hombre de la túnica raída sigue su visita por la Acrópolis. Todo allí luce casi destrozado y repleto de grúas gigantes como jirafas. Siglos muchos han pasado desde su esplendor cuando la conoció, Pericles ha quedado muy atrás en el tiempo. Algunos fueron los responsables de los destrozos y los saqueos de un lugar otrora tan bello. Sin embargo, el aire de los tiempos idos vuelve sobre ella y sobre la memoria del visitante de los pies descalzos esos, el de la nariz rolliza y respingada, de ojos saltones aquellos. Durante la visita a la Acrópolis, que hacía con cierta frecuencia, le fue posible al contemplar su magnificencia, y con la ayuda de su prolífica imaginación, viajar hasta aquella época de su declive, de su derrumbe.

El hombre de los pantalones casi caídos, con expresión sardónica se vuelve a reír del mundo desde lo alto de la Pirámide del Sol. El del sombrerito aquel, el de los bigotitos aquellos, el de las cejas que se levantan como sables cortantes, trae con él el choteo en todo su cuerpo, todo hecho comedia, hecho risa. Y el «explícame por qué ora sí ya te entendí» vuelve. Vuelve, una vez más, aquel que no dice nada, en apariencia, y sí mucho para reírse del mundo, sin que este último deje de reír al verlo. Dice nada al decir mucho, porque quiere enseñarnos a ser distintos. Y ahí va con sus pasos inconfundibles, rítmicos, grotescos. «Órale, arráncate... desde el momento en que no fui quien era, no supe por dónde andaba... cada quien por su cada lado, ya ve usted, pos vamos a ver si nos vemos... y se acabó».

Retrato escolar

Un desarmar y también un armar, sin instrucciones dadas a la medida, el rompecabezas de una vida. Un desafío de reconstrucción de una totalidad, juego todo/partes/todo, de un algo, en este caso de un alguien, que se nos presenta, intencionalmente, en fragmentos disímiles para hacernos difícil su identificación, como una totalidad que se precie. La solución consiste siempre en volver a armar lo desarmado, en reencontrar el supuesto orden anterior, el que tenía, y que había sido ocultado en la dispersión de las piezas. Armar un rompecabezas es superar el sentimiento de extravío, y encontrar el camino de regreso a lo seguro, al hogar. Es alcanzar el ¡bingo! Y mostrar que sabemos identificar y reconocer cómo son las cosas a pesar del extravío del desarmado. Armar el rompecabezas de una vida es distinto porque la solución no existe previamente, no está hecha, no hay nada que recomponer, sino muchas cosas por encontrar. Lo oculto y el desocultamiento en el acontecimiento de lo nuevo, de lo que podría ser completamente distinto a lo sabido. Se trata, pues, de saber que ese todo concluido, porque se trata de una persona muerta, podría ser otra cosa; otra vida distinta. Armar una vida a sabiendas de lo imposible que resulta. No hay molde que valga. Uno puede imaginársela cómo será, para más tarde, con el paso del tiempo y el cambio de circunstancias, resulte un alguien distinto a como lo imaginábamos. Ahora bien, hablemos a un alguien de carne y hueso. Un alguien que, consciente de lo inútil de los moldes en la creación, en la invención de un algo otro, desarmaba lo armado, lo compuesto, lo fabricado, lo sabido; solo con el objetivo de saber por qué funcionaba así, pongamos un aparato electrodoméstico. O, algo más complejo y difícil, un grupo

de amigos, saber por qué se comportaban así. Después, de mucho darle sesera, terminaba haciéndolo, armándolo, de otro modo, con la ilusión de que ese otro alguien, que posiblemente lo viera, lo leyera, lo observara, desde sus prejuicios claro está, lo hiciera a su vez de otra manera, y así hasta el infinito.

En la tercera página del álbum familiar estaba aquella fotografía, una sombra amarillenta había quedado impregnada en el soporte de la página. Durante mucho tiempo había permanecido allí, no había duda. Era una fotografía escolar, en ella Julio Denis aparecía sentado mirando la cámara, con los brazos apoyados sobre un pupitre de tabla larga, con asiento para dos alumnos, de los antiguos. En la fotografía, datada a mediados de los años veinte del siglo pasado, podía verse su mirada fija, penetrante, como si le hablara a la máquina. De cabello abundante como siempre y carita de un niño travieso, que aparentaba menos edad de la que en realidad tenía. Como telón de fondo podía verse el mapa de la Argentina. La foto había sido vendida, mucho tiempo después, en Tigre, en un mercadillo para turistas, en el año final del siglo XX. La expresión que muestra la cara es, sin dejar de ser invaluable, la de un niño afable pero aburrido. Sobre el pupitre puede verse en la imagen un libro abierto que espera ser leído. Un día de invierno, en la Escuela n.º 10 de Banfield, le fue tomada aquella foto.

Allí en Banfield, en el sur del Gran Buenos Aires, pasaría su infancia. Brumosa y cargada de mucha tristeza, dicho sea con sus propias palabras. Eso sí, con un tiempo y un espacio de un particular sentido que la hacía diferente. *En aquella escuela no puedo decir que fui completamente feliz. Muchos deberes, mucho castigo físico para buscar someternos el cuerpo. La palmeta simbolizaba el castigo supremo. Fui un chico muy distraído para el gusto de mis maestros, que no terminaban de entender porqué hablaba como hablaba, ni porqué sabía*

lo que sabía. Ya a aquella edad leía mucho, incluso libros considerados para gente más grande. En casa leía de verdad, en la escuela hacía los deberes y nada más. A la escuela, tiempo después, se le nombró «Julio Denis». Porque en ella fue alumno él, cuando era un pibe, claro está, dijo alguien en el aniversario número cien de su nacimiento.

La historia no se inició en aquel pueblito distante de la capital, sino en Ixelles, Bélgica, un suburbio de Bruselas. En aquel lugar en guerra le había tocado nacer y vivir sus cuatro primeros años. *La culpable de mi lugar de nacimiento fue la diplomacia. Mi padre pertenecía al cuerpo diplomático de la embajada argentina. Luego, al finalizar la guerra, me trajeron para acá, para Banfield, con la huella de una primera lengua que aprendí y por el que mis compañeros de escuela me veían raro, como si fuera extranjero.* Sus años de primaria los pasó leyendo y leyendo, tanto que un médico, que odiaba las letras, le ordenó a la mamá: *No lo dejé leer más. Leer es peligroso.* Muy seguro de su saber. La madre acató la orden médica, pero la cumplió a su manera. Le prohibió hacerlo sólo en la noche. *Si lo sigues haciendo, vas a ponerte miope por lo pobre de la luz.*

Hoy es 26 de agosto de 2014. Cien años han transcurrido, uno tras otro, desde su nacimiento. Ochentaiséis de su ingreso a la Escuela Normal de Profesores. Los folios amarillentos por el tiempo manoseado hablan de su ingreso y actuación. Lo demás lo dicen el periódico escolar y las fotos. En una de ellas aparece de pie, con sobretodo, corbata y pelo engominado, junto a sus compañeros de clase en el frente de la Escuela Normal. Muchos años después diría: *... yo pertenecí a la generación de cuellos almidonados, de tortura diaria en la nuca. Siempre íbamos de paltó y corbata,*

jamás en mangas de camisa. El sombrero era opcional, pero se usaba con mucha frecuencia. En aquel entonces puede decirse vestía de viejo, un joven vestido de viejo. El viaje me permitió liberarme de aquel ceremonial en el vestir, de todo aquello exterior y un poco ajeno a mí. Ahora me avejento un poco al dejarme la barba, porque eso me permite disimular en algo el sentirme cada vez más joven. Cuando cumplí veinticinco, vestido de aquella manera, me sentí viejo, acartonado. Al cumplir esta edad a un oculista se le ocurrió mandarme gafas, sin que las necesitara en realidad. Eran de pasta y vidrios gruesos que me hacían ver más viejo. Ahora, solo siento que han pasado los años, con sus huellas inevitables, cuando leo. En mis años de corbata y cuello almidonado podía leer toda la noche sin cansarme, hoy no puedo, se me cansan los ojos. Muchos años después en un ejercicio narrativo de memoria sobre la violencia política extrema que se vivía en el momento de realizarlo, las corbatas y los cuellos almidonados desaparecieron de aquella Escuela en una noche extraña, en la que ella termina por convertirse en carnaval y ceremonia iniciática de pantomimas premonitorias.

Desde el segundo corredor vimos que la luz de la luna caía de lleno sobre el corredor opuesto donde estaba la secretaría, la sala de profesores y el despacho del Rengo. El primero en tirarme al suelo fui yo, y Nito un segundo después porque habíamos visto al mismo tiempo las luces en la sala de profesores.

—La puta madre, hay alguien ahí.

—Rajemos, Nito.

—Esperá, a lo mejor se les quedó prendida a los gallegos.

No sé cuánto tiempo pasó, pero ahora nos dábamos cuenta de que la música venía de ahí, parecía tan lejana como en la escalera, pero la sentíamos venir del corredor de enfrente, una música como de orquesta de cámara con todos los instrumentos en sordina. Era tan impensable que nos olvidamos del miedo, o él de

nosotros, de golpe había como una razón para estar ahí y no el puro romanticismo de Nito. Nos miramos sin hablar, y él empezó a moverse gateando y pegado a la barandilla hasta llegar al codo del tercer corredor. (...) Cuando nos arrastramos hasta quedar al lado de las puertas de nuestra aula, Nito se volvió y me hizo seña de que me acercara más: —¿Vamos a ver? Asentí (...) Casi no me sorprendí cuando Nito se enderezó, fatalista, a menos de cinco metros del último corredor donde las puertas apenas entornadas de la secretaría y la sala de profesores dejaban pasar la luz. La música había subido bruscamente, o era la menor distancia; oímos rumor de voces, risas, unos vasos entrechocándose. Al primero que vimos fue a Raguzzi, uno de séptimo ciencias, campeón de atletismo y gran hijo de puta, de esos que se abrían paso a fuerza de músculos y compadras. Nos daba la espalda, casi pegado a la puerta, pero de golpe se apartó y la luz vino como un látigo cortado por sombras movientes, un ritmo de machicha y dos parejas que pasaban bailando. Gómez, que yo no conocía mucho, bailaba con una mina de verde, y el otro podía ser Kurchin, de quinto letras, un chiquito con cara de chanco y anteojos, que se prendía a un hembrón de pelo renegrado con traje largo y collares de perlas. Todo eso sucedía ahí, lo estábamos viendo y oyendo, pero naturalmente no podía ser, casi no podía ser que sintiéramos una mano que se apoyaba despacito en nuestros hombros, sin forzar.

—Ushtedes no shon invitados —dijo el gallego Manolo—, pero ya que eshtán vayan entrando y no she hagan los locos¹.

1 Toto es el narrador del cuento en tono de anécdota de su juventud que, en las primeras líneas de la lectura, uno supone que está ocurriendo una travesura de muchachos que sólo quieren visitar por la noche su escuela. La acción del cuento tiene lugar en los años treinta en Buenos Aires y la escuela es la Normal Mariano Acosta. Líneas después, la trama se complica hasta alcanzar un clímax inesperado en sus últimas páginas.

Una noche, décadas después de lo sucedido en *La escuela de noche*, un muchacho alto, desgarrado, iba en el bus leyendo el libro *Alguien anda por ahí*.

—¿Qué lees? —Le preguntó un oficial de policía vestido de civil. El muchacho ingenuamente le mostró la página y también la tapa.

—La noche de Mantequilla en *Alguien que anda por ahí* —leyó el policía y sonrió—. Y vos no sabés que este autor está prohibido —le increpó con sarcasmo.

—No, no lo sabía.

—Pues, dejame decirte que no te creo. Así que acompaña-me a la comisaría para que declarés.

Corría para aquel entonces el año de 1977, tiempo en el que el llamado Proceso apenas se iniciaba. Del muchacho nunca más se supo... *Este hecho ya me lo habían contado. ¡Che, no sabés cuánto me dolió!... Felizmente las circunstancias han cambiado un poco. Todavía falta mucho, es verdad, pero algunas conquistas hemos obtenido... Creeme que me siento muy honrado y, por qué no, hasta orgulloso de que se me reconozca en alguna calle de Buenos Aires. Hace poco viví una situación muy distinta al hecho que contás. Yo venía por Corrientes cuando un grupo de chicos me reconoció y se me abalanzaron para que les diera un autógrafo. Ellos venían en una manifestación por los desaparecidos en el Proceso. Y esos pibes me decían cosas muy bonitas que me conmovieron. Les firmé en donde me lo pedían. Al final, las chicas me dejaron los cachetes y la frente llena de besos. Y las palabras: ¡gracias por hacer lo que hacés! ¡Gracias por estar aquí! Resonaron muy fuertemente en mí.*

Sus huellas pueden seguirse en *Addenda*, la revista de la Escuela Normal. En el consejo editorial se lee su nombre: «Julio De-

nis». Corren los días de 1935, son días de agitación en el centro de estudiantes y de afanes editoriales en la dirección de la revista de marras. En la página 5 leemos el fragmento del poema Bruma:

Baudelaire... te pido me des una pluma
Que en noche de insomnio
Hayas estrujado contra tu cerebro.
Manet, por los bordes de tus concepciones
Vagaré anhelante de encontrar lo Bello
Que me niegan todos
Los que han sentido como tú el llamado
Del aire, del ritmo, del amor y el cielo.

Será su primera muestra creativa publicada, la primera de las muchas, se diría. Aunque esta afirmación es relativa, porque se ha dicho que no es sino hasta 1948 cuando publica *Los reyes*, poema dramático o drama mítico², como su primera obra firmada con su nombre de pila. Contaba para aquel entonces 34 años.

Él era un niño enfermizo, lo que lo hizo pasar muchas horas en cama. Aburrido de insomnio se escapó en los libros, en sus lecturas interminables. Madre e hijo hicieron de ellas su puente de complicidad. Ella le sugería la mayoría. Luego tuvo miedo de que le hicieran daño. ¡Cómo no extrañar la lectura de autores franceses! Sus preferidos de toda la vida. Al cumplir los nueve de edad había leído, en los meses previos, a Víctor Hugo, y también a Verne y a uno de sus autores preferidos, el estadounidense Edgar Allan Poe. Las pesadillas se hicieron presentes y permanecieron en sus noches durante un tiempo. Muy chico se aventuró en la escritura,

2 En él aborda ciertos dilemas éticos y políticos que se le presentan al ser humano en la sociedad capitalista, a saber: el mal que acompaña al poder, sea individual o político, el conflicto ético del materialismo frente a la vida espiritual, la dualidad en el hombre entre su condición humana y animal.

contaba escasos diez años cuando se decidió a escribir una novela. Su madre y algunos familiares llegaron a sorprenderse por la calidad de sus escritos, hasta el punto de llegar a dudar de su autoría. Ello le causó mucha tristeza. *Che, a quién no, imagínate que hasta tu propia madre dude de tu escritura... Recién me he enterado de que mi madre guarda con mucho celo el manuscrito de la novela... Y yo que lo creí perdido para siempre, para mi felicidad.*

Y regresamos a la escuela normal de la mano de la narración de Toto. Se trataba, sí, de entrar en ella a deshoras para ver cómo era durante la noche, cuando se suponía que ninguna alma estaba en sus pasillos. Sola en la semipenumbra de las horas nocturnas. La sorpresa vendría después, justo al andar por sus pasillos. Escuchemos a Toto:

... La idea de meterse de noche en la escuela anormal (lo decíamos por jorobar y por otras razones más sólidas) la tuvo Nito, y me acuerdo muy bien que fue en La Perla del Once y tomándonos un Cinzano con *bitter*. Mi primer comentario consistió en decirle que estaba más loco que una gallina, pesealokual —así escribíamos entonces, desortografiando el idioma por algún deseo de venganza que también tendría que ver con la escuela—, Nito siguió con su idea y dale conque la escuela de noche, sería tan macanudo meternos a explorar, pero qué vas a explorar si la tenemos más que manyada, Nito, y, sin embargo, me gustaba la idea, se la discutía por puro pelearlo, lo iba dejando acumular puntos poco a poco.

Encontrarla a solas, en la noche, era muy distinto. El contraste entre sus horas diurnas y las nocturnas era evidente. De día era el lugar de la vigilancia y el castigo, el lugar del examen como acontecimiento impredecible; del que se salía con una etiqueta imaginaria en la frente: inteligente o bestia, normal o anormal. Por

cierto que, en *El Examen*³, Toto se convierte en un lector y narrador omnisciente, la Escuela Normal se ha metamorfoseado en la Casa, casa de lectura o, al fin y al cabo, escuela de Letras:

... Dos chicas salieron casi corriendo de un aula. Cambiaban frases como picotazos, ni vieron a Clara en su apuro por llegar a escalera. «Capaces de irse a escuchar a otro capítulo de otro libro. Como si movieran el dial de la radio, de un tango a *Lohengrin*, al mercado a término, a las heladeras garantidas, a Ella Fitzgerald... La Casa debería prohibir ese libertinaje. De a uno en fondo, queridos oyentes, y a no prenderse de Stendhal hasta no acabar *Zogoi-bi*». Pero en la casa mandaba el doctor Menta, siervo de la cultura. Lea libros y se encontrará a sí mismo. Crea en la letra impresa, en la voz del Lector. Acepte el pan del espíritu. «Esas dos son capaces de subir para oírle a Menghi alguna novela rusa, o versos españoles también dichos por la señorita Rodríguez. Tragan todo sin masticar, a la salida comen un sándwich en la cantina de la Casa para no perder el tiempo, y se largan al cine o a un concierto. Son cultas, son unas ricuras. En mi vida he visto pedantería más al divino botón...». Porque hubiera sido inútil preguntarle a una de esas chicas

3 Juan y Clara, un matrimonio joven, están a la víspera de la presentación de un examen, rendir, diría Julio Denis. Ellos permanecen acompañados durante las veinticuatro horas que dura la víspera, por Andrés Fava y Stella, su pareja y por el cronista. Y son perseguidos por Abel, un personaje enigmático que busca a Clara. El tiempo transcurre en un Buenos Aires de atmósfera pesada y lúgubre, en una suerte de caminata citadina, sin rumbo fijo, en la que lugares conocidos de la ciudad porteña van apareciendo: el Teatro Colón, la avenida Corrientes, la plaza de Mayo, la universidad, por nombrar algunos. El grupo de amigos realiza el recorrido partiendo desde la Casa, la Escuela Normal a nuestro entender, hasta la zona del puerto. Una conversación variopinta sobre diversos temas: el arte, la cultura, la literatura y la realidad sociopolítica. La atmósfera porteña cargada por la niebla, que todo lo inunda y lo comprime, va acompañándoles en la sucesión de cuadros y estampas grotescas en los lugares recorridos; generando en mí, como lector, un clímax de desasosiego sin solución de continuidad. Al llegar a la zona del puerto, Clara y Juan optan por marcharse para no encontrarse con el peligroso Abel.

qué pensaba de lo que ocurría en la ciudad, en las provincias, en el país, en el hemisferio, en la santa madre tierra. Informaciones todas las que uno quisiera: Arquímedes, famoso matemático, Lorenzo de Médicis hijo de Giovanni, el gato con botas, encantador relato de Perrault, y así sucesivamente...⁴.

Leer y leer como un desaforado. En la Escuela Normal lo hacía, cierto, por los deberes escolares, claro está; pero también mucho más allá de ellos. *En aquellos días no llegué a pensar en eso «de los autores que me influyeron». Leía con mucha atención sus obras. Algunos me hinchaban las pelotas por lo malos que eran. Era muy exigente. Puedo nombrar, sin que sea exhaustiva la lista, a: Julio Verne, Alfred Jarry, Macedonio, Borges, sin duda, Homero, Arlt, Garcilaso, Damon Runyon, Cocteau. Este último me metió de cuerpo entero en la literatura contemporánea. Y también a: a la Woolf, a Keats, extraordinarios, Lautréamont, S.S. Van Dine, Pedro Salinas, Rimbaud, Ricardo E. Molinari, Edgar A. Poe, Lucio V. Mansilla, Mallarmé, Raymond Roussel, el Hugo Wast de Alegre y Desierto de piedra, y el Charles Dickens del Pickwick Club. Y pudiera seguir nombrando obras y autores, pero basta con esta pequeña muestra. A autores españoles como Unamuno, Pío Baroja, Azorín, solo usados para combatir el insomnio por mí en casos de insomnio, con la excepción de La Dorotea de Lope de Vega y La Celestina de Fernando de Rojas. Y... al Quijote no lo nombra, ¿acaso, se le olvidó?... Onetti, Felisberto Hernández y Marechal es conveniente que los incluya en la lista; los he leído y estudiado sin padecer de insomnio.*

4 El narrador ausculta con profusión los personajes y sus actuaciones. Asimismo, analiza la ambigüedad presente en las relaciones entre frases dichas y las muchas comparaciones presentes en el relato, que plantean relaciones entre órdenes y niveles distintos.

De niño, Julio Denis resultó muy enfermizo, lo que lo llevó a permanecer mucho tiempo en cama. La lectura se hizo su compañera de convalecencia. Horas, días, noches sin abandonarlo ni un instante. Allí estaba con él, haciéndole dar vueltas a la cabeza mientras imaginaba y comprendía un tanto mejor el mundo y sus propias circunstancias. Su madre se hizo su cómplice. Apasionada lectora, le sugeriría lo que podía leer. Ella guio sus pasos iniciales como lector, y más tarde como escritor; a pesar de que, como lo hemos dicho, llegó a no creer en su autoría de los primeros textos literarios. Es cierto que muy pronto, siendo un niño de diez años, aparecieron en su mesa de lectura Julio Verne, Víctor Hugo y Edgar Allan Poe. Autores de obras que lograban muchas veces trastocarlo, llegándole incluso a generarle las consabidas pesadillas, las que combatía con otras lecturas. Leía con auténtica fruición, sin separarse jamás de su diccionario el pequeño Larousse. Se cuenta que su madre una tarde, preocupada por la excesiva pasión por la lectura de su pequeño hijo, decidió pedir ayuda. Lo de pequeño es un decir porque ya para edad era un auténtico larguirucho, alto y flaco, eso sí, con su eterna cara de niño travieso.

—¿Qué puede decirme maestro Rodríguez?, ¿qué puedo hacer? —Le preguntó al director de su escuela.

—Pues querida señora, yo mismo me lo pregunto. Porque generalmente la pregunta más común es qué puedo hacer para que mi hijo se interese por la lectura; y no al revés. Tengamos paciencia, hagamos que él practique algún deporte al aire libre. ¿Qué le parece?

La madre no salió de la oficina del director muy satisfecha por los consejos recibidos, y al día siguiente fue al consultorio de un médico amigo de la familia. *Che, Luisito* —así le llamaba desde niño—, *que opinás vos de lo excesiva que está resultando la lectura para Julito. Se pasa muchas horas leyendo, tantas que me asustan*

porque pienso que pueden causarle algún daño en su mente. Ya de hecho me ha hablado de que ha tenido pesadillas. Se calló y le miró con cierta ansiedad, esperando la respuesta del médico. Quedate tranquila, creo que nada grave puede llegar a pasarle. Tratá de que adquiriera algún hobby, como escuchar música, por ejemplo. Hablá más con él, entreténelo para que se distraiga un poco. Yo, por mi parte, te prometo que también hablaré con él. Por aquellos años de fruición intensa por la lectura, se inicia también en la escritura de su primer relato largo y de algunos sonetos. *¿Es que acaso dudás de que yo escribiera esta pequeña novela? No, hijo,* es que me asombra que un chico de tu edad pueda hacerlo. Eso es todo. Disculpame *si te he hecho pensar así. No es mi intención. Al contrario, seguí escribiendo. Es muy bueno que lo hagás.* Esta reacción de su madre no le convenció ni en lo más mínimo. Se sentía muy molesto por las dudas, aunque razonables, de su madre. Hasta el punto de que esa idea la mantuvo siempre: su madre, sencillamente, no creyó en la autoría de sus textos iniciales. Décadas después la haría pública en algunas de las muchas entrevistas, concedidas a periodistas deseosos de hurgar su historia de vida.

El interés por los escritores clásicos creció y se amplió en la Escuela Normal. La influencia de algunos de sus maestros de entonces fue muy importante, hasta el punto de que uno de ellos terminó por asumir el papel de su madre, se llamaba Arturo Marasso. La relación se inició lentamente debido a la timidez del alumno, timidez que era en realidad una mezcla de respeto y admiración. Luego de un tiempo de acercamiento lento, el maestro le invitó a leer algunos autores, y terminó prestándoselos con cierta frecuencia. De ellos, tres cabe destacar: John Keats y Jean Cocteau, autores cuyas obras llegaron a convertirse para él en libros de cabecera. El tercero fue Borges. Su relación con él llegó a ser de distancia po-

lítica, este era un escritor de derecha, y de cercanía literaria. Llegó incluso a conocerle personalmente. Su cuento «Casa tomada» fue leído por él, recomendando su publicación.

En la escuela primaria, en el bachillerato y en la Escuela Normal, una constante atravesó mi vida, la irreverencia. Siempre me costó aceptar una suerte de herencia con testamento: «Esto es así y tiene que mantenerse igual». Eso no lo aceptaba. Mejor dicho, che, nunca lo he aceptado. Las cosas dadas, las cosas que me daban no podía aceptarlas tal y como me las entregaban. Así, ante esa herencia, al tenerla en mis manos, comenzaba mi fidelidad desde mi actitud de serle infiel. No niego que muchas veces al tratar de hacerlo me he llevado mis encontronazos; y otras veces lograba cambiarlo, llevarlo, a mi modo, para otro lugar. Esto también me sucedía, y continuo haciéndolo, con la lectura y con mi obra escrita. Con ellas tengo esa misma relación. No he aceptado ni aceptaré las cosas tal y como me son dadas. Las recibo y les soy infiel.

... Nito estaba decidido, si yo no quería acompañarlo saltaría solo un sábado a la noche, me explicó que había elegido el sábado porque si algo no andaba bien y se quedaba encerrado tendría tiempo para encontrar alguna otra salida. Hacía años que la idea lo rondaba, quizá desde el primer día cuando la escuela era todavía un mundo desconocido y los pibes de primer año nos quedábamos en los patios de abajo, cerca del aula como pollitos. Poco a poco habíamos ido avanzando por corredores y escaleras hasta hacernos una idea de la enorme caja de zapatos amarilla con sus columnas, sus mármoles y ese olor a jabón mezclado con el ruido de los recreos y el ronroneo de las horas de clase, pero la familiaridad no nos había quitado del todo eso que la escuela tenía de territorio diferente, a pesar de la costumbre, los compañeros, las matemáticas. Nito se acordaba de pesadillas donde cosas instantáneamente borradas por un despertar violento habían sucedido en galerías de la escuela, en el aula de tercer año, en

las escaleras de mármol; siempre de noche, claro, siempre él solo en la escuela petrificada por la noche, y eso Nito no alcanzaba a olvidarlo por la mañana, entre cientos de muchachos y de ruidos. Yo, en cambio, nunca había soñado con la escuela, pero lo mismo me descubría pensando cómo sería con luna llena, los patios de abajo, las galerías altas, imaginaba una claridad de mercurio en los patios vacíos, la sombra implacable de las columnas. (...) Los preparativos fueron simples, conseguí una linterna y Nito me esperó en el Once con el bulto de un poncho bajo el brazo; empezaba a hacer calor ese fin de semana, pero no había mucha gente en la plaza, doblamos por Urquiza casi sin hablar, y cuando estuvimos en la cuadra de la escuela miré atrás y Nito tenía razón, ni un gato que nos viera. (...) Casi meto la mano en un pincho, pero pude saltar bien, la primera cosa era agacharse por si a alguien le daba por mirar desde las ventanas de la casa de enfrente, y arrastrarse hasta encontrar una protección ilustre, el basamento del busto de Van Gelderen, holandés y fundador de la escuela.(...) Daban ganas de usar las tizas y dejar dibujos en el pizarrón, pero Nito sintió que no había venido para jugar, o que jugar era una manera de no admitir que el silencio nos envolvía demasiado, como un eco de música, reverberando apenas en la caja de la escalera; también oímos una frenada de tranvía, después nada. (...) y el profesor Iriarte que se dirigía al cuadro como en una clase, después un saludo ceremonioso al Rengo y a la señorita Maggi, yo perdiéndome como podía entre las locas del fondo que me miraban riéndose y cuchicheando hasta que el profesor Iriarte carraspeó y se hizo un silencio que duró no sé hasta cuándo.

—Se procederá a enunciar el decálogo —dijo el profesor Iriarte—. Primera profesión de fe.

Yo lo miraba a Nito como si todavía él pudiera ayudarme, con una estúpida esperanza de que me mostrara una salida, una puerta cualquiera para escaparnos, pero Nito no parecía darse cuenta de que yo estaba ahí detrás, miraba fijamente el aire como todos, inmóvil como todos ahora.

Monótonamente, casi sílaba a sílaba, el cuadro enunció:

—Del orden emana la fuerza, y de la fuerza emana el orden.

—¡Corolario! —Mandó Iriarte.

—Obedece para mandar, y manda para obedecer —recitó el cuadro.

Era inútil esperar que Nito se diera vuelta, hasta creo haber visto que sus labios se movían como si se hicieran eco de lo que recitaban los otros. (...) Eso seguía, como dos monólogos, cada uno por su lado, de alguna manera yo empezaba a darme cuenta de que algo no andaba, de que Nito estaba como en otra cosa. Pasó Moreira y saludó con una guiñada de ojos, de lejos vi a la Chancha Delucía que entraba corriendo, a Raguzzi con su saco deportivo, todos los hijos de puta iban llegando mezclados con los amigos, con Llanes y Alermi que también decían qué tal, viste cómo ganó River, qué te había dicho, pibe, y Nito mirándome y repitiendo aquí no, ahora no, Toto, a la salida hablamos en el café. Pero mirá, mirá, Nito, miralo a Kurchin con la cabeza vendada, yo no me puedo quedar callado, subamos juntos, Nito, o voy solo, te juro que voy solo ahora mismo. No, dijo Nito, y había como otra voz en esa sola palabra, no vas a subir ahora, Toto, primero vamos a hablar vos y yo. (...) —¿Y por qué no voy a subir? —dije absurdamente—. ¿Por qué no lo voy a denunciar al Rengo, a Iriarte, a todos?

—Porque es peligroso —dijo Nito—. Aquí no podemos hablar ahora, pero en el café te explico. Yo me quedé más que vos, sabés.

—Pero al final también te escapaste —dije como desde una esperanza, buscándolo como si no lo tuviera ahí delante mío.

—No, no tuve que escaparme, Toto. Por eso te digo que te calles ahora.

—¿Y por qué tengo que hacerte caso? —grité, creo que a punto de llorar, de pegarle, de abrazarlo.

—Porque no te conviene —dijo la otra voz de Nito—. Porque no sos tan idiota para no darte cuenta de que si abrí la boca te va a costar caro. Ahora no podés comprender y hay que entrar a clase. Pero

te lo repito, si decís una sola palabra te vas a arrepentir toda la vida, si es que estás vivo.

Jugaba, claro, no podía ser que me estuviera diciendo eso, pero era la voz, la forma en que me lo decía, ese convencimiento y esa boca apretada. Como Raguzzi, como Fiori, ese convencimiento y esa boca apretada. Nunca sabré de qué hablaron los profesores ese día, todo el tiempo sentía en la espalda los ojos de Nito clavados en mí. Y Nito tampoco seguía las clases, qué le importaban las clases ahora, esas cortinas de humo del Rengo y de la señorita Maggi para que lo otro, lo que importaba de veras, se fuera cumpliendo poco a poco, así como poco a poco se habían ido enunciando para él las profesiones de fe del decálogo, una tras otra, todo eso que iría naciendo alguna vez de la obediencia al decálogo, del cumplimiento futuro del decálogo, todo eso que había aprendido y prometido y jurado esa noche y que alguna vez cumpliría para el bien de la patria cuando llegara la hora y el Rengo y la señorita Maggi dieran la orden de que empezara a cumplirse⁵.

5 Toto narra con lujo de detalles el ingreso a la escuela el sábado por la noche, tal y como había sido acordado con Nito. Y también lo que ocurre durante la bacanal, de corte carnavalesco y orgiástico, que se encuentra en esa otra cara de la escuela de noche: violenta, patética, por momentos absurda, hasta llegar a ser siniestra. Así, es prolijo al describir la celebración ritual. La recitación del decálogo es un momento relevante de la narración: «Del orden emana la fuerza, y de la fuerza emana el orden. Obedece para mandar, y manda para obedecer». Es el momento del juego predictivo/retrodictivo: presente/pasado. La visita nocturna a la escuela es tierra de cultivo de lo facistoide que vendría después en la Argentina: el denominado Proceso, para decirlo más claro, la dictadura militar. Totalitarismo sembrado en las aulas y cosechado en los centros clandestinos de detención, algunas décadas después. Nito le dice: *Pero te lo repito, si decís una sola palabra te vas a arrepentir toda la vida, si es que estás vivo.* Toto le replica: ¿Y por qué tengo que hacerte caso? Porque de lo contrario te callarán para siempre... *cuando llegara la hora y el Rengo y la señorita Maggi dieran la orden de que empezara a cumplirse.* Y el decálogo cobraría toda su fuerza en su estricto cumplimiento *futuro del decálogo, todo eso que había aprendido y prometido y jurado esa noche y que alguna vez cumpliría para el bien de la patria cuando llegara la hora y el Rengo y la señorita Maggi dieran la orden de que empezara a cumplirse.*

Una escuela sí, pero convertida en una fábrica de fascistas. Un sujeto alumno que atravesaba una especie de cadena montaje y terminaba convertido en el moderno Prometeo latinoamericano. ¿Un Frankenstein? Exacto, al mejor estilo de Mary Shelley. Un individuo al servicio de un aparato político y militar del hacer morir y dejar vivir. Un Prometeo que se apoderara del llamado fuego sagrado de la vida. Y también un poder totalitario convertido en soberano. Ojalá y este nuevo Prometeo reciba el castigo que bien se merece, no de los dioses, sino de los humanos. No por Nito (en tanto argenti-nito), claro está, sino por argen-tino, por el pueblo argentino. Exacto, bien vale la metáfora viva, que nos hace pensar en ese pueblo y su circunstancia.

Por aquel entonces, la Escuela Normal sufría una metamorfosis nocturna, se convertía en otra. Esa que al final terminó por develarse en su auténtica cara, sin la máscara que se ponía durante la jornada diurna. Esa escuela Frankenstein era, con mucho, un remedo del Proceso argentino. Una escuela inocente y cauta de día, con su otra cara nocturna. Una escuela que normalizaba a unos sujetos para que pudieran funcionar en una sociedad futura. El general, líder del Proceso, unos días antes en su celda, de la cual se escapó del castigo humano muriéndose, decía, con mucho sarcasmo:

—Che, el problema consistía en qué hacer con los inadap-tados, con los anormales. No podíamos llevarlos públicamente al paredón de fusilamiento, ni tampoco podíamos castigarlos judicialmente. La mejor manera que se me ocurrió fue desaparecerlos, y la razón era muy simple: si no había archivo, ni cuerpos, tampoco había delito.

—¿Una suerte de solución final al mejor estilo nazi?

—No, nunca hablamos en esos términos. Che, mis colegas y yo jamás usamos esas palabras... En la Argentina había que proceder de otra manera. Se trataba, más bien, de una disposición final. Estas palabras sí las usamos, porque representaban lo que queríamos en verdad hacer, que no era otra cosa que sacar de circulación

a unos sujetos convertidos en trastos viejos para la nueva sociedad argentina que queríamos construir, y no había más remedio que lanzarlos al tacho...

—¿Y quién daba la orden, usted general? Che, no, la ruta era distinta, se hacía mediante la cadena de mando...

—¿Cadena de mando? Puede dar detalles... puede decirnos cómo funcionaba esa cadena de la que habla...

—Che, tenés que entender que estábamos librando una guerra contra un enemigo que no se podía subestimar... Había que disponer de ciertos sujetos si queríamos ganarla. Y lo hicimos. La cadena de mando, cualquier militar te la puede explicar, incluso mejor que yo. La suerte de un desaparecido no era una decisión de un muchacho recién recibido de oficial. No, esos casos los ordenaba un capitán, que, a su vez, recibía la orden del jefe de brigada, que a su vez recibía la orden del comandante, o, según el caso, el jefe de zona. Y así sucesivamente hasta llegar hasta mí, como comandante en jefe.

Finitud y silencio. Aquel día se sintió morir. Corrían los días de agosto. En el 9 de aquel mes fatídico sufrió la hemorragia. Su estómago se había convertido en un manantial doloroso de sangre. No se detenía y seguía saliendo de su cuerpo. Pálido y casi inconsciente fue llevado al hospital más cercano. Cesar la hemorragia, detenerla a como diera lugar para salvarle la vida, era la clave. Dos horas después de haber sido internado, todo parecía inútil. La vida se le iba. A media noche lograron estabilizarlo, y el médico al fin pudo dar alguna esperanza de salvación. Dos días más tarde pudo enderezarse en su lecho de enfermo. El quinto día fue dado de alta. Al llegar a casa se sentó ante la máquina de escribir y reanudó la página que había quedado a medio hacer. Nunca dejó de escribir. Siempre lo hacía, incluso hasta unas horas antes de fallecer, cuando pudo terminar de corregir *El examen*. El día 10 del último mes

del 83 fue un día de fiesta para Denis. Celebró la asunción del nuevo gobierno y de su presidente elegido por sufragio universal. Ello representaba el final de siete largos y fatídicos años de totalitarismo, de allí su especial alegría. A los pocos días visita por última vez Buenos Aires, ya para aquel momento la enfermedad que venía padeciendo desde un tiempo atrás había avanzado en demasía. Una fuerte brisa batió con furia la puerta principal de la Escuela n.º10 en Banfield —aquella que poco tiempo después llevaría su nombre—, siguió sobre la plaza Serrano —la que también llevaría su nombre— agitando la hojarasca del verano. La brisa, convertida en borrasca, pasó entre los pretils del puente situado sobre la avenida San Martín, en el barrio de Agronomía, que también pasaría a llevar su nombre. Y siguió su ruta ya transformada en sudestada, hasta agitar las aguas del río de La Plata en las cercanías de Montevideo. Meses más tarde, una suave brisa movería las piedrecillas, las flores secas, los lápices, las cartas, los libros abiertos y los paquetes de cerezas dejados al pie de un cronopio⁶, en una tumba en Montparnasse.

6 ¿Yo Julio Denis pudiera llegar a ser un cronopio? Me he hecho esta pregunta muchas veces. Llegaré a ser un ser verde y húmedo. Sí, es posible, fantásticamente hablando, claro está. Allá por el año de 1952, escuchando un concierto de Louis Armstrong, se me ocurrió esta palabra. Louis era un enorme cronopio. Fue una visión fantástica que tuve. De repente vi un grupo de pequeños globos verdes flotando alrededor del escenario y sobre mi cabeza... No, no, no tiene nada que ver con Crono, el de la mitología griega, con ese joven titán que blandía la hoz con la que castró a Urano, su padre, para destronarlo y gobernar durante la edad dorada. Ni tampoco con el tiempo *chronos*. Ni con el dios del eterno paso del tiempo. Nada de esto tiene que ver con él... Esa visión la usó para titular el artículo de crítica que escribió sobre el concierto de marras. Se dice que fue la primera vez que usó esta palabra. A él, en efecto, se le ha preguntado, muchas veces, ¿quién es un cronopio? ¿cómo se puede identificar a alguien como cronopio? ¿cómo es su personalidad, sus características, sus inclinaciones artísticas, si es que las tiene?... Es muy simple, solo tienes que leer mis relatos para saberlo, para entresacar de ellos lo que pides. Allí encontrarás que son criaturas ingenuas, idealistas, soñadoras, ilusionadas, sencillas, muy sensibles y poco comunes, más bien un poco raras. Por contrastación con las famas también puedes identificarlos. Ellas son criaturas rígidas,

Nací por casualidad en un lugar llamado Ixelles, un modesto suburbio situado en el sur de la ciudad de Bruselas, en Bélgica. Y digo por casualidad porque de un día para otro a mi padre lo comisionan en una misión comercial en la legación argentina en Bélgica, y como hacía poco que se había casado con mi madre, terminó llevándosela para allá. Por aquellos días la ciudad permanecía ocupada por los alemanes. Che, te estoy hablando de 1914, el 26 de agosto de ese año me tocó nacer. Eran los días de inicio de la Primera Guerra Mundial, la llamada Gran Guerra. Allí viví los primeros cuatro años, luego mis padres decidieron volver a la Argentina. De ellos me quedó la pronunciación afrancesada de la «r», que mis compañeros de escuela en Banfield me echaban en cara.

Clara, Juan, Andrés y el cronista, después de deambular por la ciudad, llegan a la facultad. Un deambular durante las horas previas a dar el examen. Un deambular por el que la ciudad va rin-

obsesivas, complicadas. Y esta contrastación debe incluir las esperanzas, que se caracterizan por ser simples, indolentes y aburridas... ¿Un burgués se puede identificar con una fama, y una esperanza con qué?... Che, no hay duda. Un burgués podría ser una fama. Y, siguiendo tus palabras, la esperanza sería el llamado lumpenproletariado, que tiene a la apatía como mal... Lee, si querés, *Historias de cronopios y de famas*... Lo hojeamos de atrás hacia adelante y encontramos a Tortugas y cronopios: *Ahora pasa que las tortugas son grandes admiradoras de la velocidad, como es natural. Las esperanzas lo saben, y no se preocupan. Los famas lo saben, y se burlan. Los cronopios lo saben, y cada vez que encuentran una tortuga, sacan la caja de tizas de colores y sobre la redonda pizarra de la tortuga dibujan una golondrina*... Esto de los cronopios y famas es un juego, del cual, solo entrando en él, podrás conocer su verdad... Es una taxonomía tuya de tipos humanos, en la que puede entreverse un tono metafísico... Che, eso suena muy fuerte, muy cargado. Yo te dejo con tus elucubraciones filosóficas. Hasta pronto... De todas maneras, quienes han recibido tal denominación han sido tipos extraordinarios, como Samuel Róbinson, también llamado Simón Rodríguez, por ejemplo.

diendo una suerte de examen de conciencia, con penitencia postergada, por la atmosfera lúgubre que va presentando al paso de los estudiantes. La memoria de la ciudad es borrosa como su atmósfera, sus pecados son parcialmente confesados, lo que la convierte en una penitente en pecado mortal. Mientras tanto, el examen escolar se alarga en su rendición.

(...)

—¿Se puede entrar en las aulas? —preguntó Juan a los bedeles.

—No.

—¿Por qué?

—Están cerradas con llave.

—¿Y nos puede abrir una?

—No.

—¿Por qué?

—No tengo las llaves.

—¿Quién las tiene?

El bedel miró al otro bedel, mientras Andrés daba un paso atrás y se apoderaba del extremo del banco. Tocó el hombro de Clara, esperó que se sentara. El cronista vino a ponerse al lado de ellos, y los estudiantes que ocupaban el resto del banco se apretaron para dejarles sitio. (...) Qué bonita es su blusa, Stella.

—Es vistosa —dijo Stella—. Y sobre todo liviana. Veo que tiene buen gusto.

—La estrangulada de la calle Rincón tenía una blusa igual —dijo el cronista, mirando las piernas de la estudiante que empezaba a subir la escalera. Oyó el chillido («realmente una rata», pensó) del bedel gordo, las piernas se le inmovilizaban, la orden de bajar inmediatamente.

—Pero si tengo que hacer una averiguación arriba —dijo la estudiante.

—¡Baje enseguida! ¡No se puede subir!

—¿Por qué no se puede? —dijo Juan—. Si me da la gana subo ahora mismo. ¿Quiere que la acompañe?

—No, no —dijo la estudiante, pálida—. Prefiero quedarme aquí.

—Hace bien —dijo un estudiante—. Capaz que después no la dejan rendir. (...)

—Nadie abusa —dijo el bedel—. Pero hablen más despacio. Comprenda nuestra responsabilidad, señor.

—Absolutamente ninguna —dijo Juan—. Ustedes no tienen nada que ver con nosotros. Que venga el Secretario o un profesor.

—Che, no hagan lío —dijo el estudiante de los apuntes—. Primero demos el examen y después hay tiempo para protestar.

—Vos sos Juárez, ¿verdad? —Le dijo Juan, levantándose.

—No, soy Migueletti —«La técnica de este jodido para sacarle el nombre», pensó el cronista.

—Ah, sos Migueletti. Y das examen con nosotros, creo.

—Sí, salvo que se suspenda. Me parece que no hay profesores en la casa.

—Ah, estás enteradísimo de si hay profesores en la casa o si no hay profesores en la casa.

—Che, acabala —dijo Migueletti—. Si no te gusta, ¿para qué venís a dar examen? Quedate en la calle, che. (...) —Unas chicas que se habían reído del diálogo dieron la vuelta a la mesa y se acercaron. Dos parecían gemelas, la otra era pelirroja y al cronista le gustó enseguida.

—El tipo es un idiota —dijo una de las gemelas en voz baja—, pero tiene razón en eso de que no hay profesores. Ya es la hora, y ni uno. ¿Ustedes qué hora tienen?

—Siete y cuarenta —dijo el cronista—. ¿Ustedes son de las que deslumbrarán a la mesa?

—Ay, sí —dijo la pelirroja—. Yo creo que todos los que estamos aquí damos el mismo examen. No hay más que una mesa.

—Si es que hay —dijo la otra gemela, sonándose y mirando disimuladamente en el pañuelo. (...)

—¿Hay examen? —preguntó la pelirroja.

El empleado alzó las manos como si lo hubieran asaltado, y las hizo girar como si estuviera limpiando un vidrio (...)»⁷.

Durante el gobierno de Perón escribí este relato. En los ocho meses primeros del año cincuenta. Yo ya me sentía de paso en aquella Buenos Aires de aquellos días. Yo también estaba en vísperas de examen, como aquellos chicos del relato. Las preguntas iban y venían sin poder responderlas ni siquiera parcialmente. Borraba en mi imaginación las notas de las respuestas que trataba de darme. En las noches rendía o, mejor, hacía el simulacro de rendir ante unos extraños, de rostros invisibles. Leía, escribía y me imaginaba mi rendición. En enero del año siguiente ya había acabado el manuscrito de *El Examen*, ese fue el título que le di. Un tiempo después lo llevé a la editorial, muy inseguro de su posible publicación. Che, esta sensación me ha seguido acompañando toda vida, siempre que llevo un manuscrito. Temo que sea rechazado. A pesar de que siempre me ha gustado su lenguaje, su fábula sin moraleja; me refiero a *El examen*. Esa melancolía muy porteña que lo invade... y porque lo grueso de lo que me motivó a escribirlo está todavía en la plaza de Mayo, en el subte, en Corrientes, la 9 de julio y más allá, hacia el puerto.

La escuela le acompañó por muchos años. En el 32 se graduó de maestro normalista y tres años más tarde de profesor de letras. Todos estos estudios en la Escuela Normal. Unos meses des-

⁷ Un día de abril del otoño del 51, aún pegajoso de calor, Denis acudió a la editorial a entregar su manuscrito para que consideraran su publicación. En este examen fue reprobado. La negativa de la editorial llegó tras un mes de espera interminable. Ansioso y entrecortado recibió la noticia. Entre malhumorado y resignado por la razón recibida, optó por guardar el manuscrito. Poco tiempo antes de morir concluyó la corrección del «viejo» relato. Una nota pegada en la primera página decía: «... publíquese después, cuando yo ya no esté». El resultado de ese segundo intento de «examen editorial» no quiso vivirlo. Otros lo hemos recibido.

pués ingresa en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, solo cursó el primer año, las necesidades de su casa materna le obligaron a ello.

Un día de verano del 39 ingresa a la oficina del director de la Escuela Normal de Chivilcoy un profesor nuevo. Flaco, alto, desgarbado y con cara de universitario. Saluda y se sienta cuando se le pide que lo haga. Gasta un par de bromas con el director y promete incorporarse a clases, en la mañana del día siguiente. A cuatro cuadras del recinto escolar estaba la pequeña edificación de la pensión en la que se había hospedado. Un cuarto solitario con buena luz natural, una cama sencilla, de un solo pasajero, una estrecha mesita con su silla medio desvencijada, y un pequeño escaparate era todo el mobiliario. Allí pasaría muchas de sus horas libres, leyendo y escribiendo indefectiblemente⁸. El nuevo amanecer lo recibió de pie, justo a la entrada de Escuela. Una hora más tarde ingresa al aula el nuevo profesor de literatura. Desde ese primer día las comparaciones de su estilo pedagógico con sus otros colegas no se hicieron esperar.

Los pasos perdidos, en tono Carpentier, llevan a Denis a Chivilcoy⁹. Un domingo a media mañana desciende del vagón del

8 En el relato corto, su personaje sale de su habitación y le viene a la mente la casa de una antigua amiga, de nombre doña Emilia, y de inmediato opta por ir a verla. Al llegar toca el timbre varias veces para anunciarse, no recibe respuesta, de seguidas decide entrar al zaguán. «... mientras esperaba, hice una cosa horrible: avancé por el zaguán con toda libertad, y me metí en el living como si entrara en mi propia casa. (...) Pero es que era mi casa. Lo intuí casi sin sorpresa, solo con un pequeño escozor en la raíz del pelo. El living estaba amueblado exactamente como el de doña Micaela; y la puerta de la izquierda, la que sin duda daba a una sala, era mi puerta, la que comunicaba con mi habitación». La realidad y la irrealdad se confunden, se mezclan y crean lo fantástico en *distante espejo*.

9 Estos pasos hacen posible su incorporación a una antigua tradición literaria, el viaje de formación. Viaje lleno de espiritualidad y

tren en la Estación *Chivilcoy Sud*. El viajero lleva en ambas manos una maleta. En la izquierda porta la más pequeña y liviana, la de la ropa y artilugios de higiene personal. En la de la derecha, más grande y de mayor peso, lleva la de los libros, la pequeña máquina de escribir, cuadernos de notas, lápices y pluma fuente. La diminuta ciudad que se yergue en la planicie le recibe. Buenos Aires capital ha quedado distante. El damero del centro es recorrido a grandes zancadas, solo los grandes espacios verdes le detienen brevemente. Al corto tiempo sus pasos desembocan en la 25 de mayo, la plaza principal y la más importante. Las pequeñas edificaciones públicas, siguiendo la disposición de la época colonial, se presentan apostadas en sus cuatro lados: la municipalidad, la iglesia mayor, el correo; alternándose con los pequeños comercios. Es una ciudad pequeña y chata, las pequeñas torres de la iglesia de Nuestra Señora del Rosario es una de las obras arquitectónicas más altas. Al pasar frente a la sede de la municipalidad se detiene unos segundos, le llama la atención su fachada, imponente, de gran contraste con el resto de las edificaciones que rodean la plaza. El viajero sigue sus pasos y tres cuadras más, hacia el sudeste, se detiene finalmente frente a la posada que será su residencia durante el tiempo que permanecerá en la ciudad. Toca pausadamente la puerta de la residencia, unos segundos después alguien le abre desde el interior de un largo pasillo. Camina por él y al final dobla a la izquierda y desaparece hasta el día siguiente cuando, muy de mañana, sale de la posada en dirección a la Escuela Normal.

Los pasillos, las aulas, el pequeño auditorio verían tambalearse los vetustos cimientos pedagógicos ante los métodos del

aprendizajes históricos y políticos. Viaje de formación del escritor de marras. Viaje de una identidad narrativa. En él hallaremos la partida del viajero de letras, su iniciación y el regreso. Aquí y allá y más allá, el tejido de una historia, las alegrías y las pequeñas tragedias personales, y del oficio de escritor. Pasos de un ser de espíritu, hecho de una historia, desde una circunstancia, en suma: de unas vivencias. Vayamos al paso de Julio Denis.

nuevo profesor de literatura. Pasión, poesía y verdad de la palabra de la narrativa de ficción. Leer y pensar, sentir con pasión. Hurgar en los recovecos del texto para leer mejor el mundo. Los encuentros de la clase se prolongaron más allá del aula escolar. En torno a él se fue conformando un círculo de lectura y escritura, y la *poiesis* de la palabra no se hizo esperar. Leer, decir y escribir la palabra desde el mundo y desde el libro.

Chicos, no tenemos la vida asegurada. A la vida no la podemos ver como si se tratara de un camino ya hecho, por el que tenemos que transitar sin más remedio. No, eso no lo podemos aceptar... El poeta Antonio Machado decía: «Caminante, son tus huellas/ el camino y nada más;/ Caminante, no hay camino,/ se hace camino al andar./ Al andar se hace el camino,/ y al volver la vista atrás/ se ve la senda que nunca/ se ha de volver a pisar./ Caminante no hay camino/ sino estelas en la mar». Eso quiere decir que tenemos que ser responsables de nuestras vidas; de nuestra vida que es inconclusa, y solo finaliza su hacerse con la muerte. Esa fue la presentación del libro *Campos de Castilla* que leerían con profusión en el aula y en una de las esquinas de la plaza Mayor en la que, al final de las tardes de los viernes, se reunían a leer y a charlar, y a comentar algunas obras.

Y así se fueron las horas, los días y los años en los que permaneció en la diminuta ciudad hasta que un viernes, de los muchos vividos, anunció su partida. Un viernes, inicio de vacaciones escolares, se despidió del grupo. Les dijo que seguiría su viaje. Al llegar allí, a Chivilcoy, venía de Florencio Varela¹⁰. Ahora se dirigía a Mendoza. Voy a trabajar a la Universidad de Cuyo como profesor de literatura francesa. Es un reto bonito que he decidido asumir, luego de unos poemas declamados por algunos de sus alumnos. Uno a uno, de los doce, que integraban el grupo de lectura y escritura de textos literarios, se fue despidiendo de él. Un abrazo fra-

10 Hoy, la Escuela de Educación Media n.º 8, donde enseñó, lleva su nombre.

terno y cálido cerró la despedida, y la promesa de venir a visitarlos muy pronto.

Aquel viaje que duraría ocho años, finalizaría en Mendoza. En el año ocho de la travesía estaría de vuelta a Buenos Aires. El periplo escolar había terminado para siempre. Viajar y enseñar en un *carpe diem* (o como lo repetía con dos copas de vino: *carpe diem cuan minimum crédula postero* al citar a Horacio), viviendo intensamente el día sin dejar de esperar el mañana. O como lo diría con sus propias palabras: «Che, hay que vivir el momento, sí, sin perder la esperanza en poder alcanzar lo que se quiere ser, en el día que vendrá. A veces, la duda le invade a uno hasta hincharte las pelotas, y terminamos por confiar muy poco, o quizás nada, en el llamado mañana».

Al finalizar aquel viaje pedagógico, llamémosle así, se asienta en Buenos Aires, corre el año 46 del siglo XX. Después de los años transcurridos durante aquel viaje de enseñar en escuelas secundarias y en la universidad, por razones políticas, deja toda aquella vida de maestro. Diez años de escritura también le acompañaban, con muy pocas cosas publicadas. Desde ese año hasta el 51 estuve de vida porteña, muy independiente y solitaria. Me había hecho de otra profesión, la de traductor público nacional. Un gran oficio para aquella vida que llevaba entonces. Che, dejame decirte que me había convencido de ser un solterón a toda prueba. Un melómano lector y también escritor, claro está. Un cinéfilo se dice, ¿no? Bueno, un amante del cine. Un burguesito al mejor estilo de *El lobo estepario* de Hesse, con todo y tractat. Mi vida se había convertido en la de un tipo solitario. Y sí, es verdad, muy independiente.

—Dices que en este período leías mucho y escribías otro tanto. ¿A qué edad empezaste a escribir?

—Che, mi madre dice que empecé a los ocho o nueve años. De esos amagos iniciales, ella guarda celosamente una novela. De-

jame decirte que lo hace a pesar de mis desesperados intentos por quemarla. Además, parece que les escribía sonetos a mis maestras y a algunas condiscípulas. En los que les expresaba mis amores platónicos de los diez años. Amores y sonetos para llorar algunas noches en Banfield, el pueblo en el que crecí, en aquella casa de patio lleno de gatos, perros, tortugas y cotorras, un auténtico paraíso, al menos para mí. Pero en el que llegué a sentirme una suerte de Adán... Sí, de Adán porque de esos años no guardo unos recuerdos que pueda calificar de felices. Creo que, si hubo algunos felices, fueron enterrados por los infelices o no gratos. Todo estaba de algún modo cargado de mucha tristeza, excesiva servidumbre, una sensibilidad en exceso, a flor de piel se diría. Y lleno de asma, un cuerpo de asmático, y de fracturas en mis brazos y de amores platónicos, desesperados. El cuento *Los venenos* tiene que ver con esa época de mi niñez e indirectamente con mi educación y la vida de un escolar.

El sábado tío Carlos llegó al mediodía con la máquina de matar hormigas. El día antes había dicho en la mesa que iba a traerla, y mi hermana y yo esperábamos la máquina imaginando que era enorme, que era terrible. Conocíamos bien las hormigas de Banfield, las hormigas negras que se van comiendo todo, hacen los hormigueros en la tierra, en los zócalos, o en ese pedazo misterioso donde una casa se hunde en el suelo, allí hacen disimulados agujeros, pero no pueden esconder su fila negra que va y viene trayendo pedacitos de hojas, y los pedacitos de hojas eran las plantas del jardín, por eso mamá y tío Carlos se habían decidido a comprar la máquina para acabar con las hormigas. (...) El veneno era violeta, un color precioso, y había que echar una cucharada grande y cerrar en seguida la puerta. Apenas la habíamos echado se oyó como un bufido y la máquina empezó a trabajar. Era estupendo, todo alrededor del pico salía un humo blanco, y había que echar más barro y aplastarlo con las manos. «Van a morir todas», dijo mi tío, que estaba muy contento con el funcionamiento de la máquina, y yo me puse al lado de él con las manos llenas de barro

hasta los codos, y se veía que era un trabajo para que lo hicieran los hombres (...) Al otro día fue domingo y vino mi tía Rosa con mis primos, y fue un día en que jugamos todo el tiempo al vigilante y ladrón con mi hermana y con Lila, que tenía permiso de la madre. A la noche tía Rosa le dijo a mamá si mi primo Hugo podía quedarse a pasar toda la semana en Banfield porque estaba un poco débil de la pleuresía y necesitaba sol. Mamá dijo que sí, y todos estábamos contentos. A Hugo le hicieron una cama en mi pieza, y el lunes fue la sirvienta a traer su ropa para la semana. Nos bañábamos juntos y Hugo sabía más cuentos que yo, pero no saltaba tan lejos. Se veía que era de Buenos Aires, con la ropa venían dos libros de Salgari y uno de botánica, porque tenía que preparar el ingreso a primer año. Dentro del libro venía una pluma de pavorreal, la primera que yo veía, y él la usaba como señalador. (...) Mi hermana desde que Hugo jugaba conmigo venía todo el tiempo con nosotros, y siempre quería jugar de compañera con Hugo. A las bolitas yo les ganaba a los dos, pero al balero Hugo no sé cómo se las sabía todas y me ganaba. Mi hermana lo elogiaba todo el tiempo y yo me daba cuenta que lo buscaba para novio, era cosa de decírselo a mamá para que le plantara un par de bifés, solamente que no se me ocurría cómo decírselo a mamá, total no hacían nada malo. (...) A mí me gustaba tener de compañera a Lila en los juegos, porque entre hermanos a uno no le gusta jugar si hay otros, y mi hermana lo buscaba en seguida a Hugo de compañero. Lila y yo les ganábamos a las bolitas, pero a Hugo le gustaba más el vigilante y ladrón y la escondida, siempre había que hacerle caso y jugar a eso, pero también era formidable, solamente que no podíamos gritar y los juegos así sin gritos no valen tanto. A la escondida casi siempre me tocaba contar a mí, no sé por qué me engañaban vuelta a vuelta, y piedra libre uno detrás de otro. (...) Justamente una de esas veces al correr a la puerta fue cuando Lila se tropezó en una laja y se lastimó la rodilla. Pobre Lila, no quería llorar, pero le saltaban las lágrimas y yo pensaba en la madre que era tan severa y le diría machona y de todo cuando la viera lastimada. Hugo y yo hicimos la

sillita de oro y la llevamos del lado de la puerta blanca mientras mi hermana iba a escondidas a buscar un trapo y alcohol. Hugo se hacía el comedido y quería curarla a Lila, lo mismo mi hermana para estar con Hugo, pero yo los saqué a empujones y le dije a Lila que aguantara nada más que un segundo, y que si quería cerrara los ojos. Pero ella no quiso y mientras yo le pasaba el alcohol ella lo miraba fijo a Hugo como para mostrarle lo valiente que era. Yo le soplé fuerte en la lastimadura y con la venda quedó muy bien y no le dolía (...) y todo el tiempo pensaba que la madre la iba a retar a Lila y que a lo mejor estaba llorando o que se le iba a infectar la matadura como pasa tantas veces. Era increíble lo valiente que había sido Lila con el alcohol, y cómo lo miraba a Hugo sin llorar ni bajar la vista. (...) El sábado por la tarde Hugo se tenía que volver a Buenos Aires y yo dentro de todo me alegré porque tío Carlos no quería encender la máquina ese día y lo dejó para el domingo. Mejor que estuviéramos él y yo solamente, no fuera la mala pata que Hugo se saliera envenenando o cualquier cosa. Esa tarde lo extrañé un poco porque ya me había acostumbrado a tenerlo en mi cuarto, y sabía tantos cuentos y aventuras de memoria. Pero peor era mi hermana, que andaba por toda la casa como sonámbula, y cuando mamá le preguntó qué le pasaba dijo que nada, pero ponía una cara que mamá se quedó mirándola y al final se fue diciendo que algunas se creían más grandes de lo que eran y eso que ni sonarse solas sabían. Yo encontraba que mi hermana se portaba como una estúpida, sobre todo cuando la vi que con tiza de colores escribía en el pizarrón del patio el nombre de Hugo, lo borraba y lo escribía de nuevo, siempre con otros colores y otras letras, mirándome de reojo, y después hizo un corazón con una flecha y yo me fui para no pegarle un par de bifes o ir a decírselo a mamá. Para peor esa tarde Lila se había vuelto a su casa temprano, diciendo que la madre no la dejaba quedarse por culpa de la lastimadura. Hugo le dijo que a las cinco venían a buscarlo de Buenos Aires, y que por qué no se quedaba hasta que él se fuera, pero Lila dijo que no podía y se fue corriendo y sin saludar. Por eso cuando lo vinieron a buscar, Hugo tuvo que ir a despedirse de Lila y la madre,

y después se despidió de nosotros y se fue muy contento diciendo que volvería al otro fin de semana. Esa noche yo me sentí un poco solo en mi cuarto, pero por otro lado era una ventaja sentir que todo era de nuevo mío, y que podía apagar la luz cuando me daba la gana. (...) Lila se había sentado a la sombra con un libro y me miraba trabajar. Me gustaba que me estuviera mirando, y puse tanto barro que seguro por ahí no iba a salir más humo. Después me acerqué a preguntarle dónde había una pala para ver de cortar la galería antes que llegara al jazmín con todo el veneno. Lila se levantó y fue a buscar la pala, y como tardaba yo me puse a mirar el libro que era de cuentos con figuras, y me quedé asombrado al ver que Lila también tenía una pluma de pavorreal preciosa en el libro, y que nunca me había dicho nada. Tío Carlos me estaba llamando para que taponara otros agujeros, pero yo me quedé mirando la pluma que no podía ser la de Hugo, pero era tan idéntica que parecía del mismo pavorreal, verde con el ojo violeta y azul, y las manchitas de oro. Cuando Lila vino con la pala le pregunté de dónde había sacado la pluma, y pensaba contarle que Hugo tenía una idéntica. Casi no me di cuenta de lo que me decía cuando se puso muy colorada y contestó que Hugo se la había regalado al ir a despedirse. —Me dijo que en su casa hay muchas— agregó como disculpándose pero no me miraba, y tío Carlos me llamó más fuerte del otro lado de los ligustros y yo tiré la pala que me había dado Lila y me volví al alambrado, aunque Lila me llamaba y me decía que otra vez estaba saliendo humo en su jardín. Salté el alambrado y desde casa por entre los ligustros la miré a Lila que estaba llorando con el libro en la mano y la pluma que asomaba apenas, y vi que el humo salía ahora al lado mismo del jazmín, todo el veneno mezclándose con las raíces...¹¹.

11 En este cuento narro mi primer desamor. Los celos me llenan cuando descubro, sin querer, que mi primo le ha regalado una pluma de pavo a Lila, mi enamorada. Rabioso por la desilusión recibida, termino por usar la máquina de matar hormigas, recargándola de veneno, sin importarme que con su humo podía matar un jazmín que le había regalado a ella y que había plantado en su jardín. (Este cuento “Los

—Leías y escribías mucho. Insististe con la novela.

—Sí. Aunque en el 49 publiqué *Los reyes*, que bien sabes es un poema dramático, sin mayor éxito. Al contrario, pasó por debajo de la mesa, como quien dice. Luego, ese mismo año escribí *Divertimento*, mi primera novela, la otra pertenece al arcón de mi madre. Escribí textos de crítica literaria y cine. En *Oeste*, una revista de Chivilcoy, por cierto, uno de los pueblos de mi viaje pedagógico, publiqué el poema *Semilla*. Y en el 50 escribí *El examen*, mi segunda novela, hasta ahora no publicada.

En la Universidad de Cuyo finaliza su periplo de magisterio. Convertido en profesor de la cátedra de literatura francesa llega a Mendoza en el 44. Mucha literatura y creación y también mucha militancia política. Las derrotas sufridas en esta última le llevarán a renunciar dos años más tarde. Opté por renunciar, diría a los alumnos en una de las cafeterías de la universidad, antes de sacarme el saco como es la actitud que han asumido mis colegas para seguir en sus cátedras. Yo no lo voy a hacer. Yo me voy.

—Nos dejas muy triste con tu partida —le dijo uno de los estudiantes con voz quebrada por la emoción.

—Sí..., lo lamento mucho, pero no hay remedio... Chicos, sé bien que están tristes por mi partida y lo siento mucho de verdad. Pero sin ganas de ironizar, ni cosa parecida, quiero leerles un pequeño texto que hace poco escribí... No, no es «Bruja», «Bruja» es mucho más largo y fantástico, este no.

Dejando de lado los motivos, atengámonos a la manera correcta de llorar, entendiendo por esto un llanto que no ingrese en el escándalo,

venenos" fue publicado en México en 1956. Es, sin duda, un relato que guarda relación con la cotidianidad del hogar, con los juegos infantiles: bolitas, vigilante y ladrón y la escondida. Y, claro está, con la formación y las travesuras de unos niños en edad escolar).

ni que insulte a la sonrisa con su paralela y torpe semejanza. El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente. Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior, piense en un pato cubierto de hormigas o en esos golfos del estrecho de Magallanes en los que no entra nadie, nunca. Llegado el llanto, se tapará con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia adentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara, y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos¹².

La hilaridad fue general, pero solo duró unos pocos minutos, la noticia de su partida volvió a cundir de tristeza las caras de todos los chicos. Uno de ellos levanta la mano y dice que quiere hablar... «Sí, está muy bien lo del texto, pero eso no nos quita lo bailao. Aquí —y señala su cabeza primero y luego su corazón—, deja usted su impronta de guerrero irreverente; por eso pido un grito que sacuda nuestra tristeza: «¡Hurra, maestro!». «¡Hurra, hurra, hurra!», respondieron a coro los chicos: «¡Hurra, Quijote!», replicó el chico. Luego, el más tímido de todos, se levantó de su silla y dijo a voz en cuello: «¡Viva Denis, fuerza, maestro, donde quiera que vayas!...». «Gracias, chicos, gracias. Seguro que nos volveremos a encontrar».

Al final del viaje escolar muchas cosas le habían pasado a Denis. Era ya un escritor, sí, sin dejar de algún modo la impronta escolar. Aquella que tiene en el juego su figura principal. Entrar en juego para conocer una verdad, la verdad de sus relatos. Para él, escribir era apostar a entrar a un juego, siempre igual y diferente

12 Las risas de los chicos no se hicieron esperar. *Instrucciones para llorar* había logrado el efecto contrario, el que yo buscaba en ese momento de despedidas pedagógicas.

a la vez. Armar las palabras, la trama, la fábula sin moraleja, como él mismo diría. Juego al lenguaje del relato como lo hacen los escolares, con libertad creativa e inventiva. Ir a lo fantástico para volver a decir una vez más aquello, pero de otro modo. Che, es posible que tengas razón. No es una mera casualidad que una de mis novelas más conocidas tenga por título un juego de niños, *Rayuela*. Irónicamente, una de las menos conocidas se llama *El examen*. Nuevamente lo escolar, si entendemos por lo escolar a la infancia del ser humano, al comienzo o al nuevo comienzo y también a la travesura imaginativa y a la irreverencia.

Ya muy tarde

A mi padre

Fue hilando los garabatos sobre su recua de siglos. Primero hizo la frase, su nombre completo, luego la desgranó en sílabas y letras. Primero miró la plana en letra de molde, la miró unos segundos: tuvo miedo, la miró y se sintió perdido. Luego miró sus dedos y el papel lacrado con su huella se hizo a la memoria.

Primero sudó frío al ver aquel montón de líneas abrazadas —curvas, rectas, círculos. Gusanitos enroscados que le hacían repetir algo distinto a lo que le decía el mundo. Gusanitos toscos desbarrancados de las líneas que no le decían nada, que no le hacían decir.

Para avivar en tu memoria las palabras del mundo llevaré tu mano, como te hubiera gustado llevar la mía. La llevaré como si yo escribiera. Tomemos el lápiz entre las manos.

—No sientas la mía, sino la tuya —y también el lápiz, lo duro de la madera. Él es de piedra y madera y afilada punta. El papel la recibirá aun cuando lo rasgue—. No lo aprietes tanto y dejémoslo correr.

La presión adecuada hará de nuestras manos una sola —él no se dará cuenta de que son dos las manos. Para él será una sola—. Y el filo de la punta rasgará la hoja. Haz el óvalo, pégale la raya..., la línea erguida, el palo de la T. Sigue y rememora lo que hace muchos siglos nuestros antepasados hicieron de la caverna a la luz. Sigue así, tu mano ya anda sola —*Siento que eso que él llama letras son cosas muy extrañas para mí*, murmuró ensimismado—.

Más tarde vino el cuaderno de las primeras letras, las propias —el de su firma chata que mostraba sus dedos tiesos—. La duda te

llega por los dedos temblorosos, la resistencia del lápiz es gigante como las mayúsculas —le repetía el maestro de ocasión—.

Miraba la punta del lápiz —sonreía asombrado de que saliera de adentro de él su nombre de pila—.

¡Quién iba a decirlo! Una punta de piedra que me hace decir mi nombre tantas veces. Que me hace saberlo de otro modo. Leer, escribir y las cuatro reglas. Ajenas y extrañas desde que me arrojaron al mundo —decía y reía, reía y decía—.

Firme aquí, me ordenaron muchas veces [«Manifiesta no saber»]. Aquellas tres palabras —me apuñaleaban al oírlas, me empujaban a seguir—. En tantico así, cambiaré la juella gorda por mi firma clarita.

Y miraba el lápiz como si le hablara. Era empresa de cuestras, farallones de canjilones insalvables —un arreo de mulas en desbandada—.

Las manos me corcovean. Mudo me siento delante de lo que no conozco —Un arriero sin bestia y por tierras extrañas—. Pa' mí es más fácil tallar un arado, rajar leña es más fácil y arar sementeras, todo eso es más fácil que rayar letras. Un día en el cuaderno de las letras torcidas escribí: «Arar tierra ajena, tarea mala». En la lengua tenía esa idea y no me daba de cuenta cómo se tiene lo que uno ha vivido. De toda la vida diuno.

Al final, hubo de hacer su nombre en el registro civil. Al final, hubo de hacer su firma sin plana: «José de la Estrella». *José o Estrella sin mucha vuelta, decía, como usted lo prefiera, don —pa' servile, siempre que se pueda—.*

Más tarde llegó de Caracas el Abajo Cadenas. Más tarde llegaron aquellas letricas negras sobre foja blanca que me hablaban en letra bonita —decía yo pa' mis adentros, y largaba la carcajada—. Más tarde llegó aquel libro. Ya muy tarde.

La cancerbera

Amanece uno de los últimos días en aquel lugar, todo Agris, todo luctuoso. Ella se ha levantado temprano, apenas con las primeras luces del alba. Esas primeras luces le llenan de energía, y por eso se siente fuerte y saludable. ¡Ah, y también bella!, muy bella, la más bella de todas. A continuación, realiza su aseo personal con meticulosidad y esmero, ama de esta manera su cuerpo de eróticas formas al que considera perfecto. Al maquillarse, acaricia su cara, y cierra su ritual de belleza al peinarse con mucho esmero. Solo le resta una última mirada al espejo para sentirse satisfecha, segura de sí y de su indudable belleza. Tras la guerra sueña con convertirse en actriz, su belleza y talento le ayudarán. Se lo dice para sí, muy confiada en ella misma: «Siempre he alcanzado lo que me he propuesto». Finalmente, viste su impecable uniforme de guardiana. Del cual, por cierto, confiesa estar muy orgullosa, porque, entre otras cosas, no le fue fácil conseguirlo. El uniforme y el cargo que supone lo alcanzó a fuerza de tesón, disciplina, soberbia, prepotencia y lealtad a muerte a una ideología convertida en religión para ella. Así, por este camino, con meandros tétricos, alcanzó a lucirlo. Las botas altas, una pistola al cinto y su látigo de trenza de celofán, hecho especialmente para ella, terminaban por completarlo. Al concluir de aderezarse decide apagar la luz de la lámpara, la cual exhibía forrada su pantalla de una extraña tela; más tarde se sabría su horrenda procedencia.

Por largas y anchas calzadas sale al aire gélido de la madrugada, en su bicicleta se dirige, rauda, a la entrada del campo. Allí, en posición erguida y soberbia ve cuando el tren hace su entrada con los vagones atestados de gente, la llama la «basura humana».

Una sonrisa sarcástica cubre su rostro, y, maquinalmente, se dirige a una de las puertas del vagón. De él ve iniciarse el descenso desordenado de mujeres, niños y hombres con caras de extrañeza, de incertidumbre por el desconocimiento del lugar al cual habían sido transportados. Judíos, rojos, esclavos, gitanos, homosexuales, todos convertidos en prisioneros de guerra, sin juicio que avalara, así, de la noche a la mañana, sin previo aviso. La mujer les saluda fría y distante, ninguno puede imaginar que tras su rostro bello y de ángel de iglesia se esconde el terror más sanguinario, que ella en aquel momento caracteriza. Acto seguido, ordena con voz firme y fría: «Las mujeres de este lado y en fila, yo las llevaré a donde se alojarán por ahora». Eran tiempos de la Segunda Guerra Mundial cuando todo aquello sucedía.

Ella cumplía lo que consideraba sus obligaciones ineludibles. Era una guardia severa e infranqueable, de bruscos modales. Cumplía las órdenes recibidas a quemarropa sin fallar ni un trazo, como parte de un sistema/aparato burocrático que en el fondo no comprendía, ni nunca se propuso comprender.

Con su cara bonita y su semblante de yo no fui realizaba lo que consideraba órdenes estrictas y de obligatorio cumplimiento, y, ante las cuales, no se detenía a pensar. Era parte del secreto de su ascenso meteórico en su carrera como oficial de aquel ejército abyecto. Actuaba como si hubiese nacido para jefa debido a sus dotes de mando. No titubeaba al tomar decisiones por crueles y duras que fueran. Muy pronto fue designada por sus superiores como la responsable de un sector del campo, el de las mujeres.

Yo no condené a muerte a nadie y mucho menos ejecuté la sentencia, me limitaba a cumplir las órdenes de mis superiores y nada más. Ellas consistían en ayudar a seleccionar a las que habían sido condenadas. Nunca supe detalles de aquello que ocurrió... Las formaba en filas de cinco, esa era parte de la instrucción reci-

bida, y así la cumplía, luego venía quien pasaba revista y hacía la selección. Ustedes se equivocan al pretender juzgarme así de esta manera y hacerme pagar por culpas que no cometí.

Esa fue una de las declaraciones más largas que hiciera durante el juicio en su contra, luego volvió a asumir el laconismo extremo en que envolvía sus respuestas.

Hubo en el campo una guardiana bella, pero diabólica. Ella, supo muy bien aprovechar su extraordinaria belleza. Rubia de ojos verdes, a veces mostraba una dulzura en el trato, en otras tantas era fría, calculadora, metálica. Mucho tiempo delante del espejo, a juzgar por el perfecto maquillaje que siempre llevaba, hacían suponer su creciente narcisismo. Su medio de transporte preferido en el campo era la bicicleta, para mantenerse en forma y para, sin duda, llamar aún más la atención...

Luego, el hombre guardó silencio al terminar su testimonio en el tribunal de la causa.

Desde su llegada a aquella ciudad, la última que contemplaría en su vida, en un autobús de prisioneras, ella se convirtió en el centro de atracción de todas las miradas. Allí, en aquella ciudad se desarrollaría su proceso judicial. A todos impactó su presencia, especialmente a uno de los jueces del tribunal. Él, desde el primer encuentro en la sala, se sintió atraído por ella. La prensa hacía lo propio, fotografiándola y dándole primeras páginas, a la más bella y joven de las prisioneras. El encuentro de miradas se produjo al final de la primera comparecencia al tribunal. Ella se mostró ausente durante la sesión, distraída. Por momentos su actitud era de indiferencia, e incluso de desprecio por todo aquello que estaba viendo y, especialmente, al escuchar los testimonios de los testigos

presenciales. Sin embargo, bastó un momento, al levantar la vista del papel que garabateaba, se encontró con la mirada de él. No la esquivó, sino que la mantuvo y, finalmente, le sonrió como si le conociera. Él terminó por sonrojarse como un liceísta cuando es descubierto por la chica que le llama la atención. Al día siguiente sus rostros se encontraron una vez más, y ella volvió a sonreírle; sin embargo, sus respuestas a las preguntas que él le formulara fueron frías, lacónicas, casi monosílabas: no, no sé, nunca vi nada de eso. A pesar de los testimonios dados que la inculpaban abiertamente y sin ninguna duda.

¡Qué puedo contarles que ya no se haya dicho de esta señorita!... ¡Ah, recuerdo que un día de abril del año 44 vi cómo era trasladado un grupo numeroso, no sé de cuántas con exactitud, pero sí sé que eran muchas mujeres de distintas edades! Las llamaban las «seleccionadas». Las conducían en filas indias a los grandes baños colectivos. A todas las encerró ella dando órdenes y latigazos a aquellas que intentaban protestar. Al estar todas encerradas dio la orden a los guardias de que trancaran la puerta. Lo demás ya pueden imaginarlo.

La prisionera ni siquiera miró al testigo que daba este testimonio. Tan solo se limitó a decir que cumplía órdenes superiores.

Al día siguiente había que dictar sentencia. No había remedio. Durante muchas de las noches que duró el juicio la soñó. Incluso en uno de los sueños llegó a besarla apasionadamente. Él no lograba explicárselo.

Debe ser por la tensión del juicio de estas reas de la justicia, la publicidad que le ha dado la prensa, más el componente político... ¡Qué sé yo! El caso es que la sigo soñando... ¿Será que en verdad deseo estar cerca de ella, y amarla a pesar de todo lo que se

ha declarado sobre su conducta en el campo...? Y puedo decir que cada día han sido más ardientes en una mezcla que expresa, quizás, tentación y pasión a la vez... ¡Qué locura todo esto!

Amaneció, en efecto, el día cincuenta y cuatro del juicio, el día de la sentencia. Se miraron fijamente, con una especie de *feeling* entre los dos... Él reaccionó unos segundos después y dio inicio al protocolo del dictado de la sentencia contra ella.

Hoy viernes 9 de diciembre de 1945 a las catorce horas he juzgado condenar a la pena capital a la señorita I. H. por encontrarla culpable de todos los delitos de los que se le han acusado. Y oído como fueron todos los testimonios dados por las víctimas sobrevivientes, testigos de su insano comportamiento, y habiendo sido, la susodicha rea de la justicia, responsable del bienestar de las prisioneras tenidas a su cargo, se concluye que violó las leyes y costumbres en tiempos de guerra, así como también los derechos fundamentales de sus víctimas, causándoles a algunas de estas personas, incluso, la muerte...

El juez la miró por última vez, ella mantuvo la mirada por unos segundos y, luego, dirigió sus ojos a la altura de la vista, fría y altiva una vez más. Antes de cerrar la carpeta que contenía la sentencia, el juez leyó la fecha de nacimiento, y se dijo para sus adentros: ¡Dios, solo tiene veintidós años de edad! Y, acto seguido, le entregó la carpeta a su ayudante y abandonó la sala del tribunal.

Y así, hora tras hora, llegó el día del ajusticiamiento, del ajuste de cuentas, el día final. Era un día de diciembre del 45, cuatro días después del dictamen judicial, I. H. se despertó de un sueño entrecortado y de pesadillas intermitentes. Solo un pedazo

de sueño pudo recordar al levantarse, el encuentro con el juez del tribunal, el mismo que le había sentenciado. Besos, muchos besos, caricias muchas y un coito furtivo en el baño de damas del recinto judicial. Se sonrió al mirarse al espejo. Dudó por unos segundos de acicalarse como era su costumbre, el solo recuerdo de su ejecución, fijada para aquel día, la detuvo. Sin embargo, peinó su cabello y vistió la ropa que le habían entregado la noche anterior. Sintió que se trataba del vestuario adecuado a la escena que pronto tendría lugar, y en la cual ella era la protagonista.

Así ha sido decidido, y así será, se dijo como si de otra persona se tratara. No hay tiempo para lamentos, ni para lágrimas inútiles, aunque un ligero temblor invadía por momentos todo su cuerpo. Debo mostrarme serena, no puedo mostrarme débil, ni mucho menos con miedo ante mi verdugo. Se recostó sobre su estrecha cama y cerró los ojos. Esperaré el llamado, solo me resta eso, esperar.

A las diez menos treinta minutos de la mañana, escuchó el sonido de la puerta. Sin alarmarse, se levantó, estiró sus ropas, se miró por última vez al espejo y acto seguido, abrió la puerta. Allí estaban los guardias esperándola, en una actitud muy distinta a la que ella asumía cuando llevaba reclusas al sacrificio. A empujones y a latigazos las hacía alinearse y caminar a la selección final. Por el contrario, los guardias, le dijeron, sin gritos ni agresiones verbales, que siguiera los pasos de uno de ellos, el otro iría a la retaguardia. Caminaron sin prisa y, al llegar a la puerta de la sala de ejecuciones, le preguntaron si deseaba alguna cosa. Negó extrañada con la cabeza, sin mirar al guardia. ¿Usted quiere rezar, pedirle a Dios su perdón? No, respondió lacónica. Al abrir la puerta de la sala vio a su verdugo que le esperaba. Al entrar al recinto, miró indiferente por unos segundos a los funcionarios que allí se encontraban. Uno de ellos le preguntó en alta voz: «¿Usted es la señorita I. H.?». «Sí, la misma», respondió sin mirar a quien le había interrogado. Después se dirigió hasta los escalones de la trampilla que estaban a la derecha, y los subió tan firme como pudo, a pesar de que nuevos

temblores le invadieron el cuerpo. Ascendió por ellos y miró fijamente al verdugo. «¡Apúrate!» fue su última palabra.

La pesadilla, caracterizada por un suplicio sin fin, llegó a término. El comandante del campo hubo de entregarlo al enemigo triunfante. Durante el día 14 de abril todo se había consumado. El principio del fin de la pesadilla interminable daba paso al pasado. Al amanecer del día 15 llegaron los efectivos militares y lo tomaron por sus cuatro costados. Por la calle principal cruzó un *jeep* militar con otras insignias, muy distintas a aquellas que por años habían permanecido perpetrando lo abyecto, lo innombrable. El vehículo militar se detuvo justo en la explanada central, allí ya lo esperaba el personal teutón perfectamente formado como si se tratara de un acto oficial. El comandante del campo saludó al oficial superior que comandaba el batallón, que a partir de aquel momento tomaría el control pleno del oscuro lugar. Impecablemente uniformado, como si se tratara de una jornada más de labores, estaba todo el personal. En una de las hileras se ubicó I. H., fría, glacial y arrogante como siempre. En total, como personal del campo había unos ochenta integrantes, los cuales se mantuvieron en sus puestos con el fin de ayudar al ejército que se había posesionado del campo. Nuevos jefes, nuevas órdenes, qué más daba, había que obedecerles y así lo hicieron como siempre, como si nada hubiese ocurrido, cumpliendo órdenes, como en el pasado reciente, emanadas de los jefes derrotados. Era el borrón y cuenta nueva. Toda responsabilidad debería quedar en el olvido de un pasado sin víctimas y sin victimarios.

Desde muy tempranas horas del día 15 de abril I. H. estaba activa, cumpliendo sus labores como si tal cosa, como si nada

sucediera dentro y fuera del campo. Aunque su cara lucía un tanto ajada, todavía podía percibirse su altivez característica. Ese día posó para las fotos, las mismas que luego serían difundidas en la prensa nacional e internacional, y que ella misma vería en prisión con una extraña satisfacción y orgullo, como si se tratara de un deber cumplido.

En verdad, I.H. nunca se detuvo a analizar si su actuación en el campo era mala o buena, y tampoco se detuvo a medir sus consecuencias. Para ella cumplir con eficiencia las órdenes recibidas era suficiente. Nunca se desveló o tuvo un sentimiento de culpa, ni siquiera durante el proceso judicial al que fue sometida, ni tampoco en los últimos momentos antes de su sentencia a la horca. Su preocupación, convertida muchas veces en obsesión, era hacer los méritos necesarios para los ascensos en el cuerpo al que pertenecía y nada más, y eso era ya suficiente para ella. Jamás mostró un ápice de arrepentimiento y pena por su conducta, a la cual consideraba natural.

Nunca me di por enterada de los rumores que circulaban en el campo entre las reclusas, dijo durante los interrogatorios a los que fue sometida.

Ella no era un ángel del mal como se le calificó, su culpa consistió en no darle ninguna importancia a los actos de crueldad en los que directa o indirectamente participó, a los que solo veía como méritos para su carrera como funcionaria del régimen, cuyos fundamentos nunca analizó en profundidad y mucho menos críticamente, sino que, por el contrario, había seguido como una correligionaria decidida y en extremo obediente.

«Yo cumplía y hacía cumplir las normas del campo, de lo contrario qué hacía allí. Y, si no hubiese sido así, debí haber renunciado a mis obligaciones; no lo hice, ni tenía por qué hacerlo...». Manifestó en otra sección de los interrogatorios. «Cumplir

con mis deberes me hacía sentir bien, porque su cumplimiento era debidamente reconocido por mis superiores».

«La orden recibida era muy simple, las prisioneras tenían que formarse de cinco en cinco, y había que hacerla cumplir. Luego venía la selección por el médico de guardia, eso ya no era de mi competencia lo que se decidiera hacer con ellas. No era un asunto que me competía». A continuación, guardó silencio y se limitó a emitir monosílabos que negaban o desconocían los testimonios, durante el resto del interrogatorio en el tribunal.

La guardiana I. H., tenía unos indiscutibles dotes de mando. De ellos daba muestra en el día a día del campo, con sus compañeras guardianas bajo su supervisión, y especialmente con las reclusas a quienes trataba como si fuera un robot que lanzaba latigazos a discreción, golpeaba directamente con sus puños, o le echaba sus perros encima inmisericordemente. Había asumido a rajatabla la doctrina en la cual había sido entrenada, y la entendía como un llamado indiscutible a servirla.

Esa I. H. era una mujer bellísima que comandaba la sección de mujeres en el campo. Bella y espantosamente maligna, se regodeaba de su soberbia y poder al castigarnos severamente para, luego, retirarse como si aquello le placiera. Contó una de las sobrevivientes al dar su testimonio.

Después de realizada la ejecución, aquel hermoso cuerpo de la excepcionalmente bella I. H. fue incinerado, siguiendo las prácticas parecidas a las realizadas en el campo en los hornos de cremación, y sus cenizas fueron arrojadas por el albañal destinado para esos fines.

Qué puedo decir de aquellos grises y oscuros días en el campo... Sí, en efecto, ella era una de las encargadas de la selección. Los días programados para la desaparición eran los lunes, los miércoles y los sábados. Muy de mañana comenzaba el pase de revista y se prolongaba hasta el final de la tarde, cuando consideraba que ya había cumplido con la instrucción recibida, y el número de seleccionadas fijado para el día ya había sido completado... La mujer de este testimonio se calló por un momento, y luego continuó. Es necesario que hable de estas cosas en nombre de aquellas mujeres a las que les fue imposible hacerlo... Recuerdo a I.H. con su andar ondulante de hermosas piernas y caderas en movimiento. Mientras nosotras, mudas y temblorosas, la mirábamos realizar su macabra rutina de esos días fijados. Ella era de mediana estatura, siempre bien vestida, de cara y cabello cuidados con esmero. ¿Qué más puedo decirles que ya no sepan?

El heladero del tiempo

A Gilberto Valera

Rufino, a media mañana, como de costumbre, miró el cielo. Fijó la mirada como si buscara algo. Sí, en efecto, hurgaba el firmamento para conocer su estado y así poder hacer su pronóstico del tiempo. Unos minutos después lo miró de nuevo para conocer la hora. Él ha continuado haciendo lo que aprendió de su padre, Antonio Chilín, el último leñador, quien cotidianamente daba la hora o pronosticaba el tiempo a quien se lo pedía. Al cerciorarse, Rufino la dice en voz alta, seguida del pronóstico del día. «Son las diez de la mañana. Hoy no va a llover. Hay tiempo bueno, gracias a Dios...». Se ríe, y a continuación agrega un comentario irónico: «Con lluvias no hay helados. Todo se aguachina, empezando por las ventas. Naide quiere comprar. Dicen dizque tienen mucho frío».

En aquel lugar al pie de la cordillera en la que vive, alejado de las grandes ciudades, casi siempre las lluvias y las sequías se alternaban al compás de un tempo rítmico y monótono. Sin embargo, había algunos años en los que la alternancia cambiaba ante la presencia de ciertos compases de ciclos intempestivos de lluvias, garúas frías, sol escaso, vientos filosos y fríos aguaceros, que se presentaban de manera intermitente durante semanas y meses enteros. Lluvias que nunca terminaban de cesar. Entraba el año nuevo y salía enmohecido por la humedad y el mal tiempo. El que ahora transcurría, había dado muestras de ir avanzando por este último camino. Un año, en suma, de mal tiempo.

Él está feliz porque parece que por fin la mala racha sería interrumpida. Media hora más tarde, después de haber terminado los preparativos de la jornada del día, lo vemos alejarse detrás del

carrito de helados. Sus brazos fuertes se tensan al empujarlo lentamente, sin prisas; con la piel oscurecida por el sol, curtida por los soles recibidos durante un día, muchos días, muchos años. Es un vaivén su vida, desde las vicisitudes cotidianas de pobre entre los más pobres. Por los muchos robos padecidos de la venta del día, ya no visita ciertos barrios de la pequeña ciudad andina. Antes no tenía miedo, ahora es distinto. Ahora frecuenta otros lugares más seguros. En ellos los dramas son otros. Por cierto, que, a propósito de tales dramas, al doblar la esquina en dirección de la casa de uno de sus clientes preferidos, se ríe al recordar uno de ellos. Se trata del vivido por Luis y su madre.

Siempre le esperaba, como a las dos de tarde, al dar la ronda por el barrio un día soleado, claro está. Al acercarse a casa de Luis, oyó la conversación que él tenía con su mamá. Ella se negaba a complacerlo. Él le porfiaba con insistencia hasta que optó por guardar silencio un momento... Y volvió a oírle cuando le decía: *... Mamá, por fin ¿me vas a comprar mi helado de chocolate?... El señor Rufino está ahí esperándome. No, hijo, ya te dije que no porque no te conviene comer tanto dulce... Mamá ¿tú me amas? Sí, mucho... ¿Y tú crees que si una persona ama mucho a otra se lo demuestra no complaciéndola en algo que ella desea mucho?... No, no, al contrario, complaciéndola claro está, si está a su alcance hacerlo... Y de todas las cosas que pueden darse para complacerla, ¿no crees que serían aquellas que esa persona considera como las mejores y las que más anhela tener?... Pues sí, claro que sí. Pero, no sé a qué viene tanta preguntadera... Por favor, mamá, no seas así y respóndeme, solo eso te pido. Bueno, está bien, sigue preguntando... Y para esa persona, ¿qué crees tú que sea la cosa en la que le complacerías, lo que más le conviene o lo que la hace más feliz?... Pues, sin duda, la que la hiciera más feliz... Pues si tú dices que a la persona que amas le complacerías dándole aquello que le haría feliz; y si, como has dicho, me amas mucho, ¿por qué no me complaces regalándome lo que me hace muy feliz?... Toma la plata y ve a comprarlo...*

Aquel día, Luis, al terminar de engullir su helado preferido, el de chocolate, le hace al heladero el comentario y la pregunta de siempre. *Rufino, hace mucho calor, ¿verdad? Sí, por eso he venido, seguro de que iba a hacer mucho sol. Esta mañana lo vi clarito al mirar el cielo... ¿Qué hora es, Rufino? Luisito, son las dos y media de la tarde... Hoy viniste atrasado, porque son las dos y cuarenta y cinco. ¡Eh... cómo va a ser!* Dice Rufino, y vuelve a mirar el cielo.

Hornos de Cal

A Juan Vives Suriá

Por todas partes se esparcía como escarcha aquel olor a cerveza rancia, seca, de grandes manchones en la ropa. Su cara sucia con azotea de cabello largo y mugriento. Con la cara en alto entró por la puerta central de la iglesia y caminó a lo largo de la nave central, rumbo al altar mayor. Todos los que allí estaban, arrumados en los bancos largos y estrechos, le ignoraron. Otro vagabundo, borrachín y andrajoso feligrés. Uno de aquellos que hacía de la homilía de los domingos un texto farragoso; aquellas palabras poco claras, por decir lo menos, rellenas de cosas insulsas, desabridas y desordenadas solo con el objeto de rellenar la liturgia. Homilías confusas, enredadas, en las que cualquier cosa de interés resultaba banalizada por el tono escatológico de lo irremediable, y el acento confuso y pesado. El hombre en andrajos subió la escalera del púlpito. Se santiguó maquinalmente e inició la homilía del amor al prójimo. Así tituló lo que se proponía hablar. De inmediato se quitó el abrigo sucio, hediondo a vómito de borracho. Al hacerlo, un coro de voces de asombro ante lo que habían descubierto se desplazó desde el altar mayor a la puerta principal del recinto religioso. La prédica se inició suave, queda, lenta como si proviniera de las gruesas paredes de la iglesia. ... En Romanos 12:10 nos dice la Biblia: amaos los unos a los otros con amor fraternal, en cuanto honra, prefiriéndoos los unos a los otros. Y se arrancó la sucia peluca. Ahora el coro fue mayor, más altas las voces de asombro. ... El amor al prójimo nos conduce al ejercicio de la misericordia con todos en cuanto estén necesitados de ella. Incluso a los enemigos sin apenas dudarlo... En ese preciso momento, se terminaron de pecar de quién en realidad se trataba.

¡El cura Torres! ... Sorprendidos, ¿verdad? ¿Por qué, al menos, no somos amigables con todos, sin importar su apariencia? ¿Mendigo o ebrio? Pareciera que solo somos amables con aquellos de buena apariencia, con aquellos que nos agradan. Seguimos juzgando por apariencias y condenando sin mediar siquiera una palabra con el otro... Un silencio de muerte solemne invadió las tres naves de la iglesia por unos segundos. Luego, se escuchó de nuevo la voz del cura. ... Santiago, en 2:9, nos advierte en su mensaje, especialmente a las personas que obran así como ustedes. Él dice: Pero si mostráis favoritismo, cometéis pecado y sois hallados culpables por la ley como transgresores. No hagamos excepción basados en la apariencia o en la posición económica. No distingamos entre ricos y pobres, prefiriendo a los primeros. Así evitaremos convertirnos en jueces de la exclusión, en aquellos que dejan fuera a los pobres por la condición de tales. Ni pobres, ni extranjeros, ni prostitutas, ni delincuentes deben ser excluidos... Este cura se pasa de la raya, ¿quién puede cumplir con ese mandato?: ¿Amar al extraño, al enemigo, como a ti mismo?... Guarde silencio y si no, sálgame de la iglesia, le ordenó alguien sentado en el banco de atrás... Gracias al Señor, podemos abandonar esa actitud de trato discriminatorio, preferencial. Sonreír a los que nos conviene e ignorar a los demás, solo porque no nos importan. O porque no nos da ningún beneficio su trato. Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, sin importar quién sea. Acompañar al hombre sin empleo, sin hogar, a la mujer parturienta llena de carencias. A ese mendigo que hoy he caracterizado para llamar vuestra atención. Amarlos, responder de ellos, sin importar quiénes sean. Ello quiere decir que estamos obrando bien. Ya Santiago 2:8 nos lo recuerda: si en verdad cumplís la ley real conforme a la Escritura: amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis. En un mundo como en el que nos ha tocado vivir, en el que hemos sido arrojados, ese que aparta con brazo de hierro a los pobres de la tierra, demos muestra, una, y otra, y otra y todas las veces que podamos, del amor a Jesús de Nazaret

y demos nuestra mano a quienes más nos necesitan... La prédica siguió resonando en las paredes, perdiéndose en el ruido citadino de la liturgia del domingo.

Hermanos, hoy mi prédica se referirá a una profunda experiencia de fe. Sí, de fe, o, mejor dicho, de contemplación del Jesús de Nazaret, del Cristo resucitado. El Siervo doliente, maltratado, vejado, humillado hasta la inconsciencia en el rostro y en la vida de esos seres humanos maltratados, convertidos en unos nadie por una deshumanización extrema, abyecta, obscena. Esos, los mismos, convertidos en los sin nombre, los no identificados, los sin ciudadanía, a los que se les niega todo derecho. Pero en lo que podemos atisbar una débil y temblorosa luz de esperanza liberadora. Mi sermón, si así lo quieren llamar, es un grito seco en las tinieblas de la noche a abrirnos a un pensamiento sintiente que pudiera estar representado en la parábola del Buen Pastor...

Mi prójimo es mi familia a quien amo con toda mi alma. Sí, pero ese amor es muy limitado. Por qué no pensar en un prójimo más grande, que incluya al cercano y al lejano, al otro... ¿Cómo dice, padre?, ¿y quién es ese otro del que me habla? ¿Un cualquiera que pase por la calle, un desconocido, un extraño que toque a la puerta de casa? ¿No le parece que exagera más de la cuenta? Se ama a quien se conoce y porque se conoce se llega a amar, en caso contrario, simplemente, no puede amarse...

Hace ya dos años que vivo y convivo con la gente del barrio Hornos de Cal. Sí, allí entre la gente que llaman de escasos recursos económicos, la población más vulnerable. Gente que vive y padece el desempleo, la delincuencia, la droga, la marginalidad. Allí vivo con ellos. Camino y visito la gente del sector Negro Primero hasta el Infiernito y más allá. Camino, escucho y hablo. Me escuchan, les escucho. Algunos me dicen que no creen en nada y menos en curas. Otros, la mayoría, que sí, que creen en Dios, pero

que a veces dudan. Dudan con mucha frecuencia. Yo les escucho y les hablo sin sermones pesados, para darles a pensar, para que sigan dudando, pero también preguntando, buscando respuestas. Yo también tengo mis dudas, y mis muchas preguntas. Sin embargo, lo que ha llenado mi estancia en el barrio es mi inquietud sobre cómo puedo servir, si es que he venido a servir. Me respondo con un sí, a veces no tan rotundo como quisiera. Y de nuevo vuelve a mí una de las preguntas más frecuentes, ¿soy un cristiano, o qué soy? Otras veces me pregunto si llego a los zapatos de un apóstol de Jesús de Nazaret, el crucificado y resucitado en medio de los pobres.

Ningún ser humano puede ser exceptuado de amar al prójimo. La parábola del Buen Samaritano es la respuesta clara y contundente que da Jesús de Nazaret al doctor de la ley que le hace la misma pregunta que tú intentas responder. Al final, Jesús, cierra conminándolo: «Ve y haz lo mismo».

Se trataba, en aquellos primeros días de acercarme, de estar enfrente y al lado de ellos, de la gente del barrio. Un vecino más, un amigo. Dejar de ser un extraño para ellos. Claro está, que no se trataba de ningún mandato pastoral de una jerarquía eclesíástica. No, para nada. Acercarse a ellos como Jesús el Cristo lo hizo. De eso se trataba en el servicio al semejante. De esa llamada que escucho con atención en la vida del barrio, escuchándolos, involucrándome en sus problemas, en sus muchas dificultades. Atento a lo que viven, padecen y esperan. Esperar junto a ellos, tener esperanza, insuflarla. Cada uno de ellos, a quien nunca había visto antes, viene a mí con sus necesidades y lamentos. Y así me acerco, cada vez más próximo, incluso al borde del precipicio de lo impolítico. Al borde y más allá de lo políticamente incorrecto. Más cercano cada día para comprenderme, para comprenderles, y para, junto a ellos, comprender un poco mejor lo que nos pasa. Sin que ese «nos» sea fórmula de cortesía.

No entiendo muy bien lo que usted me dice, y no logra hacérmelo decir. Prójimo es mi familia, mis panas, mis compinches...

No hay que limitar el significado de la palabra, sino extenderla a todos aquellos que están ligados a nosotros por tener una naturaleza común, ser hijos de Dios, ser pecadores, ser humanos, por decir unos ejemplos... ¿Ahí caben todos, incluso mis enemigos? Todo bicho de uña, de dos patas y sin plumas. Así sea negro, delincuente, ladrón, desconocido, extranjero, pobre o rico. Todos pueden ser prójimos. ¿Es eso a lo que usted se refiere, maestro?... Sí, más o menos. Pero falta, aún no es suficiente... ¿Cómo que no es suficiente? Si es demasiado más bien... Debemos mirar y recibir a los demás, cualquiera sea, como si fueran ya lo que queremos verlos llegar a ser, incluso si no lo son todavía. No importa. No debemos actuar con prototipos, liberarnos así de los prejuicios para poder recibir al otro, cual sea... ¡Uuuyyy, padre!, ¡qué complicado se está volviendo esto de amar al prójimo! El amor debe unirnos cada vez más, y Jesús el Cristo habita en él... Él nos dio una lección hecha parábola, mostrándonos cómo el Samaritano, siendo extranjero, se convierte en el prójimo de aquel hombre por quien tuvo compasión...

El barrio absorbe mí día a día, mi cotidianidad. Voy y vuelvo, de aquí para allá, sin fatiga posible. Escaleras empinadas reciben mis pasos, cerro arriba, casas maltrechas, ranchos a medio hacer y la sonrisa de los niños que dicen: ¡Ay, viene el cura! Y me saludan con sus sonrisas ingenuas, tiernas. Así las recibo. ¿Qué me inspira, me preguntas? Pues, aunque no lo creas, me inspira Él, el Jesús que transita entre los pobres. Aquel que conversa con ellos, deteniéndose junto al más pobre entre pobres. Dándoles su mano, su espíritu, convertido en su praxis liberadora. Es Él, el que los acoge, cura y consuela y pide su conversión. El grito de los más pobres lo escucho junto a él, como resucitado, desde su ejemplo liberador. Allá va y yo le sigo, acercándome a los preferidos del Padre. Le veo, le contemplo, me sonrío. Me invade su amor, y así le llego a sentir al fondo de mí mismo. Él se entrega en amor caritas. Amor a todos, sin excepción. Y con Él y como Él, yo me siento enviado como expresión histórica y praxis liberadora del amor del Padre a ir allí, al barrio, a estar junto a los más pobres en su cotidianidad y

en la búsqueda de su liberación como expresión de una praxis del amor desde la ciudad terrena.

De todas maneras, padre, yo sigo insistiendo que para mí prójimo significa el que es cercano, el próximo a uno, el vecino, el compadre, el cómplice... Querido Pedro, en los evangelios se dice: Ama a tu prójimo como a ti mismo... Claro, padre, es el segundo de los mandamientos, lo aprendí del catecismo... Sí, Pedro, es verdad, pero insisto: un prójimo es todo ser humano, a ser amado por el simple hecho de serlo. Por eso en la parábola del buen samaritano, Jesús, por medio de este método, nos enseña quién es nuestro prójimo cuando pregunta: ¿cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado y herido gravemente por los malhechores? Toma en cuenta que los otros dos eran un sacerdote y un levita, hombres supuestamente de fe, que siguen de largo su camino sin ocuparse para nada de ayudar al herido. El samaritano, un sujeto común y corriente, es quien ayuda al herido y responde por él, siendo un extraño. Por esa razón, Él cierra su parábola indicando al doctor de la ley: Pues vé y haz lo mismo.

No era suficiente el acercarme a la gente del barrio, de hacerlo de algún modo mío. Hacía falta algo más, sentir que pertenecía a él, que era uno más entre ellos. Tenía que seguir la vía del abajamiento. Así, mis recorridos por las callejuelas del barrio cambian. Me despojo de todo para evitar que impida mi abajamiento. Pobre como cualquiera de ellos, llego así a vivir desde abajo lo precario, y llego a sentir que soy un excluido. Un alguien dejado al margen. Un marginado, un marginal, un don nadie. Logré así hacer mías la pobreza y las luchas colectivas. Como Jesús, miméticamente logro abajarme hasta el lugar de los últimos. Ahora, me he acercado abajándome, y así me hice uno más y a la vez el servidor de todos.

Él es el que se abaja y se me acerca. Me siento muchas veces indigno de Él. Sin embargo, en algunos días, siento su presencia en el empujón que me da cuando dudo de su existencia, cuando siento que no está conmigo. Luego vienen otros días en los que soy

movido por amor. En esos días la misericordia me mueve. Es en ellos en los que me despojo de todo personaje y mi persona emerge de las tinieblas de la duda; la razón y la fe me salvan. Continúo mi misión y puedo verlo convertido en pobre, humilde entre los pobres. El amor a ellos me encamina en la seguidilla de sus pasos. Son los días de plena gracia que pido y recibo sin remilgos teológicos, sin escatologías agónicas de la segunda venida de Él y la vida eterna futura, sino de esperanza expresadas en el «ya» «todavía no» del reino. Las preguntas agujonean mi pensamiento y hacen tambalear mi fe. Son muchas las que giran en torno al amor al otro, al semejante, al prójimo hasta el acto del don pleno, hasta la donación total de sí mismo, como él lo hizo. ¿Seré capaz de llegar a imitarlo plenamente, o las dudas me absorberán? Confieso que tantas grandezas de Él me abrumen. Mis pasos tras Él se retrasan, se doblan sobre sí, trastabillan en lodazales de incertidumbre. No he podido seguir su ejemplo más cerca de lo que quisiera... Cuántas dudas, infidelidades pequeñas, pero infidelidades al fin y al cabo cometidas en este llamado a servir. Las excusas me sobran para justificar mi indolencia, mi cobardía, mi exceso de comodidad. Sin embargo, me empino sobre mí mismo para escuchar su llamada. Esa tensión que se polariza a veces entre el «ya» y el «todavía no». Entre aquel, el acuciante e inmedatista, el «ya» histórico del reino que vino y el «todavía no» del reino que vendrá escatológico, el de la parusía. Trato, por todos los medios, de estar entre ambas, porque cuando me he olvidado de esta última he caído en el error de reducir mi misión a una pura práctica de acción comunitaria. Así, de esta manera, logro, o al menos lo intento, ubicarme en la idea del tiempo que resta, de espera activa, creativa, propiciadora.

Amar a alguien como yo me amo, pero yo me amo mucho. Esto lo siento muy difícil de creer y de hacer. ¿No le parece, padre?... Nuevamente te amarras a la idea de prójimo como aquel que conoces. Tus hijos, tu esposa... El extraño no cabe en tu lista. Nuestro prójimo es, especialmente, el necesitado, creyente o no. Negro, blanco, catire,

rubia, trigueña, venezolano o extranjero. No olvides que prójimo, en la parábola del buen samaritano, es una persona que pertenece a un pueblo negado por los israelitas, un samaritano. Además, tampoco olvides, que justo en el momento en que un tipo como tú, de carne y hueso, ayuda a otro, se convierten en prójimos entre ambos...

Ayer por la tarde fui literalmente empujado a entrar en uno los ranchos de Hornos de Cal, mi barrio. Sin duda, la vivienda más humilde de todas, construida con latas oxidadas de zinc, con agujeros en las paredes y goteras en el techo. En el interior de una sola pieza hacía un calor sofocante a esa hora del día, como si las paredes se hubieran convertido en una estufa gigante.

¿Usted es el cura Torres, verdá? Sí, claro que sí, el mismo. ¿Qué deseas? ¡Ay, quiero que me acompañe a la casa! Necesito pedirle que nos ayude, venga. Y tomó mi mano y me condujo a su vivienda. Siéntese, padre, está en su casa, perdone lo malo. Me llamo María de los Santos... Mi esposo está muy enfermo y no puede trabajar. A mi único hijo lo mataron el mes pasado en una balace-
ra entre los mismos malandros. Una bala perdida se lo llevó para siempre... Me conmuevo hasta los tuétanos al oírla... Su marido está ahí, dormido sobre el camastro. Su respiración se oye entrecortada. ¡Ayúdeme, padre, a conseguir trabajo! Estoy dispuesta a hacer lo que sea. Eso sí, que sea digno, no quiero robar ni meterme a puta, eso sí que no. ¿Sí me entiende, padre? Te entiendo, claro que te entiendo. ¿Qué puedo hacer?... Espere, ya regreso. Les pediré a algunos vecinos del barrio una ayuda por pequeña que sea para cubrir lo más necesario, mientras puedo ayudarle a encontrar algún empleo digno como ella misma lo dice. Hago un recorrido, acudo a algunos vecinos, la respuesta al llamado no se hace esperar. Tres horas después estoy de regreso. Un pequeño mercado de alimentos básicos le entrego en sus manos. Su marido está ahora despierto y apenas me saluda, me pide que le bendiga, y me da la mano. Nicodemo para servirle, me dice su nombre con una voz apagada. Un pequeño ventilador comienza a refrescar un

poco la habitación, fue un obsequio de un feligrés que traje para ayudarles a sobrellevar aquel infernillo de calor. Miro a la mujer y por primera vez la veo sonreír. El rostro de su marido también ha cambiado. En el ínterin les he hablado de que la enfermedad que padece el hombre podemos curarla logrando que le operen, que me ocuparé de lograrlo. Mientras tanto, ella puede ayudarme con la limpieza de la iglesia. Con la ayuda de mis feligreses podré darle un salario digno mientras encontremos un trabajo mejor. A ella le parece bien, de ahí su sonrisa. Al despedirme, y ya en el callejón, oigo la canción «El frutero» de Oscar D'León, el cantante de salsa. La música proviene de la vivienda que parece que también se ha llenado de esperanza. Una sonrisa envuelve mi rostro, y me digo: Jesús, dos vidas derrotadas por la tragedia de la enfermedad y la pobreza vuelven a sonreír, vuelven a llenarse de esperanza.

Uno no puede dejarse de amar. Ni amar lo más grande, que es la familia. Nicodemo, estas palabras de Jesús, de las que hemos venido hablando, le dan al ser humano la libertad de pensar en sí mismo, de amarse a sí lo suficiente sin llegar a la idolatría de sí mismo, al egoísmo, y por lo tanto le pide que trate con amor a todos sus semejantes. Es necesario practicar el amor al prójimo en todas sus formas, porque cuanto más cantidad de veces se practique, será mejor, pues más ayuda daremos y más necesitados socorreremos, así como más armónica y pacífica será nuestra convivencia.

Lo que quiere usted decir es que hay que amar incluso al enemigo, para poder lograr la paz... Sí, incluso al enemigo... Nicodemo sonríe. Y su sonrisa me recuerda cuando estuvo enfermo y le vi por primera vez... Porque esto se apoya en aquello que el propio Jesús nos dice: todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos... Tú no quieres que te hagan daño, entonces no lo hagas a tu semejante. Nicodemo guardó silencio, estuvo un rato pensativo, como si meditara sobre el asunto del que hablamos. Luego agregó: esto último que ha dicho realmente son palabras muy fuertes y claras. Creo haberlas entendido bien... Me alegra mucho

que hayas entendido que esa idea tuya sobre el prójimo y el amor a él estaba errada. El amor al prójimo nos lleva a practicar la misericordia, a que sintamos pena por los que sufren y padecen alguna necesidad, dolor o enfermedad, sin quedarnos allí parados sin hacer nada para ayudarles. Como virtud, la misericordia, tiene que ir incluso más allá, es decir, hacia su liberación. Y, cuando es el caso, a perdonar aquellos que han obrado mal contra nosotros mismos.

En uno de los bancos adosados a un lado del pórtico principal de la iglesia, luego de la eucaristía dominical, María de los Santos, Nicodemo y el cura Juan conversan en el solaz de la tarde decembrina. Padre Juan, usted y sus cosas, ¿cómo íbamos a saber quién era el andrajoso que se subió al púlpito de la iglesia? No lo podíamos creer. El cura Juan le escucha y sonríe. Nicodemo, a veces uno se angustia porque el mensaje del evangelio no llega a lo profundo del alma de nuestra gente. Se queda en la superficie, en la ceremonia de la liturgia, en la falsa comunión. Muchas veces pienso que el resucitado no es sentido entre nosotros. No vivimos junto a él, tras sus pasos. En pocas palabras, que no somos auténticos cristianos. ¿Comprendes ahora mi angustia? Ayer, en el momento de preparar mi homilía, esta angustia volvió a colmarme, y por eso quise darle un tono distinto a la predicación dramatizándola un poco. ¡Y lo logró, padre! Su prédica nos conmovió mucho. O al menos a mí. A mí me llegó jondo. María de los Santos, que ha permanecido callada, escuchando con atención, dice: padre Juan, recuerdo el día en que le conocimos, nosotros estábamos en aquel momento muy mal. O como se dice vulgarmente, muy jodidos. ¿Usted debe acordarse? Sí, claro, María de los Santos, claro que me acuerdo. De hecho, en la homilía del domingo siguiente hablé de esa experiencia vivida, pero lo hice muy mal... ¿Cómo que muy mal?, no le entiendo. Porque al narrarla me convertí en

un héroe de película, un protector de los pobres y afligidos, y eso no va con un auténtico cristiano... ¡Ay, padre, yo no veo en eso ninguna maldad al contárselo a la gente! No veo por qué usted se sintió mar como dice que se sintió. María de los Santos, creo que no he sabido explicarme... Les voy a narrar una parábola de Jesús de Nazaret para que me entiendan mejor... Es la del fariseo y el publicano. Trataré de contarla lo mejor que pueda... Dos hombres que estaban en el templo orando, uno fariseo y el otro publicano. El primero oraba como si hablara consigo mismo: Dios, gracias te doy por no ser igual a los otros, incluso muy diferente a este publicano. No soy un ladrón, un injusto, un adúltero. Ayuno dos veces por semana, doy en diezmo todo lo que gano. Por su parte, el otro, el publicano, ni siquiera levantaba los ojos al cielo, solo se limitaba a golpearse el pecho, diciendo apenas: Dios, sé propicio a mí, un simple pecador. Hazme digno de ti. Cómo María de los Santos, y tú Nicodemo, podemos recibir esta enseñanza en el momento presente de nuestra vida. Conocemos a muchas personas que, como el fariseo, confían en demasía en ellos mismos, se miran como los más justos y terminan menospreciando a los otros. El fariseo se excedió en lo establecido por la ley, ayunando en exceso, y exagerando el diezmo, muy ostentoso de su práctica religiosa. Él no le pide nada a Dios, se considera sobrado y por esa razón no recibe nada. En cambio, el otro, el publicano, perteneciendo a una casta social despreciada, vilipendiada con el remoquete de los cobradores de impuesto a favor del Imperio Romano, de él podemos decir que en la parábola no se condena el oficio de este hombre, sino que, por el contrario, lo presenta como alguien humilde, capaz de reconocer su estado de indignidad ante Dios, y confiesa su necesidad de ser digno de Él, su necesidad de reconciliación. Así las cosas, el publicano recibe la misericordia y la reconciliación que buscaba.

María de los Santos, Nicodemo, ¿pueden ahora comprenderme mejor cuando les confieso esta angustia que me embargó? Asumí el papel del fariseo, me consideré un sobrado, un engreí-

do, un ser superior a mis semejantes, a los feligreses que ese día me escuchaban, superior a ustedes mismos, en lugar de ser humilde y de abajarme cada día más para estar en el mismo lugar que ustedes... Padre Juan, en aquella larga conversa que tuvimos sobre el amar hasta al enemigo, reconozco que usted me ganó para la causa cristiana, pero, le confieso que me faltaba algo más, y hoy me lo ha dado con esta charla... Charla no, Nicodemo, parábola.

¡Entre pícaros te veas!

Uno tras otro corrían como desbocados los días de aquel año ocho del nuevo siglo. Algo turbio podía presumir un televidente avisado al mirar el cristal que le hablaba. Ese no era mi caso. En la mañana del 29 de noviembre de aquel año, oí, en la televisión de mi habitación, el comentario de «... una supuesta crisis hipotecaria y de confianza en los mercados». Como no entendí en lo más mínimo aquellas palabras raras, no le di mayor importancia a la noticia, que terminé dejándola en el olvido. El resto del año siguió su curso, y como si fueran minutos terminaron de pasar los días que le restaban, y llegaron los nuevos del siguiente. En los medios, podía leerse y oírse con mucha frecuencia otro asunto raro, presentado esta vez en un lenguaje de tribunales y jueces: «... A los bancos no les ha quedado más remedio, a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo, que proceder a ejecutar las hipotecas de varios inmuebles ubicados en...». Tampoco entendí claramente a qué se refería esto de la ejecución de hipotecas. Suponía, sí, que se trataba de medidas normales aplicadas a los clientes morosos. Pillos, que al final resultaban atrapados en su maldad. Una no termina nunca de comprender a la gente irresponsable. Si alguien se compromete a pagar algo, tiene que cumplir y punto, sin más discusión.

El invierno había llegado aquel año muy fuerte y desalmado; tanto que muchas veces impedía salir a la calle. Era ya el mes de marzo y su intensidad no cesaba. La televisión anunciaba tormentas de nieve y recomendaba guardar la calma y permanecer en casa. Cierta día de ese mes, el 30 para ser exactos, recibí una inesperada llamada telefónica. Se me comunicaba la elevación de los intereses de mi hipoteca a una cifra grande, casi impagable, me-

jor dicho, impagable para mí. Aquella información me derrumbó por el resto del día. Al amanecer del día siguiente, me fui, muy de mañana, a las oficinas del banco, con la angustia pegada en la cara. Las calles, por el mal tiempo, estaban hechas un caos, carros atascados, montones de nieve, era muy difícil transitarlas. En la agencia bancaria un ejecutivo, muy joven y apuesto, me recibió con muchas atenciones y buenas venturas; sin embargo, al informarle el motivo de mi visita cambió de actitud, se puso hosco, de pocas palabras, de pocos amigos, su rostro se veía frío y como si lo que le decía, en relación con mi solvencia y mi puntualidad en el pago, no le importara. «... En efecto, señora, esas son las nuevas condiciones de su crédito hipotecario y al respecto no podemos hacer nada, son decisiones de arriba...». Un frío helado recorrió mi columna vertebral a pesar de la calefacción del lugar. Salí del banco medio atontada y me dirigí de nuevo a casa, que ya comenzaba a sentir como ajena. Llegué al poco tiempo, en verdad no sentí su transcurso, y me senté en la sala a meditar alguna salida. Todo allí me parecía ajeno como si se tratase de otro lugar y no de mi hogar. Permanecí sentada sin moverme, algo así como una hora, y para hacerlo encendí maquinalmente la televisión, a ver si en ella podía encontrar una respuesta a mi nueva situación. Nada, lo mismo, todo parecía normal, y lo poco que decían era que pronto las cosas iban a mejorar. En el noticiario, el locutor leyó la primera noticia, la de primera plana, digámoslo así: «... La economía más grande del mundo, la de nuestro país, ha comenzado a atravesar una grave crisis, se trata de una de las más grandes crisis crediticias e hipotecarias de la historia, que afecta principalmente la burbuja inmobiliaria... Esta situación durará poco tiempo, pronto cambiará...». Otra vez el fulanita asunto de la «crisis hipotecaria y de confianza en los mercados» y ahora le agregaron «la burbuja inmobiliaria». Ahora entiendo menos. Bueno, no, al menos un poquito, porque pienso que esto tiene que ver con algo de lo que estoy padeciendo. Sin embargo, en general, no logro comprender plenamente qué es

lo que está pasando. No me queda claro qué causó esta crisis, ni quiénes son los culpables.

Ese mismo día, a media tarde, consulté a mi abogado. Todo un fiasco el tipejo. Habló sin parar durante veinte minutos, sin responder en ningún momento a mis preguntas; solo le entendí que: «... tenemos que tener paciencia, señora Angélica, no nos queda más remedio, son cosas del gobierno, ya pasarán...». Esa noche, como era de esperarse, no pude dormir, me adormecía agobiada por el cansancio, y al poco rato me despertaba sobresaltada. Y antes del amanecer del nuevo día ya estaba de pie. Hoy, después de cuatro días de insomnio, algo dormí. Sin embargo, he tenido que levantarme temprano porque recordé que precisamente hoy viene Macario, el plomero, a hacerme una reparación en casa. Solo que me veré en la necesidad de despedirlo hasta cuando toda esta fulana crisis haya pasado.

—Hola, buenos días —es él, me habla en español, por el intercomunicador, porque somos paisanos.

—Hola, Macario, buen día. ¿Cómo te ha ido? Pasa adelante.

—Bien, señora Angélica. Bien, como siempre...

—Solo a ti te va bien en estos tiempos de cara de perro bravo —le interrumpo porque de verdad me molesta que una triste alma como él me siga diciendo que siempre le va bien.

—¿Y por qué tiempos de perro bravo, señora Angélica? ¿Qué le hace pensar así? ¿A qué se refiere con eso? Digo, si no le importa contarme.

—¡Ay Macario!, ¿de qué va a ser? De la cosa esa que llaman «crisis hipotecaria, de confianza en los mercados y de burbuja inmobiliaria», que, por cierto, yo no termino de entender. Tanto que se habla en la televisión, y nunca se le dice a una persona como yo qué fue lo que pasó y quiénes fueron los responsables...

—Responsables nada, nada de eso. Nadie es responsable. Se pasarán la pelota entre ellos y ninguno asumirá la culpa...

—¿Y de quién es la culpa?, ¿qué sabes tú de eso? —Le inte-

rrumpo adrede porque me molesta que hable con tanta seguridad, como si supiera todo lo que está pasando.

—Un poquito sé, señora, si me permite puedo decírselo. Para algo le servirá...

—Está bien, cuéntame lo que sabes.

—Aquí lo que ha pasado es lo que mientan como estafa. Y, por cierto, la fulana burbuja esa a quien le va a estallar es al pendejo, como siempre. Yo no le puedo explicar con elevadas palabras, pero sí puedo decírselo de otra manera. Póngame atención.

«En un pueblo de los Andes, en Venezuela, parece que sucedió este caso. Yo no lo viví, sino que me lo contaron cuando era niño, y creo que viene a cuento. Por época de misas de aguinaldo llegó al pueblo un caballero de mucha pinta, muy serio y con apariencia de honrado. Se hospedó en casa de unas supuestas parientas. Caminaba por la plaza, iba a los bares, jugaba billar, hablaba de béisbol y de peleas de gallos con los vecinos del pueblo. Con el paso de los días y los meses, llegó a hacerse, supuestamente, amigo de todos. Al final del cuarto mes se ausentó, por dizque razones de trabajo, retornando ocho días después con la buena nueva de adquirir, a muy buen precio, todos los momoyes (que son unos hombrechicos de pequeña estatura, casi enanos, con grandes sombreros y barbas) que encontraran en los alrededores; porque, según él, ellos no eran ningunas criaturas buenas, ni tampoco protectoras de la agricultura y de la naturaleza; sino todo lo contrario. Por eso, él, que había aprendido a amar aquel pueblo y a su gente, había decidido acabarlos, llevándoselos muy lejos para que la prosperidad reinara de nuevo en el lugar; y para ello necesitaba la colaboración de todos. Esta idea no fue del agrado de la mayoría de los habitantes del pueblo y por eso se mostraron renuentes a participar en ella. Sin embargo, al amanecer de un día lunes, ocho días después de anunciada la idea, en la puerta de entrada a la alcaldía, apareció un aviso, fijado por el caballero con el permiso del alcalde. En él decía que, en el patio de la vieja casona de la alcaldía, estaría el

lugar en donde se comprarían los momoyes. Allí también fijaba el precio por cada hombrecito, cerrando el pasquín con la firma del fulano caballero. Y así fue. Durante varios días se produjo la venta. Cada habitante del lugar llevó su momoy. Una cola de personas, a todas las horas del día, excepto a la del almuerzo porque el caballero exigía que se la respetaran, permanecía en la entrada de la alcaldía. Cada habitante, mientras esperaba su turno, iba contando cómo había hecho para capturar su momoy. De una a otra las historias iban cambiando, cada vez con más riesgo y valentía. Así transcurrieron veinte días, sin contar los domingos porque eran de descanso del caballero, y día de guardar. Al cabo de los cuales los momoyes comenzaron a escasear, la cola prácticamente había desaparecido y el interés por la venta mermaba. El caballero, al ver esta situación que ya esperaba, pegó un nuevo aviso en el que ofrecía un precio mejor. La reacción fue inmediata, la cola de la venta se reanudó con más bríos; sin embargo, pocos días después comenzó a acortarse una vez más, una o dos personas acudían a la venta; entonces el caballero hizo una nueva oferta, solo que esta vez pidió disculpas públicas porque tenía que ausentarse por unos días. La venta no sería detenida, al frente de ella quedaría el alcalde, honrada persona de su plena confianza. Todos estuvieron de acuerdo y así lo aceptaron. Al día siguiente, en efecto, el alcalde asumió su lugar en la compra de los momoyes; solo que había fijado un nuevo cartel, escrito como una carta oficial, en el que proponía a toda la población lo siguiente: ... Debido a que el precio de los momoyes había subido tres veces más al que se había fijado inicialmente; y como era de todos sabido, que el caballero... regresaría en los próximos días, él, como siempre, pensando en el bienestar de todos sus electores y el pueblo en general, había dispuesto venderles los momoyes por un precio menor, un veinticinco por ciento menos, del último ofrecido por el caballero... De tal suerte, que cuando él regresara todos los compradores y sus familias resultarían beneficiados en la venta de los mismos... De

inmediato la compra de los momoyes, que estaban en un cobertizo en el patio de la alcaldía, se realizó. Cada cabeza de familia, rompió la alcancía como quien dice, y le pagó al alcalde el precio estipulado con la ilusión de las ganancias que iban a obtener. No fue así. Dos días después el alcalde, entre gallos y medianoche, desapareció con el dinero. Y ninguno de los dos, hasta la fecha, ha vuelto a aparecer por el pueblo. Hoy, aún se cuenta la historia muy a escondidas por la vergüenza del engaño sufrido, y porque se había pretendido vender una de las cosas más hermosas que ha identificado por siglos a toda la región andina».

—¿Y eso es lo que llaman una estafa? ¿Y eso es parecido a lo que me está pasando con mi casa, o la que era mi casa? —Le pregunté con mucha tristeza a Macario. Me miró fijo, por unos segundos, y respondió.

—A mi entender, sí. Y al menos sirve para que comprendamos mejor lo que está pasando. Los pillos nunca dan la cara, ni asumen su responsabilidad.

—¿Y los bancos, por qué no responden, y por qué la pagan con nosotros? —Me mira y se sonríe.

—Porque están quebraos. O porque nunca tuvieron lo que dijeron tener.

Amor a destiempo

Bonn, 4 de mayo de 1920.

*H*ola Lida... hoy he pensado mucho en ti y quiero que lo sepas. No me gustan los amores anónimos, o de un solo lado. Aunque diciéndote lo que siento no pueda conquistar tu corazón; sin embargo, te lo digo: me gustas mucho y creo que he llegado a quererte. Sé muy bien que no me conoces. Solo te he visto en tres ocasiones aquí en la universidad. No he hablado contigo, me he limitado a mirarte con mucha atención... Me gustan tus ojos verdes, tu tez blanca, tus rasgos arios... Te he escuchado hablar con tus amigas y he sentido como si lo hicieras conmigo... Coincidimos en todo. Naciste para algo superior, no tengo duda... Ojalá y algún día llegues a leer esta misiva. Nunca será tarde, esperaré toda la vida ese momento. Hasta pronto... J. G.

El tiempo pasó. Y siguieron los días con sus noches, inviernos y veranos, unos tras de los otros. La carta permaneció olvidada en el bolsillo interno del bolso de la mujer. Se la había entregado un mesonero de la cafetería de la facultad, y a ese compartimiento fue a parar sin abrirla. Al recibirla le pareció un poco extraño que en el sobrecito en el que estaba solo dijera: *Para Lida. En sus manos. J.G.* El bolso nunca más fue usado por su dueña y permaneció olvidado por un largo tiempo en el armario de su habitación. La pequeña misiva, metida en aquella especie de escondite, continuó allí sin que nadie la leyera, hasta llegar a manos de la mujer de servicio, quien lo recibió como regalo de su patrona. Ella, por su parte, lo guardó con mucho celo hasta el punto de no atreverse a usarlo. Finalmente, una mañana decidió limpiarlo con mucho esmero para hacerlo; y, al abrir el bolsillo interior, encontró la carta. Se negó a leerla porque consideraba que era algo privado, a lo que ella

no tenía derecho de conocer. Unos segundos después, se prometió devolvérsela a quien iba dirigida. No pudo hacerlo. Ella se había marchado de la ciudad, sin dejar señal de su nueva habitación.

Mientras tanto, *J.G.* se dio por plazo una semana como espera para la reacción de la mujer. Nada, la indiferencia de ella continuó. Se acercaba al grupo de amigas que charlaban con ella, no había caso, ni siquiera le miraba. Finalmente, optó por entender el recurso de la carta como intento fallido, no había surtido el efecto que esperaba. Se alejó del grupo, entre frustrado y resignado, convencido de que tendría una oportunidad más tarde, cuando él llegara a ser alguien importante.

Y así optó por dedicarse obsesivamente a estudiar, convencido de que aquel sería su único camino para alcanzar lo que se proponía. Dos años después obtuvo su grado universitario, y de inmediato se fijó como meta ser famoso, ser reconocido, y la vía más expedita, a su entender, era la carrera política. Y tuvo razón, al poco tiempo, y sin mayor esfuerzo alcanzó la notoriedad que buscaba. La fama vino a su encuentro, los medios lo sacaron del anonimato. Sin embargo, en lo profundo de sí sabía que su talento no se compaginaba con su fealdad, el primero le permitía descollar en su actividad profesional, mientras que la segunda le jugaba malas pasadas, provocándole frecuentes decepciones como la vivida con la mujer a quien le dirigió la misiva de marras. Ello le condujo a aferrarse con más ánimo a su talento, allí estaba su fuerte y su fuerza. Desde sus inicios en la universidad lo tuvo claro, e intencionadamente lo hacía sentir. Lo sabía muy bien, y lo usó a su exclusivo favor en consecuencia, tanto que llegó a enfermar de sí, llegó a convertirse en un narcisista furibundo. «¿Quién puede resistírseme? ¿A quién que le hable puede no seguir mis ideas? ¡Soy joven y brillante a qué dudar!...». Se decía convencido de que así era, y así tenía que seguir siendo.

Una tarde de un domingo cualquiera volvió a ver a Lida. Seguía siendo muy hermosa, pero, ¡oh sorpresa!, no pudo hablar-

le. Las circunstancias habían cambiado, y él junto con ellas. Sin embargo, nuevamente había enmudecido ante la cercanía de su presencia. Tardó unos segundos en reaccionar y, al hacerlo, ya ella caminaba en dirección contraria. Se limitó a verla alejarse. Y atacado por la ira y la frustración, juró conquistarla de una vez por todas. Alguien como él no podía soportar lo que consideraba otra indiferencia, otro desaire de su parte. «... Al escribir aquella carta yo era muy tímido e inseguro ¿Quién hoy puede creerlo? Estaba acomplejado porque no era bien parecido y encima, rencoso. Nunca he sido buen mozo, es verdad, y sigo renqueando de mi pierna derecha, corta y tiesa. Pero, no soy el mismo de antes. Me lo probaré una vez más, enamorando de una vez por todas esta mujer...». Y así lo hizo; no le fue tan fácil, hasta que por fin lo logró. El primer beso recibido fue para él la reafirmación de su narcisismo, se sentía ahora diez veces superior. «Ninguna mujer a partir de ahora podrá resistírseme...». Afirmó absolutamente seguro de que así sería. En verdad, llegó a sentirse muy enamorado, tanto que llegó a prometerle divorciarse para iniciar una vida plena con ella, incluso fuera del país, en un lugar lejano, ideal para una nueva vida. Con su Lida, como le llamaba. Ya para aquel momento estaba casado, y era padre de seis hijos. Solo su absoluta sumisión y obediencia ciega a quien consideraba su jefe, o algo así como su amo y señor, pudo detener aquella decisión. La orden que recibió fue terminante: «¡Abandona a tu amante y dedícate a tu legítima esposa, a tu hogar!... Has llevado esta situación al límite del suicidio por parte de ella... Imagínate por un momento el escándalo que esto podría generar...». Obedeció la orden recibida sin chistar. Al día siguiente, entre el dolor y la rabia dio por finalizada su relación con Lida. Sin embargo, el despecho le duró muchos días. Se le veía pensativo, meditabundo, malhumorado, especialmente en su casa de habitación.

El reinicio de la relación matrimonial resultó lento, no exento de roces, de palabrotas, de agresiones verbales. Magda, su es-

posa, le conocía muy bien, y sabía con detalle lo que le pasaba. Le había conocido en un acto político de masas, la sedujo políticamente; tanto que fue ella la que habló primero. Era, es verdad, un orador extraordinario y eso le había causado mucha admiración, pero solo eso. Como hombre no le atrajo, ni aquel día ni nunca, como él suponía. Nunca llegó a sentir nada por él, excepto algún tipo de afecto por ser el padre de sus hijos. Nada más. Por su parte, él sí se había enamorado al conocerla; tanto que pocos días después vinieron las cartas, los poemas, las promesas escritas al voleo: juro que no volveré a mirar a otra mujer, solo a ti. Contigo me basta... Falso, al poco tiempo de casados, siguió «mirando» a toda aquella que le gustase. Al final logró convencerla, y tres meses después se casaron. La carrera política de él siguió en un ascenso vertiginoso, tanto que incluso llegó a la máxima jerarquía del Estado, aunque, por ironía del destino, solo por un día, porque la derrota del régimen era insalvable. Nada le había detenido, excepto esta situación de catástrofe política y militar. Todo lo que se propuso lo alcanzó, aun a costa de cualquier precio. Llegó hasta donde quiso llegar, con paso firme y sin detenerse: ser mano derecha de su temido jefe. Hombre de su más absoluta confianza, leal hasta el servilismo del absoluto soberano de la nación, quien, como gobernante, llegaría a ser visto, años después, como un malévolos personaje.

Su hogar no quedó excluido de todo aquel éxito. Al contrario, junto a su esposa y sus hijos llegó a formar, ante los ojos interesados, una familia ejemplar. Un tipo ideal para la sociedad superior, que se suponía en formación. Y vinieron las fotos, las grabaciones de la pareja y los hijos, todos sonrientes, todos, aparentemente, felices. Mientras que, en la realidad oculta, de prohibido conocimiento público, le seguía siendo infiel. Las peleas de la «pareja feliz», de la «familia modelo», eran continuas. En una ocasión ella le descubrió, en el diario secreto que llevaba, una página en la que, no sin cierto esfuerzo, podía leerse:

«... Ciertamente, a mi mujer nunca le perdonaré el haber sido primero de otro hombre, su primer marido, del que, para colmo de males, tuvo un hijo... De qué puede quejarse si le soy infiel... He reencontrado a Lida, mi primer gran amor, y estoy dispuesto a todo por ella, incluso a divorciarme... Mi esposa Magda llega hasta el colmo de olvidar que hasta tuvo un padrastro de raza inferior, aunque ella cree que no lo sé...».

«La suerte, decía Magda, me abandonó al casarme con él, de eso no tengo duda... A mi primer marido, padre de mi primer hijo, lo conocí en un encuentro casual en un tren, un hombre rico, muy buenmozo, y no feo y chueco como mi actual esposo. Aquel era un marido bueno, pero muy celoso. De hecho, se divorció de mí porque lo había traicionado. No fue solo mía la culpa, él no cuidaba de mí, digo: como mujer. Solo le importaban sus prósperos negocios y nada más. Por eso, es verdad, terminé enamorándome de otro... Hoy siento que he cambiado mucho, la vida política me ha cambiado. Hoy, solo le soy fiel a nuestro jefe y a mis hijos. Mi actual marido es un fanático narcisista, lo sé. De hecho, hace unos días me hizo prometerle que juntos nos suicidaríamos si el gobierno y su lucha llegaran al fracaso definitivo. No me ha quedado más remedio que prometérselo. En verdad, ya no me importa; solo mis hijos me hacen sufrir al pensar qué será de ellos cuando yo no esté. Están indefensos, en unas edades muy tiernas...».

Llegado el momento de lo que él venía presintiendo, el fracaso total; en efecto, dieron cumplimiento a lo que se habían prometido. Solo que ella había resuelto el dilema moral de sus hijos: matándolos a todos, una hora antes de suicidarse.

Mucho tiempo después, la antigua carta dirigida a Lida era rescatada del arcón de la abuela, la antigua mujer de servicio de la destinataria, por uno de sus nietos. El sujeto se enteró de que ella la guardaba con mucho celo, y al enterarse de quién había sido el autor de la misiva, decidió venderla en una casa de antigüedades. «Era un tipo tímido, a pesar de quien llegó a ser, que temió

confesarle a la mujer lo que sentía... Parece ser que ella nunca se enteró de la existencia de la carta. Él, al conquistarla tiempo después, nunca le habló de ella...». Comentó irónicamente con el marchante bonachón de la tienda.

Recibida la orden

Catorce años habían transcurrido desde cuando visitó Bolivia por primera vez, cuando era un estudiante de medicina. De carácter fuerte y mirada profunda, alto y desgarbado, así era él. En aquel entonces, el torbellino de las ideas progresistas que resonaban en La Paz lo fue envolviendo en lo que sería su primer encuentro formativo de sus ideas críticas y liberadoras, que le llevarían a convertirse en el legendario iconoclasta, inconformista y contestario guerrillero. Hoy estaba de regreso, un día de los primeros de noviembre del año de 1966.

—Señor Adolfo Mena Gonzales, tenga su pasaporte. Bienvenido, embajador, esta es su casa.

El gran espinazo de los Andes se convertiría, tras larga y dolorosa lucha, en la Sierra Maestra de la liberación de la América de Martí, Nuestra América. Un gigantesco Vietnam extendido desde el sur del Río Grande hasta la Tierra del Fuego. La suerte estaba echada. El silbido del asma en sus pulmones se acompañaría cuesta arriba, montaña arriba. No obstante, aquella serranía de la América andina lo recibió con gestos poco amigables. Tan distinta a la Sierra Maestra. Las montañas empinadas de difícil acceso se sucedían una tras otra. Cuestas, picachos, ensenadas íngrimas. Ríos caudalosos y senderos abiertos a filo de machete. Calor sofocante hasta el desmayo y nubes de mosquitos hacían más difícil la travesía guerrillera. A paso firme continuó su marcha, salvando obstáculos imprevistos, soledad y apatía, soledad y traición, incompreensión de los lugareños convertidos, en los vaivenes de la lucha, en soplonos de ocasión del ejército rival, de las fuerzas rivales, nacionales y extranjeras.

Las hojas escritas del diario daban cuenta de las circunstancias adversas, y de una voluntad quijotesca inquebrantable hasta el último minuto de vida. Por aquellos días, unos veinte hombres, fusil al hombro, le seguían tras la búsqueda de una zona más adecuada para la guerra de resistencia. Los alimentos escaseaban hasta el borde de la inanición total. Los lugares de depósito de medicamentos y documentos claves estaban en manos del enemigo, irremediablemente. La esperanza de victoria se tornaba lejana, ahuyentada por las circunstancias adversas que una tras otra se habían ido acumulando. La moral, cual cabestro de salvación, se mantenía firme, bastaba mirar el rostro del comandante para vencer las dudas.

Los días se persiguieron en el diario con notas de balances y cuentas negativas, hasta que finalmente amaneció aquel 8 de octubre de 1967, el aire frío bajaba de lo más alto de la sierra cubriéndolo todo. La hora del último combate había llegado. El comandante en la refriega fue herido en una pierna, luego se le hizo prisionero. Erguido como siempre, y ligeramente cojeando de la pierna izquierda, fue conducido hasta la escuelita rural de La Higuera. Dos horas de travesía entre empujones periódicos y la conversación apagada de los soldados. Su captura fue informada por radio de inmediato al presidente de la república, quien lo declaró para la prensa: muerto en combate. Minutos más tarde, el estado mayor general fue convocado por él. Un solo punto había en la agenda: ¿qué hacer con el guerrillero? La decisión fue rápida, apenas duró unos treinta minutos tomarla. «Por unanimidad, el estado mayor general recomienda su ejecución inmediata».

La decisión tomada me sorprendió. Creí que nos iban a permitir llevárnoslo a Miami para continuar interrogándolo. No fue así. Se me dijo que era una orden del presidente de la república y

de su estado mayor militar. La acepté sin chistar y me dispuse a hacerla cumplir.

Sargento Terán, tenemos la orden de ejecutar al prisionero y ha recaído sobre usted la tarea. Míreme bien, cuando le dispare hágalo del cuello hacia abajo. La idea era hacerlo parecer que había muerto en combate, como lo había anunciado el presidente el día anterior, el de su captura. Terán, entre sorprendido y temeroso, pidió un fusil y con pasos lentos e inseguros se dirigió a la sala de la escuela en donde estaba el prisionero. Casi una hora después, aproximadamente, escuché los disparos. Listo, me dije, la orden fue cumplida. Miré mi reloj y anoté en mi cuaderno de notas: la 1:10 pm, y en la línea superior: 9 de octubre de 1967. Cerré mi libreta y me fui a comprobar la ejecución.

El miedo y las dudas atravesaron todo mi cuerpo, del pecho y la espalda goteaba un sudor frío. Media botella de licor no me fue suficiente, el miedo me seguía invadiendo el pellejo, las manos. Cuando llegué a la sala en donde estaba él, lo encontré sentado en un pequeño banco. Al sentir que yo estaba allí, me miró fijamente a la cara, yo bajé la cabeza lleno de vergüenza. Usted vino a cumplir la orden de matarme, ¿no es así? No le respondí. Seguí con la cabeza agachada sin atreverme a disparar. El hombre se puso de pie. Lo vide grande, muy grande, tan alto que llegaba hasta el techo de la habitación. Sentí sus ojos, su mirada brillando intensamente sobre mí. Por un momento, sentí las piernas como si se me doblaran, creí que me iba a caer. El mareo me pasó rápido, y caí en cuenta de que él podía desarmarme si así lo quería. Comandante, yo... y se me trabó la lengua. Y oí de nuevo su voz: tranquilícese, me dijo, para que pueda cumplir con lo que le han encargado... Apunte bien, que va a matar a un hombre... En ese momento, di un paso atrás hacia el umbral de la puerta, como si me retirara. Y

un ímpetu de fiera tocó mi cuerpo, cerré los ojos y disparé la ráfaga de plomo, el hombre cayó muerto. Unos minutos después entró el agente de la CIA, y como para asegurarse de que estaba muerto, también disparó sobre el cuerpo sin vida.

Yo iba de un lugar a otro sin detener el ajetreo del día, en uno me dispuse a fotografiar el diario del comandante y en el otro acudía con premura a hablar con él, a interrogarlo. En uno de esos momentos del interrogatorio le miré muy de cerca, le vi andrajoso, su ropa militar estaba raída, sucia, muy cochina por los días transcurridos sin cambiársela. No le quedaban botas, eran ya solo unos pedazos de cuero amarrados a los pies. El pelo lucía mugriento, con bucles tiesos por el sucio. Eso sí, su mirada era firme, penetrante, jamás lo sentí con miedo a morir. A las preguntas de interés político-militar respondía siempre de la misma manera. Su voz fría repetía la misma frase: usted sabe que no le puedo responder eso. Simplemente, no lo haré... Al escuchar la respuesta lo agarraba por el pecho, lo zarandeaba y cacheteaba. Nada, ni se inmutaba. Ante aquella escena, optaba por regresar al lugar de la fotografía del diario, a continuar mi labor. Y así iba y venía, entraba y salía a cada rato de la habitación, desde temprano de la mañana hasta el mediodía. En uno de esos momentos repica el teléfono. Uno de los soldados contesta, y de inmediato me dice: es para usted, quieren hablarle. Acudo a responder la llamada y recibo la instrucción: «... órdenes superiores: 500-600». Descifro la clave: 500 era él, 600 muerto. El 700, el manténgalo vivo, lo dejaron fuera, no lo contemplaron. Pregunto para confirmar, y me repiten: «... órdenes del alto mando: 500-600». No había duda, había que matarlo.

Equivocados

La pulga le subió a la barriga. El camastro de la celda tenía muchas. Detrás de ella vendrían otras, muchas más. De todas maneras, con o sin pulgas, tampoco esta noche dormiría. Hacía diez años que no dormía una noche entera en aquella celda del pasillo de la muerte. El inmenso parecido con la fotografía de aquel sujeto de Texas los llevó a detenerme al descender del avión en el aeropuerto de Miami. El juicio fue breve, toda apelación ha sido inútil. Jamás he llegado a comprender cómo me convirtieron en el verdadero asesino del presidente Kennedy. Eso sí, antes que todo acabe, a este animalito rastrero me verá obligado a matarlo, ya son muchas las que he «asesinado». Aquí también, para colmo, me han convertido en un asesino de pulgas. Al amanecer vinieron a buscarlo. Él se puso lívido del miedo. Tranquilo, le dijo uno de los guardias, no es para llevarte a donde tú crees. Ha habido una equivocación contigo. Tú no eres el que se creía. El tercer disparo, el que mató al presidente, no lo hiciste tú. El reo, al oírlo, cayó muerto cuan largo era en pleno pasillo de la muerte.

María de los Santos

A María de los Santos Valera

La capital del país quedaba lejos, lejos a pie o a lomo de burro, lejos de todo, pero no del mal. Más allá de los cerros de sisal que los sostiene, que llenan de vida los agrestes cerros que rodean al pueblo, quedaba el resto del mundo. El pueblo era tranquilo en apariencia, muy caluroso a plena luz del día, solo el viento lo suaviza al bajar de los cerros, y limpia sus calles polvorientas en tiempos de sequía interminable. Un poco más allá de la casa de Petra está la iglesia, vetusta, circunspecta, muy seria y triste por fuera, severa y rígida por dentro, o según el caso y el tipo de gente del pueblo. Censura y aprueba, discrimina y castiga según el estatus social. Iglesia de una sola nave, íngrema durante el día, con su única torre campanario cual vigía de inquisición, mira a los cuatro vientos y a todas las horas. Pueblo en calma, de la paz lo llamaron en tiempos de la insurrección, y de los burros, por el amor que se les daba a los asnos, y no era para menos, ellos representaban el único medio de transporte y de carga, unos todoterrenos, al fin y al cabo. Ellos, en otros tiempos, junto al sisal, habían salvado al pueblo de perecer por hambre y sequía.

Ahí, en ese pueblo nació yo, María de los Santos de la Encarnación, o María simplemente, o la Concha de todos, como también me llamaron las malas lenguas del pueblo, las mismas de los que pretendían limpiárselas con la comunión del domingo, al cumplir con el sacramento del cuerpo y la sangre de Jesús.

Yo soñaba siempre desde niña con ser mujer de bien, señora de mi señor, digna de mi Señor Jesucristo, capacitada para ir a la misa del domingo con velo y pantaletas limpias, sin mancha, para no ser censurada por el señor cura. Y así lo hice, al menos lo intenté. Y como toda mujer de la época, siendo casi una niña me casaron. Ese era el destino de todas las mujeres, que te casaran y que parieras jovencita, como una vaca, como un animal cualquiera. En fin, contraje matrimonio como Dios manda, así decían en el pueblo, a los quince años recién cumplidos, ni uno más, ni tampoco uno menos, no tengo por costumbre mentir, ni aparentar lo que no soy. Poco tiempo después me vino la desgracia, me quedé sin marido reconocido, según decían las lenguas viperinas del pueblo. Me lo mataron en la guerra civil, murió como un héroe, pero me dejó solita, desamparada, con una mano adelante y otra detrás, como quien dice. Yo soy esta, sí... ¿y también aquella, la de la otra vida, la de la mala vida, la que me achacan? Quizás sí, quizás no. Una de ellas soy, no las dos, de eso sí estoy segura, como ya veremos en esta historia de mi vida que ahora les cuento.

Poco tiempo después volví a enamorarme, esta vez de un militar destacado en el comando de la Guardia Nacional del pueblo. Un mentado teniente López, así lo llamaban todos, militares y civiles al manifestarle respeto, incluso yo misma. Me enamoré perdidamente, loca y tontamente digo hoy, pues el tal teniente me dejó muy pronto. Dijo que tenía que cumplir órdenes, que él no se gobernaba solo, que por eso se marchaba, que se iba para la capital de la nación, que lo lamentaba mucho, pero... Y todas las palabrejas que se pueden imaginar para zafarse, para huir de mí. Estuve despechada dos meses, con sus días y sus noches, la apretazón en el pecho no me dejaba, andaba en las nubes sin escuchar razones. Sola y abandonada por segunda vez, aunque la primera haya sido por muerte. Eso sí, al pasárseme el fulano despecho, juré como se jura por lo más sagrado, de rodillas en el frío piso de la iglesia, que no me volvería a casar, que no volvería a confiar en el amor de ningún hombre.

En aquel tiempo, me achacaban amoríos con militares del comando de la Guardia. Especialmente con los solteros que recién llegaban al pueblo: cabos, sargentos, tenientes, y hasta a un capitán lo hicieron desfilar en mis supuestos encueramientos nocturnos en mi aposento. Eso lo decían las arpías del pueblo. La lengua viperina de don Julio Briceño, el de la ferretería, que no cesaba de decirlo y detallarlo. Me apodaron «la cazadora», porque conmigo no se fallaba el tiro. A esos extremos de la injuria y de la maledicencia llegaron esas personas que de niña me conocían.

El sisal salvó mi vida de las tentaciones del pecado. Nunca quise cobrar por acostarme con un hombre, nunca vendí mi cuerpo. No digo que no pude haberlo hecho, pero eso sí, solo por amor, y eso lo había alejado de mí, como ya les conté. Yo, en esa época, después de quedarme viuda, viuda y abandonada por el teniente López, miraba a los hombres desde lejitos, nada más. Algunos me gustaban, pa' qué negarlo. Pero nunca más llegué a enamorarme, como quien dice, de verdad, verdad. Yo me enamoraba sola, de pasada y nada más, porque no pude lograr olvidar mi vida anterior. ¿Que si tuve pretendientes? Sí, no lo niego, pero ninguno pudo convencerme de que le quisiera.

El sisal salvó mi vida de las tentaciones del pecado, lo digo y lo repito. Aprendí con él a ganarme la vida. Rompiéndome los dedos con sus fibras, aprendí cómo se hacían cabestros, cabuyas, sacos, telas y tapetes, y con eso me ganaba la vida, aunque en la calle se dijeran otras cosas de mí, como mujer joven y bonita que era.

Los chismes y maledicencias caían sobre mí sin misericordia. Soy viuda y abandonada. No soy una manceba nocturna como dice el cura Joaquín, por eso me expulsó de la iglesia.

María de los Santos, vives en pecado, eres una manceba, me dijo a la entrada del templo... Será con el diablo que vivo padre, ¿o usted me conoce hombre? El pecado de la carne es inevitable hija mía, así lo entiende la iglesia. Soy una mujer pobre, padre, pero honrada, no lo dude.

La noche la transforma, doy fe de que el maligno se le mete en el cuerpo y se escapa al barrio Libertad, y ahí hace de las suyas. Yo soy padre de la mancebía y doy fe de lo que digo. Sé quiénes han dormido con ella, lo sé muy bien... ¿Los militares, padre? Sí, ellos, los solteros. ¿Muchos?... Depende de la noche... Dos o tres, qué se yo... ¿Y por qué un cura como usted es padre de la mancebía?... Porque ayudo a conservar el decoro y el honor de nuestras señoritas y de las mujeres respetables ante el irrefrenable ímpetu de los varones de este pueblo. Lo contrario sería abonar el terreno para la aberración de la homosexualidad. Unos y otros, solteros y casados, son trastocados por las horas nocturnas, y se convierten en unos desaforados sexuales.

Pero qué he dicho, y qué han oído hasta ahora decir de mí. Yo no soy esa, ni en un caso, ni en el otro, no me le parezco en nada. Soy muy distinta, mi vida lo ha sido también. Sí, nací en ese pueblo del sisal que ama a los burros. Sí, me casé en esa iglesia. Ese mismo cura del que hablo ofició mi matrimonio. Todo eso es verdad. ¿Y, entonces, se preguntarán ustedes, en qué parte de esa historia comienza la fantasía, comienza la purita imaginación, sin que por ello no esté salpicada de cosas que pasaron en ese pueblo en los tiempos que viví en él? A mí me creó Dios como hembra, y

también me unió con un macho con quién sigo viviendo a pesar de todo. Sí, así fue, nos unimos siendo el uno para el otro, hueso y carne, carne y hueso de la carne de él. Y nos juramos fidelidad, pero nada, qué va, muy pronto se convirtió en un macho cabrío que no le bastaba una sola, ni dos, ni tres, sino todas con las que pudiera acostarse, tanto las del barrio Libertad en mancebía, como cuanta mujer soltera o casada se le atravesara.

Juré, muchas veces, vengarme, siéndole también infiel. Al final no pude, y, te digo, que bien lo pude haber hecho, pretendientes no me faltaban para aquella época, pero no, no me atrevía a serle infiel. En las noches de soledad, encerrada en mi cuarto, y echada en mi cama, me imaginaba cosas y hasta las soñaba. Algunas cosas que has oído de mí en esta historia, fueron parte de las que imaginé y soñé para vengarme de él. Recuerdo que una noche, entre dormida y despierta, me soñé convertida en María la de los guardias, esa a la que le canta Mejía Godoy. Creo que fue por el bendito estribillo, que no me abandonó durante varios días. *Yo soy la María, María es mi gracia,/ pero a mí me dicen María de los guardias;/ yo soy la María, María, no ando con razones, razones,/ ya llevo en mi cuenta, por cuenta,/ cinco batallones.*

Cuando mi esposo me decía que me iba a dejar por una más joven, me quería morir. Era muy injusto. Me había sacrificado tanto por él, le había sido tan fiel. Pero, era mentira, puras amenazas para someterme más. No, nunca se atrevió de verdad a hacerlo... ¡Ay, qué he dicho!... Eso también lo imaginé, aunque llegué a pensarlo algunas veces... No, fue, en verdad, una pesadilla que tuve una noche. En ella sentí que algo muerto yacía dentro de mí. Todos nuestros planes, nuestros sueños y nuestras esperanzas se habían desvanecido, se habían vuelto polvo. ¡Qué tonta soy, me dije al despertar, y me sonreí! En mis noches de soledad pensaba, cuando mi marido estaba montándome cacho, como quien dice, que algún día todo cambiaría, y que él sería solo para mí, que todo llegaría a estar mejor, pero, los celos volvían a hundirme en el abis-

mo, la tristeza y los celos cundían todo mi cuerpo, y la esperanza se me iba sin poder evitarlo.

Hoy le sigo siendo fiel, aunque ya haya muerto, le sigo siendo fiel a su memoria. Solo me ha quedado abandonarme y ser otra en las noches de mis sueños y pesadillas para poder seguir viviendo.

Fotografía de la memoria

A Rosángela le dio un vuelco el corazón cuando, al pasar una de las páginas de la revista de farándula que ojeaba, vio a un niño de un enorme parecido con Macario, su nieto mayor. Sí, es mi nieto, el hijo de Eva, no tengo dudas. Es Rafael. Su hija Eva había nombrado a su bebé con ese nombre cuando estaba embarazada. Sí, es él, son casi como gemelos.

A mi hija la secuestraron a medianoche, no supe de ella hasta veinte días después. Aquel día me llamó a casa. Mami... acá todo está bien... me tratan muy bien... Yo he estado equivocada con mis ideas políticas. Me dijo con voz entrecortada por las lágrimas. Se hizo luego un silencio y comprendí que la estaban obligando a decirme aquellas palabras, bajo la amenaza de un revólver 38, o algo parecido. Luego, alguien me habló, me dijo que mi hija iba a dar a luz, que muy pronto conocería a mi nieto, porque los cargos de mi hija no eran graves, pronto va a salir. Sí, cuándo, le pregunté. No sé decirle con exactitud. Solo sé que muy pronto. Mentira, ese pronto se hizo eterno. Jamás volví a ver a mi hija, y nunca me llevaron a mi nieto. Eso sí, nunca perdí la esperanza.

Yo conocí a su hija Eva, sé cómo fue lo del parto. Era primiza. Yo también estaba embarazada. En la celda éramos cuatro, todas embarazadas. Al cabo de mucha pelea pudimos lograr que nos examinara un médico. Nos sacaron de la celda en la que estábamos y nos trasladaron a una habitación en la que no había nada. Ni siguiera algo donde sentarnos. El médico nos pidió que nos acostáramos en el suelo. Nos bajó las pantaletas y en pocos minutos nos hizo el tacto. Días después Eva comenzó el trabajo de parto. Gritamos hasta quedarnos afónicas. Al fin nos escucharon. Ella es-

tá pariendo, le dije al guardia. Respira profundo con el abdomen, trata de no angustiarte, trata de relajarte. Respira profundo. Ella parecía no oírme desde el camastro en el que estaba acostada. Las contracciones se hicieron más seguidas. Yo temía que pariera allí en aquel lugar, sin asistencia médica. Al fin, tres horas después, vinieron a buscarla. Le pedimos que nos informaran del resultado. Nada, ninguna noticia de ella y su bebé. El día terminó y vino la noche. La espera era infinita. La angustia por saber qué había sido de ella no nos dejó dormir. Al día siguiente el guardia nos contó: ... el doctor la subió a la mesa, ella se quejaba mucho. Al cabo de una hora oí los gritos del bebé. Era un varoncito de buena salud, según dijo el doctor... Eva y su hijo no regresaron a la celda. Luego me enteré lo que habían hecho con nuestros hijos, incluyendo el de su hija, claro está. Se los robaron y se los dieron en adopción a familias amigas del régimen. Ella, al igual que miles de personas, quedó desaparecida para siempre. Yo sí pude salvarme y por eso le he contado esta historia.

Hoy regresa a casa mi nieto. Ha sido una lucha intensa para recuperarlo. No ha sido fácil. La política a veces es trágica.

Encuentro en el Luna Park

A Ricardo Suárez

Está justo a la vuelta. Dijo alguien que pasaba por la acera del kiosco en el que preguntaba por él. Sí, allá está. Gigante, majestuoso. Abarca toda la manzana demarcada por Bouchard, Lavalle y las avenidas Corrientes y Madero. El escenario da justo detrás de esta última. En su cartelera de neón se anuncia el concierto, a los pies de una marca de refrescos que nos recuerda al personaje de la navidad, a San Nicolás, o a Santa, como también se le llama. El contraste de luces blancas sobre fondo rojo resalta el nombre del artista.

El interior del coso se abre en abanico desde el vértice del escenario. En él, como integrante del presidium está Juan Domingo Perón, el mismo que al llegar a la presidencia de la nación se le conocerá simplemente como Perón. En la llamada platea vip está sentada, en una fila de mujeres, Eva Duarte. Sí, la que pasaría a llamarse Evita Perón, como personaje de la historia pocos años después. Al acercarse Eva al presidium, a recibir su condecoración, se miraron por unos segundos. Luego, a la salida del estadio, vino la conversación breve y la promesa de volver a verse. Cuánto daría de qué hablar esta pareja después de aquel encuentro fortuito. Sí, allí en aquel lugar de lugares, el Luna Park, como lugar de acontecimientos de la vida porteña, de la vida argentina. Son muchas décadas las vividas a lo largo de su existencia como foro de fiesta, de luces y también de sombras. Si partimos del ahora hasta el pasado, podríamos ver como fotogramas de un largometraje muchas escenas de espectáculos de distintos tonos, acentos y matices.

Son las siete de la tarde y ha empezado a oscurecer. La fila de personas luce larga a la entrada del estadio. Alguien había dicho tiempo atrás: *En el Luna Park es la movida. ¡Apurate, che!* Hoy lo sigue siendo. La hora de entrada al concierto es a las veinte. La cola de gente comenzó a formarse hace dos horas. Era la aglomeración natural a su entrada, cuando el estadio se vestía de fiesta para abrirse a una nueva función. Nada de extrañar en una noche de luces y jolgorio.

Despacio, como si contara los pasos, camina Sinatra rumbo al escenario. El estadio estaba, como quien dice, hasta el techo. Aplausos, gritos de entusiasmo y algarabía le recibieron. Sonrió, visiblemente sorprendido por la multitud que le esperaba, continuó caminando hasta detenerse en el centro del escenario. Y después de unos segundos de silencio comienza a cantar uno de sus éxitos más conocido.

*Start spreadin' the news, I'm leavin' today
i want to be a part of it
New York, New York
these vagabond shoes, are longing to stray
right through the very heart of it
New York, New York*

Su actuación había resultado estupenda. El público lo aclamó de pie una y otra vez, al ritmo de su salida y regreso de los bastidores. Las luces lo seguían sobre sus pasos como si lo guiaran. Finalmente, se retiró y respiró profundo al llegar al camerino. Mañana iremos a un lugar de la ciudad en donde quiero rendir un homenaje a alguien muy especial. ¿A quién? Le pregunta su manager. Una persona maravillosa, un cantante extraordinario que una vez me dijo: «Mirá, *ragazzino*, cuando yo tenía tu edad, andaba allá en

Buenos Aires como vos andás ahora en Nueva York. Pasaba todo el día en compañía no muy recomendable, cerca del mercado del Abasto. Llegá a ser el que eres, y formate como cantante, aprovechá esos dotes que tenés». Y tenía razón, dejé la mala vida, en buena parte, claro, porque algo me queda de ella. Y también creo haber llegado a ser el que soy. De lo contrario, me hubiese esperado la cárcel o el cementerio, muerto, asesinado. Fue por aquellos días en los que mi novia Nancy le habló de mí. De mi talento y de los malos pasos en los que andaba. Al conocerlo, solo me limité a preguntarle: ¿qué puedo hacer? Deme un consejo, por favor. En efecto, pasando de incógnito, se hizo acompañar a la zona llamada El Abasto, ubicada en el barrio Balvanera, allí funcionaba todavía el antiguo mercado Abasto de Buenos Aires. Él bien sabía que El Abasto guardaba relación directa con aquel señor para quien guardaba mucho agradecimiento. Al llegar al lugar, iniciaron el recorrido. Su cara lucía extasiada por la alegría de estar allí. Al llegar a una de las esquinas del mercado, preguntó a sus acompañantes: ¿dónde queda la fonda O'Rondeman? Los dos acompañantes se miraron sorprendidos, y, al reaccionar, uno de ellos le dijo: sígame. A pocos pasos, en la equina de Agüero con Humahuaca, estaba la fonda. A Sinatra se le veía conmovido y, presa de la emoción, extrajo de su abrigo una tarjetita amarillenta, una entrada a un show radial fechada en 1934. La levantó a la altura de la vista por unos segundos, luego la llevó a sus labios y la besó. Y sin despegar la vista de ella comenzó a cantar en un español agringado:

*Dónde estarán los puntos del boliche aquel,
en el que yo cantaba mi primera canción.
Y aquellos patios donde pronto conquisté
aplausos tauras, los primeros que escuché.
Dónde estarán Traverso, el Cordobés y el Noy,
el Pardo Augusto, Flores y el Morocho Aldao.
Así empezó mi vuelo de zorzal...
Los guapos del Abasto*

rimaron mi canción.

Alberto «Yiyo» Traverso administraba la fonda, y en la trastienda daba cobijo a una clientela exclusiva, entre los que se contaban el Morocho del Abasto, entre otros. De hecho, en ella, Gardel guardaba su guitarra. Con Yiyo llegó a establecer una relación paternal.

El aplauso de sus compañeros no se hizo esperar. Les sonrió y con fuerte y emocionada voz dijo: *Thanks for helping me to live, Mister Gardel.*

Las letras del anuncio del concierto van desapareciendo por la izquierda y apareciendo por la derecha. Es un juego mágico, el cartel luminoso se las traga, y en unos segundos vuelven a aparecer en el extremo izquierdo como si una mano invisible las volviera a escribir. Es una noche de septiembre de 2014. El Luna Park se viste de concierto para recibirle. Su atuendo es un traje de mezclilla verde y sombrero de copa. Se le ve feliz en el escenario, ríe con facilidad. Improvisa algunas bromas: ¡Qué bien cantan y están pagando! Difícil me resulta a mí que me paguen, cantando como lo hago... Este concierto me lo inventé para volver a estar con vosotros... Fue un pretexto para volver a venir. Viejas canciones, o mejor, muy conocidas se dejaron escuchar. Versionadas sí, con dosis de actualidad mediante ciertos arreglos. *Barbi superstar, Una canción para Magdalena y la infaltable: 19 días y 500 noches*. La complicidad entre público y artista se logró al cantar con él esta última: ... *Qué pena tan grande/ negaría el Santo Sacramento/ en el mismo momento/ que ella me lo mande (...) tanto*

la quería/ que, tardé, en aprender a olvidarla/ diecinueve días y quinientas noches.

Es una paliza extrema. Monzón domina a Griffith con ganchos de izquierda y derecha. Su jab de izquierda es demoledor. Aprovecha los descuidos de Griffith. Es el décimo cuarto *round*, en su última parte, Griffith va quedando prácticamente indefenso ante la arremetida implacable del argentino. Finalmente, su rival se rinde, se agacha, mostrando su indefensión, y el árbitro declara el nocaut técnico. Es la noche del 25 de septiembre de 1971. El argentino había expuesto su corona de campeón del mundo por tercera vez. El *ring* había sido instalado con una semana de antelación, la música se ha ido del lugar. Solo se oyen gritos, apuestas al voleo. Solo se ven caras alegres por el triunfo esperado. De la esquina de Monzón, Oreste Brusa le da instrucciones a voz en cuello: ¡Cuidate, vamos bien! No te confiés. Usá el jab... Los puntos favorecían a Monzón. Su rival, años más tarde, deambularía sus últimos años, demente y pobre, por las calles de su ciudad, muy lejos de las luces nocturnas del *ring* del Luna Park. Los ojos se veían fijos, sin pestañear en la zona del *ringside*. Monzón giraba, movía su cintura de izquierda a derecha esquivando los golpes, que a esa altura del combate habían perdido mucha de su efectividad. El rival era de cuidado, lo sabía, porque había sido campeón mundial. Sin embargo, la andanada de golpes de los últimos *rounds* lo había debilitado mucho. Lejos del *ringside*, la pelea se veía con dificultad, era el precio que había que pagar por no tener el dinero para comprar un asiento cerca del *ring*. Unos minutos antes de iniciarse la pelea, Monzón y Griffith saludaron al público, al negro le brillaron los dientes al sonreír. El argentino nos saludó a lo lejos, al menos eso creímos los que estábamos tan distantes del *ring*. No sé el porqué, pero por unos segundos recordé el relato de Cortázar: ... *Monzón contra las cuerdas, un sauce cimbreado, un uno-dos de láti-*

go, el clinch fulminante para salir de las cuerdas, una agarrada mano a mano hasta el final del round... el zumbido en los oídos como si todavía la muchedumbre estuviera clamando el nombre de Monzón, ese instante en que había habido como una pausa de incredulidad y la toalla cayendo en medio del ring, la noche de Mantequilla, pobre viejo. Y el tipo había estado a favor de Mantequilla, ahora que lo pensaba era raro que hubiese estado del lado del perdedor, tendría que haber estado con Monzón, llevarse la plata como Monzón, como alguien que da la espalda y se va con todo, para peor burlándose del vencido... Así lo había hecho Griffith al matar en el ring a uno de sus rivales porque lo llamó marica. Y sí, dijo años más tarde, es verdad, solo que me negaba a confesarlo públicamente. El árbitro levantó la mano del campeón argentino. El Luna Park se llenó de aplausos, chiflidos. ¡Viva Argentina! Dijo alguien a mi lado, mientras recibía el dinero de la apuesta. Tuvo razón al apostar. En el décimo tercer asalto volvió por sus fueros y... De nuevo vuelve a la memoria el relato de Cortázar: ... *Monzón entraba y salía aprovechando una velocidad que a partir de ese momento distanciaba más y más la de Mantequilla cansado, tocado, batiéndose con todo frente al saque de largos brazos que otra vez se hamacaba en las sogas para volver a entrar arriba y abajo, seco y preciso...*

Eran las nueve menos cuarto en París, del 9 de febrero de 1974, cuando Cortázar se sentó en uno de los asientos, muy cerca del *ringside*. La pelea estelar de la noche sería protagonizada por José «Mantequilla» Nápoles y Carlos Monzón. El nocaut técnico selló el final del combate a favor de Monzón. Tiempo después Cortázar escribiría *La noche de Mantequilla*.

En una entrevista realizada en el Luna Park, en los días pre-

vios a este combate en los que se preparaba para este compromiso en París, diría: «Mantequilla» es un gran boxeador al igual que yo. Después del combate lo abrazaré y lo besaré, siempre lo hago con mis rivales. «Mantequilla» no pudo salir para el séptimo asalto en esa pelea de París. Seguramente Monzón cumplió con lo que había prometido. Acá en Buenos Aires haría lo mismo con Griffith. El público gritaba y pitaba. Monzón, Monzón, se oía en ola de voces por entre la multitud que presenciaba el combate en Luna Park. Calculador, frío, seguro del poder de sus puños buscaba a Griffith, lo enfrentaba y arrollaba. La izquierda era su guía y su fuerza demolidora. La extendía para puntear y lastimar al rival. Con ella daba paso a su mortífera derecha. El árbitro, a mitad del asalto, frenó a Monzón en su embestida, lo condujo al centro del *ring* y levantó su brazo derecho en señal de triunfo.

La música y la voz se desgranaban al compás y al ritmo adecuado. El sonido cundía todo el auditorio gigante.

... ¿que si nos gustó La Habana? Hija mía, ¿no nos va a gustar?, a una la reciben con ese Caribe, y ese malecón.

¿Y la gente? Legal, supermaja, no sé, diferente y eso que el dichoso bloqueo los dejó, no digo que feos porque feos no son, y hasta el más negrito tiene educación, pero, pobrecitos, flaquitos, flaquitos, y sin libertad.

Que tengan la culpa Clinton o Fidel, a mí, mire usted, lo mismo me da.

Pa abreviar el cuento... que no disfruté, que no vuelvo más. Porque, en España, aunque le pongas pegas, sabemos vivir. Solo en Antón Martín hay más bares que en toda Noruega (...)

¿o todos los vascos van con metralleta? Pues no, mire usted.

¿Y están todos locos por ser de la ETA? Mire usted, tampoco habrá unos que sí, habrá otros que no, si ha estado allí habrá

comprobao que el problema vasco es muy delicao (...)

¡Y vaya que sí lo es! Recuerdo cuando mi casa de habitación en Londres sirvió muchas veces de refugio para algunos miembros de ETA... Les juro que lo hice con la convicción de que su lucha era justa... Yo, en esos años de joven, y perdonen la distancia, así lo creía. En ese entonces, días de Franco en España, vivía en el exilio. Días aquellos, de inicio o reinicio según se vean. Luego, años después, me arrepentí de lo que hiciera, y llegué a decir, casi a voz en cuello, que toda la izquierda española, entre los que me contaba, y aún me cuento, debiera pedir perdón por lo complacientes que fuimos con ETA durante tanto tiempo. Aquellos etarras, que yo albergue en casa, eran tíos muy simpáticos, sí, pero capaces de pegarle un tiro a alguien en la nuca, sin inmutarse; y llegamos a creer que ese acto sanguinario era un gesto heroico. Hicimos mal, y bien vale arrepentirse, bien vale pedir perdón, porque, entre otras cosas, como quien dice: de aquellos polvos vinieron estos lodos. Esto implica un acto de valentía, aunque quienes lo digamos pertenezcamos al conjunto de los cobardes.

Bueno, Ana María, bésame a Vicente. Carretera y manta, lo que es otro día nos traemos del súper las fantás. Como te digo una «co» te digo la «o».

Los instrumentos musicales cesaron por unos instantes. El cantautor, micrófono en mano, improvisó algunos saludos, realizó homenajes, repartió abrazos. Hace poco se nos fue Juan, Juan Gelman, compartí con él sus últimos días. Se fue el hombre, el poeta. Por cierto, que acostumbraba con él a intercambiar poemas, canciones y, claro está, tequilas. Un silencio de unos segundos para

hablar de otra cosa. Para la gente que vivimos de la música, hoy es un día de grandísima pérdida... Se nos ha ido él... Y señaló con el dedo estirado a la pantalla que ya mostraba una fotografía del líder del grupo Soda Stereo... Se nos fue un buen músico, Cerati, Gustavo Cerati, nos deja sin palabras...

El cantautor nos atiende en el centro del escenario, donde pocas horas después actuará para el público argentino que año tras año le ha seguido. Las filas largas de la taquilla muestran lo que será una asistencia hasta la bandera, como se dice. A su alrededor están los instrumentos musicales, batería, bajo, guitarras acústicas y eléctricas, pandereta, acordeón, partituras y un par de libros de poesía. En el ambiente flota humo grisáceo de cigarrillo, él es un fumador con rastro de muchísimas colillas dejadas aquí y allá. Un cigarrillo tras otro nos pone casi en la obligación de compartir el humo sin fumarlos, una copa de vino tinto le acompañará también en el encuentro. Nos comenta, de entrada, que tiene por costumbre decir lo que piensa, costumbre que le ha traído algunos problemitas, según sus propias palabras.

¿Quién es ese que llamás yo?... Nos mira sorprendido por la pregunta, antes de responder. Un largo suspiro se convierte en antesala de su respuesta. Un tipo que se devana el cerebro por la angustia de no poder, muchas veces, escribir una canción, mucho menos un poema. Y te digo esto porque no soy vendedor de discos, sino un escritor, un escritor de canciones. ¿Un cantautor podría decirse? No, he dicho que esa palabra me hace sentir como si me pusieran un ladrillo en la cabeza. ¿Y poeta? Tampoco, es muy grande, una ropa que no me va, porque me queda grande. Pero, ¿a vos te gusta vender mucho? Sí, aunque yo no decido ni la venta, ni tampoco la compra. Se venden, me alegra, a qué negarlo. Aunque seguiría escribiendo, componiendo sonaría más pomposo, si

se vendieran poco. Escritor de canciones. ¿Y también un tío, como dirían los españoles, bohemio? Sí, lo fui, y también un canalla. Dejé de serlo, aunque me lo pasaba bien. Se ríe, y agrega: ... De esa época, extraño los bares y la calle. He dejado esa vida para seguir viviendo de otro modo. En tu canción *Tiramisú con limón* dices: Que sepas que el final no empieza hoy... ¿Y cuándo empieza para vos? Porque puede comenzar en cualquier momento. Sí, de acuerdo. En cualquier momento, solo necesitamos estar vivos... Pero, podemos interpretar la letra de esa canción de otro modo: es una despedida erótica. Es posible, pero la vida continúa, para que ella no se crea imprescindible. Y de las drogas, poeta, ¿qué podés decir?, ¿te gustaría consumirlas de nuevo? A veces sí, a veces no. A veces la nostalgia me invade al recordarlas. Solo que hay ciertas experiencias duras, cruciales en la vida que te hacen cambiar...

Quizás tenga en mente la vivencia de un ictus, que por poco se lo lleva. Y sí, en la madrugada del 24 de agosto de 2000, es atacado por un ictus. Aquel terremoto cerebral que puso su vida en serio peligro, le ataca una parte de su sesera sin dejar huellas que lamentar. Varios días después logra su recuperación. Este acontecimiento marca en él una experiencia crucial, que lo sume por un tiempo en la reflexión sobre su vida, llegando incluso a sentirse muy deprimido. Finalmente, tras la experiencia, opta por dejar la cocaína (aunque, según él, ya lo había hecho unos meses antes del ictus). Deja también el cigarrillo, solo unos pocos meses (el tiempo más largo de mi vida, diría irónicamente, en general, cambia un tanto su estilo de vida). Está claro que aquella afirmación suya «por las drogas solo siento nostalgia» es más una pose de valiente que otra cosa. No hay duda de que aquel fue un día aciago para él, este del ACV; aunque, en ese mismo año, por ese drama que es la vida: tragedia y comedia, alegría y tristeza; publica, con gran éxito,

su disco *Nos sobran los motivos*, nombre que le había dado a la gira de la que sale, grabado en directo, este álbum.

Y hablando de otra cosa: a vos qué te pareció lo de la multa por el video *Cómo cocinar a un Cristo para dos personas*, de tu amigo Javier Krahe. Un absurdo, no tengo dudas. Un regreso a los tiempos de la Inquisición, y que, incluso, sean capaces de llevarte a juicio por lo que hiciste o dijiste años atrás. Al final, a Krahe lo absolvieron de toda culpa. Quienes lo pretendían juzgar no entendieron que se trataba solo de una broma, nada más. Sin embargo, estoy viendo últimamente que los curas vuelven a reencontrarse con la derecha y logran su amparo. Eso sí que es peligroso. En España hay mucha historia para cortar.

Este flamante escritor de canciones, por esas cosas curiosas de la vida, fue un estudiante de bachillerato en un instituto de curas salesianos. Ya para esa época leía, según nos cuenta, a Fray Luis de León, Jorge Manrique y José Hierro; y también a Marcel Proust, James Joyce y a Herbert Marcuse, para hacer el contraste y contrarrestar/equilibrar las influencias. Al culminar los estudios en el instituto, mi padre, como premio, me ofreció un reloj de pulsera, seguro de que con gusto lo aceptaría, pero, para su sorpresa, le dije que no, que prefería una guitarra. Es tu gusto, chaval, me dijo, y me la compró. El mismo ofrecimiento le hizo a mi hermano, quien sí lo aceptó. Ese pequeño detalle marcaría los distintos caminos que ambos seguimos. Mi hermano se convirtió en policía, como mi padre, mientras que yo en escritor de canciones y en algo de poeta. Algunos pocos años después, mi padre me salvó de la cárcel por ser un activista comunista, eran tiempos del nacional ca-

tolicismo de Franco, y terminé en el exilio. Fueron tiempos duros aquellos, tiempos de aventuras políticas extremas, sin falsos heroísmos. El punto de quiebre, que me llevó al exilio, fue el lanzamiento que hice de una bomba molotov contra un banco. Primero a París, con pasaporte falso, luego a Londres, donde viví el primer año como okupa.

¿Y de la izquierda española qué podés decir? ¿Qué podés decirnos? Nada, solo que está hecha, hoy día, una mierda. Sin programa, vacía de ideología... Creo que Podemos es, quizás, una alternativa a esta situación. Y no quiero seguir hablando de este tema... Está bien, cambiemos de tema. Se dice que sos un antipático, engreído y arrogante. ¿Tantas cosas juntas dice la gente que le caigo mal? Se pregunta sarcásticamente, al tiempo que ríe. ¿Qué puedo hacer para cambiarles de opinión? Es el punto de vista de ellos, nada puedo hacer. No soy monedita de oro, como dice la ranchera. ¿Pensás así porque decís lo que pensás? Sí, muchas veces, y eso me ha traído problemas. Otras, tengo que morderme la lengua para no hacerlo. Me digo: oye, tío, tienes que aprender a distinguir los lugares y las personas; no en todos los lugares ni con todas las personas se puede decir lo que uno piensa. ¿Vos estudiaste Filosofía y Letras en la Universidad de Granada? Sí, Filología Románica para ser precisos. ¿Qué querías ser, un académico, un profesor? Sí, llegué a pensarlo alguna vez. Eso hace muchos años. De esa experiencia me quedó mi disciplina de lectura y pasión por la poesía, y admiración por poetas como Neruda y el peruano Vallejo.

Subió el andaluz al escenario del Luna Park vestido de verde y sombrero tipo bombín y perilla larga, y muchas canas de los años. He venido para ayudar alumbrar en tiempos que amenazan

con eclipses totales... Llevar la palabra en las letras de mis canciones puede que en algo contribuya a hacernos más conscientes, más sensibles ante una realidad que a veces nos aturde. La platea vip, la de preferencia, la platea común, las plateas lateral L y C, la superpullman y la pullman lateral; y la platea cabecera sin numeración (o de sillas de ruedas) lucen repletas. Cada una tiene un precio de entrada distinto, que oscila entre los 200 pesos y los 60 pesos de esta última. Todas vendidas en un tiempo de pocas horas. La cercanía o la distancia al escenario definen precio, calidad y distinción entre los quince mil espectadores presentes. El que está más lejos menos ve, y estará de algún modo menos cómodo para escuchar, es la regla.

Habían transcurrido cincuenta minutos de concierto cuando llegó a nuestros oídos *Dieguitos y mafaldas: Veinte años cosidos a retazos/ De urgencias, disimulos y rutinas./ Veinte años cumplidos, en mis brazos./ Con la carne del alma de gallina./ Veinte años de príncipes azules/ Que se marchaban antes de llegar./ Veinte tangos de manzani en los baúles./ Veinte siglos sin cartas de papá./ De González catán, en colectivo./ A la cancha de boca, por laguna./ Va soñando —hoy ganamos el partido—/ La niña de los ojos de la luna (...)/ Dibujando dieguitos y mafaldas./ Veinte vidas hubiera yo tardado/ En contar los lunares de su espalda./ Le debo una canción y algunos besos/ Que valen más que el oro del Perú./ Sus huesos son sobrinos de mis huesos./ Sus lágrimas los clavos de mi cruz...* La música siguió su ritmo, su tempo en *Donde habita el olvido, Noches de boda Y nos dieron la diez*. La voz aporreada por cientos de cigarrillos negros volvió a hablar para presentar a una cantante invitada, de origen israelí. Carraspeó un poco y dijo: es una mujer, una artista que ama y busca la paz. Nacida en Tel Aviv. Por ahí, por las calles de España y de Argentina, cierta prensa, ha dicho que actué allá en Tel Aviv porque era indiferente a la guerra. Yo no le canto a ella, le canto a la gente que quiere escucharme. Otra cosa que quiero decir, yo no canto, ni cantaré para los gobiernos.

Te referís al quilombo mediático de rechazo que causó, en el 2012, tu actuación en esa ciudad del Estado de Israel, durante el bombardeo de este último a la Franja de Gaza. Actuaste para el público israelí, sin hacer el menor caso al llamado que te hiciera, en su momento, el pueblo palestino y tus seguidores tanto de España como de otras partes del mundo, incluyéndonos a nosotros en Latinoamérica. Recordá que el llamado consistía expresamente a que te sumaras a una especie de boicot cultural al Estado de Israel. Vos te negaste a hacerlo, tanto vos como tu compañero, también conocido como *El noi del Poble-sec* (el chico de Pueblo Seco en español, por el nombre del barrio en que nació allá en Barcelona. Acá, en Argentina, le conocemos como el Nano) desconocieron el llamado. Pareciera, y perdoná el abuso de confianza, que los billetes verdes le ganaron a la conciencia. Vos en esta materia no has tenido reparo, porque, para colmo, este mismo año, exactamente dos años después, repetiste la actuación en el mismo lugar, a pesar de la tragedia que arrojó saldos de miles de muertos y heridos; producto de la ofensiva israelí esta vez sobre Cisjordania. No tenés compostura, volviste a cantar por encima de la tragedia y los gritos de auxilio de los palestinos. ... Aprovecho la oportunidad para expresar mi oposición al boicot contra el Estado de Israel. He actuado allá para tender puentes entre las partes... ¿Che, se puede ser neutral ante un genocidio? ¿Has visitado a Cisjordania y la Franja de Gaza, o has ido a cantar a los campos de refugiados? ¿Che, cuántos puentes hay que construir para que los palestinos puedan salir del gueto a que son sometidos? ¿Acaso esa actitud no representa la misma de aquellos que en el pasado apoyaron el llamado Proceso argentino, con nuestros miles de desaparecidos? A mí, como quizás a otros periodistas que estuvimos en esa rueda de prensa, se me vinieron a la mente todas estas preguntas, en la que el escritor de canciones expresó estas ideas.

Una ovación de aplausos vino a continuación, solo algunos no lo hicieron. Para suavizar la temperatura que habían alcanzado sus palabras. Se refirió a otro tema político, muy sensible para el auditorio: encontramos a Guido, dijo, refiriéndose al nieto de Estela Carlota, la presidenta de las Abuelas de Plaza de Mayo. ¡Qué alegría sentí al enterarme, allá en España!

Revisitar el disco 19 días y 500 noches, grabado en 1999 fue, dice él, el pretexto para venir otra vez a la Argentina y presentarse aquí en este mismo escenario del Luna Park. Revisitar o revivirlo tal y como soy ahora. ¿Qué recordás de los días en los que escribiste esta canción? La escribí, como muchas otras, durante muchas noches sin dormir, con la guitarra y el cuaderno a la mano. Fue un trabajo creativo muy intenso. Confieso que lo terminé completamente agotado.

Al escritor de canciones no le ha ido nada mal en materia de ganancias por la venta de sus discos. Discos de platino que se traducen en muchísimos mangos. Para muestra un botón: el disco que vino a continuación del denominado La Orquesta del Titanic, que fue, por cierto, grabado en vivo aquí en este mismo escenario del Luna Park junto al Nano se publicó en febrero de 2012 y poco tiempo después ocupaba el primer lugar de los más vendidos en España. Che boludo, por eso es que ambos llegaron a decir que: mientras España está a la deriva, seguimos tocando, como en el Titanic. Con una pizca de ironía, como te gusta a vos, se pudiera pensar en voz alta: mientras las bombas del ejército israelí seguían cayendo sobre la Franja de Gaza y Cisjordania, tu colega y vos,

mientras tanto, seguían cantando como si nada. ¡Qué cosa de locos, che! Después vos me venís a decir que fue por razones de laburo.

Drogas, ¿consumiste o ya no lo hacías? Sí, las consumí. Si no, cómo hubiera aguantado tres noches sin dormir. Hoy, ¿seguís consumiéndolas? No, las dejé. Lo hice sin remordimientos morales. Lo que quiere decir que no lo hice para ser un «hombre de bien», para, por fin, «portarme bien». Hace las comillas con los dedos. Ni tampoco porque me lo ordenara el médico, como quien dice, para cuidarme la salud. No, nada de eso. Lo hice porque me dio la gana, porque quise hacerlo. Hasta el punto, por esas jugarretas de la vida, de que las había dejado meses antes de que me diera el ictus. Joder con el ictus. Y entonces ¿por qué las dejás? Pues por nada en especial, solo que eso de la clandestinidad ya no me daba nota. Me aburrí lo prohibido, y opté por decidirme a dejarlas. Me metí en la cabeza la idea de no necesitarlas, y eso fue suficiente. Además, ya lo espirituoso de ellas no me estaba funcionando. Los espíritus no se me metían en el cuerpo, como en el pasado. Ni sus demonios se convertían en arte, en música, en melodía, en letras. Eso me estaba pasando. Habían dejado de cumplir su papel, y listo, las dejé sin más ni más...

Che, vos sos o te la das de extraño. Hablás del «último verano» de una juventud que alargaste hasta los cincuenta. Y luego apoyás en este argumento el título de la canción 19 días y 500 noches. No es de extrañar estas cosas, siempre lo has hecho. Los títulos de tus canciones son juegos a la ironía, al sarcasmo, a un reírse constante de la vida, de ti mismo, incluso del otro, de los otros. Che, hay que ver y oír: *Mentiras piadosas*, *Física y Química*, *Yo, mí, me contigo*. Tío, son, para qué negarlo, expresión, si se quiere, de una

etapa creativa desenfundada, vivida por mí a plenitud, sin tapujos, a pierna suelta, como quien dice. Hoy, las miro desde una perspectiva un poco distinta, desde la que me ha dado el tiempo vivido y la distancia de los días, y también las noches. Y termina por reírse.

¿Pasaste por el confesionario? No, nada que ver con curas..., nada de culpas y pecados por confesar por la experiencia vivida. ¡Joder, vivida fue y ahí queda! ¿Querés decir que gustas lo prohibido y pecaminoso porque te hace sentir que eres distinto? Yo no sé, tío, si soy o no distinto. Eso no me preocupa. Me gusta sí, la que mientan como mala vida. Siempre me ha gustado, y no para ser distinto. Esa moral, la que tanto Nietzsche criticó y maldijo, me revienta las pelotas, como diríais vosotros. Vender doscientas mil copias de un disco, como el que se grabó aquí en este mismo escenario, y que a tus conciertos asistan miles de espectadores deja muchísimos mangos, ¿no? Sí, pero no tanto como los que imaginas.

Sí, en efecto lo grabamos aquí el 28 y el 29 de abril, produjimos un CD acompañado de un DVD, con 30 canciones en el DVD, 14 en el CD y un *making of*, un tras las cámaras, con entrevistas a nosotros y a los músicos de la gira. Es el concierto completo de 170 minutos de duración de la gira: *Dos pájaros contraatacan*, que desde el 5 de marzo al 16 de diciembre de 2012 realizáramos. En esta gira recorrimos buena parte de Latinoamérica, España y Estados Unidos con un extenuante total de 80 conciertos, y en los que contamos con unos 550.000 espectadores, que nos acompañaron en la gira. Al final, saboreamos el placer de hacerla, pero también el dolor de los huesos cansados.

De todas maneras, es mucha plata. ¿Acaso eso no ha influido en tu pensamiento? ¿Qué queda de ese cantante considerado progre? No sé a quién te refieres. No me vas a hacer esas divisiones de clases sociales. Ni tampoco me pidas dónde me ubico, si con el proletariado o la burguesía. Te digo, sí, que la injusticia me revienta las pelotas, venga de donde venga. Un cantautor venezolano, un artista macanudo, Alí Primera, decía que si el cantante no es militante de la misma lucha por la cual canta, se convierte en un comediante de su propio espíritu. Insistes en el temita. He sido un tío de izquierdas, en España y América Latina así se me han conocido. Yo no sé si soy un comediante, que lo diga el público. Lo que sí es cierto, es que no es fácil hacer reír a la gente.

No sé por qué pienso que estos tíos de la prensa se imaginan que uno llegó hasta aquí en un paracaídas multicolor, que el padre o la madre se los compró en un rastro como el de Madrid. No, la cosa, al menos para mí, no fue así. Fue dura, nada fácil. Tuve que currármela. Pero, uno no puede ir por las calles, o a cada rato, vociferando su pasado. Recuerdo, de mi exilio en Londres, mi participación en el club Antonio Machado, un sitio muy frecuentado, en aquel entonces, por emigrantes y exiliados. En Londres di mis primeros pasos, o, mejor mis primeros tropezones como escritor de canciones. Llegué a ser un tipo muy inquieto, incluso organicé un cineclub para exhibir películas censuradas en la España franquista, como las de Buñuel... Coño, ¿qué más puedo decir? ¿Ah, que hice teatro en el Juan Panadero, y, como siempre metiéndome en problemas, monté obras de teatro que llegaron a provocar cierto revuelo! *La excepción de la regla* de Brecht y *El cepillo de dientes* del dramaturgo Jorge Díaz, aquel medio argentino, chileno y español. Fueron días duros, en los que lograba

sobrevivir cantando en el metro, como artista de la calle, de restaurantes y cafés. En una de aquellas actuaciones, como nota curiosa, recibí en un bar una propina de George Harrison. Cinco libras que me bebí esa misma noche. Sí, cabrón, fui, se puede decir, un activista de izquierdas. Y ahora tú gilipollas, pretendes cuestionarlo con dudas irónicas. Vete a tomar por culo...

Che, perdoná la insistencia, pero lo del concierto en Tel Aviv generó cierto malestar en quienes te admiran, incluso llegaron a pedirte que te sumaras al boicot contra el Estado de Israel. Joder con eso, ya dije lo que creía y lo mantengo: no canto para gobiernos sino para la gente que libremente desea escucharme.

El Luna Park, el gran estadio techado, en él ha habido de todo. Desde actos políticos de izquierda, progres, hasta aquellos llenos de banderas neonazis. Quién iba a decirlo, banderas agitándose en un baile de brujas, de cruces esvásticas. Gritos de desenfreno, falsas promesas de políticos dichas al voleo y para enardecer multitudes.

El 12 marzo de 1938, el estadio amaneció minado de banderas cruzadas por esvásticas, convertido entre gallos y medianoche en escenario nazi. Así había sido adornado para celebrar el Anschluss, aunque hoy nos cause asombro, la anexión de Austria a la Alemania nazi.

Algunos que, pocos años después, cambiaron de bandera, de izquierda a derecha y viceversa, sin detenerse en el centro. Como

diría una letra del escritor de canciones: *Como te digo una «co» te digo la «o» ... Yo no soy creyente,/ Con lo que una ha visto,/ Y que dios me perdone,/ No hay que ser muy lista./ Pa mí... Jesucristo/ El primer comunista./ Como te digo una co te digo la o;/ y las religiones?/ Ponme una de cada,/ Que están rebajadas/ En el corte inglés./ y cuál es la mejor?/ Mire usted, la mía,/ Porque es de cajón/ Que algo tiene que haber./ Llámalo equis,/ Me parece bien./ Llámalo energía,/ Mejor todavía/ y los curas?/ Esos ni en pintura/ y el tarot, y la astrología?/ Me los hice ayer en la peluquería/ y el dinero?/ El único dios verdadero/ y Lutero y Buda y Mahoma?/ Con su pan se lo coman/ y qué opinas del papa de Roma?/ Ese... un particular...* Y hablando de curas y papas, también el Luna Park sirvió de escenario multitudinario a Juan Pablo II, cuando visitó la Argentina, por allá por el 1982. Las imágenes de una película en blanco y negro, y por momentos a color, en 8 milímetros, y a veces en *cinemascope*, continúa rodando por la memoria. Se detiene en algunos fotogramas al escuchar algunas voces de cantantes muertos: Sinatra y Pavarotti; y también al oír los gritos ensordecedores de los fanáticos apostadores tanto de uno como de otro combatiente, tanto de Emile Griffith como de Carlos Monzón. Ruedan nuevamente los fotogramas y aparece la pareja «Perón y Evita» dos iconos del Luna Park. Se supone que aquí se inició el romance, el amor a primera vista, el flechazo inicial. Mito o verdad, así ha quedado en el imaginario de la ciudad y de la nación. Corrían los días del año 1944, la asistencia por separado, claro, a un acto profundo de ayuda a las víctimas del terremoto que se había producido en la provincia de San Juan. Quién hubiese podido adelantarse a la historia y ver en él, a quien iba a llegar a ser presidente de la nación en tres ocasiones, y en ella, a la que llegó a ser considerada la jefa espiritual de la nación. En síntesis, dos personajes históricos, qué duda cabe.

Aquel primer encuentro en el Luna Park podría catalogarse de singular episodio en las historias de vida de estos personajes. Sin embargo, ellos no fueron al estadio solo aquel día en el que se dice que se conocieron en ese encuentro fugaz, si es que de verdad sucedió. ¿Cómo saberlo? Varias y variadas fueron las veces que lo frecuentaron, eso sí, siempre con un toque oloroso a campaña proselitista, o en abierta búsqueda de votos. Durante los años cuarenta, Perón y Evita, o Evita y Perón, no fueron solo a mítines políticos; sino como «simples» espectadores a las veladas de boxeo. Asistían a estos espectáculos por afición, no hay duda, pero también con un toque de interés político. Por «mera casualidad» se dejaban fotografiar con las figuras muy conocidas de la época, como José María Gatica. Perón le llama y le dice: «Campeón, haceme una gauchada y dejame tomarme una foto con vos». En la foto, Gatica luce inclinado sobre las cuerdas del *ring* mientras le da la mano a Perón, y le dice: «General, dos potencias se saludan» y la risa es compartida.

Fueron los años del 1942 y 1951, años en el que surge el peronismo como movimiento sociopolítico nacionalista de masas. La sociedad argentina, y Buenos Aires, aparece marcadamente dividida en el mapa político, peronistas por un lado y antiperonistas en la acera de enfrente. El estadio Luna Park es el lugar al que concurren en sus afanes proselitistas.

Al promediar su primera presidencia, Perón asiste a una congregación del Partido Laborista. En ella están presentes delegados de toda la nación, llegando a sumar unos seis mil. Él, claro está, será el orador de orden. Luego se rajó eufórico por el éxito de la jornada.

Sentados en corro merendábamos besos y porros/ Y las horas pasaban deprisa entre el humo y la risa./ Te morías por volver con la frente marchita cantaba Gardel./ Y entre citas de Borges, Evita bailaba con Freud./ Ya llovió desde aquel chaparrón hasta hoy... Los aplausos del auditorio amainaron apenas cuando los músicos iniciaron la interpretación de *Con la frente marchita*. El concierto siguió. Los aplausos de pie cubrían el rostro y el cuerpo del escritor de canciones. Los aplausos logran emocionarle mucho. Una sonrisa entrecortada apenas se asoma sobre la barba perilla entrecana. Unos minutos después, para nuestra sorpresa, su cara cambió a sombría, sus ojos se entristecieron por la emoción que le llenaba todo su cuerpo al interpretar el infaltable tema de la (in)mortalidad, *Mis cuarenta y diez*. Escuchemos: *A mis cuarenta y diez,/ Cuarenta y nueve dicen que aparento,/ Más antes que después,/ He de enfrentarme al delicado momento/ De empezar a pensar/ En recogerme, de sentar la cabeza,/ De resignarme a dictar testamento/ (perdón por la tristeza)...* Fija la mirada, su sonrisa se volvió una mueca de dolor y alegría. Pletórica es la palabra para describir hasta aquí su actuación de esa noche. Durante un breve tiempo se retiró del escenario, mientras sus músicos tocaban dos de sus canciones. Al retornar comenzó hablando del temido miedo escénico. Yo le he padecido —dijo sin ningún tipo de complejos—. Hoy sufrí un pequeño mareo, pocas horas antes del concierto. El miedo escénico, el temido miedo de la escena... Y siguió hablando del tema, mientras su cara se fue demudando, como si a su cuerpo se le fuera encarnando un personaje lleno de miedo. Su respiración se entrecortó, se le veía pálido, a punto de desfallecer... Lo siento —dijo, con voz gutural—, no puedo seguir, no podré hacer los besos que tenía listos, preparados... El concierto había sido muy intenso, emocionalmente muy fuerte para él, en varias ocasiones lloró. Luego vino aquella caída emocional, la denominó alguien... Un ataque de ansiedad extrema, un ataque de

pánico, dijo otro... No, no me siento bien, estoy un poco mareado, no puedo seguir... Minutos después el concierto llegó a su fin.

Aquellas banderas de la patria de la primavera,/ A decirme que existe el olvido, esta noche han venido./ Te sentaba tan bien, esa boina calada al estilo del Che./ Buenos Aires es como contabas, hoy fui a pasear,/ Y al llegar a la Plaza de Mayo me dio por llorar/ Y me puse a gritar: ¿dónde estás? Y así se dejaba escuchar «Con la frente marchita» entre los acordes de la música y el ritmo del concierto. El escritor de canciones tocó más de siete canciones de pie, sin dar muestras de cansancio. Con esta canción, la octava, le hacía un guiño a Buenos Aires, con sonrisa y palmas, la cantó con pasión. En un ínterin dio paso a la presentación de los músicos de su banda, lo hizo descargando, con humor y sorna, alagando con sinceridad en cada uno sus virtudes. He prohibido escuchar mis canciones en casa —dijo muy serio— por una razón fundamental, en casa escuchamos buena música... Música como la de Bob Dylan. Y de seguidas empezó a tararear *It ain't me babe: Go' way from my window/ Leave at your own chosen speed/ I'm not the one you want, babe/ I'm not the one you need/ You say you're lookin' for someone/ Who's never weak but always strong...* Y rompieron en olas de seguidilla los aplausos. Sonriendo se quitó, con gesto de torero español, el bombín como muestra de agradecimiento. En una noche como esta decir gracias es decir poco —dijo, y volvió a sonreír—. Como decía Franco, el innombrable, no hay mal que por bien no venga. Repetía, el refrán castellano con mucha frecuencia, seguramente para darse valor y seguir dictatoriando, perdón, quise decir gobernando hasta que la muerte los separó, a él y al poder, claro está. Y exorcizando las muertes (in) deseadas y el mal, sino que traen, agregó: vamos a tener un buen concierto, no tengan dudas. Era ya la tercera canción de la noche cuando optó por charlar con el público. *Aquellas banderas de la pa-*

tria de la primavera,/ A decirme que existe el olvido, esta noche han venido./ Te sentaba tan bien, esa boina calada al estilo del Che... Volvió la letra a decir y la voz a cantar.

El escritor de canciones se levantó de la silla reclinable en la que ha permanecido durante la entrevista. Da unas vueltas alrededor de ella como si pretendiera estirar las piernas. Le pregunta a su ayudante si todo está en orden para el concierto que dará en unas horas, y al recibir una respuesta afirmativa, sonríe y opta por regresar a la silla para tomar asiento.

Es un tipo que logra impresionarte, de eso no podés tener ninguna duda. Además de humorista, de ácido humor podés decir..., es pintor. Algunos de sus dibujos los podés ver en sus conciertos.

¿Che, sabías que aquí se conocieron Evita y Perón? ¿Y que este fue escenario también de sus muchos actos políticos? ¿Cuántas promesas de amor dieron sus miradas, y cuántas promesas políticas hicieron aquí en este estadio, añejo de voces, de cantos, de golpes de boxeo y pare de contar? Sí, algo había oído, me refiero a lo de Perón y Evita. Un amor tórrido por así llamarlo. Breve en el tiempo y a la vez muy intenso se diría. Yo respeto mucho a esos dos personajes... Amor y desamor... Por qué no escribís canciones de amor... Porque no sé. No sé componerlas. La vida cotidiana y doméstica de la pareja no sé interpretarla, no soy un compositor que dé lecciones de sabiduría... Prefiero lo duro, lo trágico del hontanar de la vida. Me gusta oír las narraciones de desamor de mis amigos, los despechos, puedo incluso vivir el desamor del otro, el ajeno. Pero hasta ahí. Y de qué escribís ahora. Vos sos un tipo

que sorprende con tus letras, y a veces con ese punto de ironía y de humor negro terminás por hacerlo a uno pensar. Por tomarte en serio las letras. Sí, eso está bien, es tu punto vista. Aunque, con las canciones que ahora estoy escribiendo no pretendo dar lecciones a nadie. Más bien diría que son un «manual» para irse poniendo viejo sin dignidad. Un antimanual de la dignidad. ¿Y se puede vivir sin dignidad? Eso es otra cosa... Cómo que otra cosa, envejecer es también vivir... Bueno, mi sueño es llegar a ser un viejo verde. No sé si eso te sirve de respuesta. De lo contrario, dejémoslo así, de ese tamaño... ¿Admirás al Che? O mejor, ¿vos lo llegaste a admirar? Sí, quizás sí, en otra época... ¿En aquella en la que eras izquierdoso? Ríe con ironía. Me mira y no responde. Termina por ponerse serio. En la letra de tu canción «Tiramisú de limón decís»: *Dónde crees que vas/ qué te parece que soy/ no mires atrás/ que ya no estoy.* ¿Vos no sos el que fuiste o se te olvidó lo que fuiste? En parte sí y en parte no. Ando entre olvidos y recuerdos. No hay duda de eso que acabás de decir, y como muestra dejame que te cite unas estrofas de «Violetas para Violeta»... *La cuequita de mi Chile,/ los listos de Guasíngtón,/ la marchitan con fusiles/ que acribillan la razón,/ mala-ya sean los desfiles/ y el cristo que los fundó./ Los pobres no somos ricos/ ni el cobre es más que la greda,/ la libertad cierra el picol/ desde que hay toque de queda,/ pregúntale a los milicos/ qué hicieron en La Moneda.* Te gustan mis canciones y te sabes de memoria algunas letras, ¡qué bueno! Gracias, es verdad, desde chico he escuchado tus canciones. Mi padre te oía con fruición, como bien se dice. Al principio te oí como obligado por él, y después terminó por gustarme a mí también. Más de una vez me sorprendió escuchándote por mi cuenta. Vos dijiste que te gusta llenarte de las memorias ajenas. ¿Qué querés decir con eso? ¿Acaso, coleccionar cachivaches? No, nada de eso. Solo que me gustan cosas de otros tiempos para hacerlas «hablar» de otro modo, para revivirlas del olvido. Eso es para mí llenarme de memorias ajenas. Decís que te gusta y que amás a Buenos Aires, y hasta te declaraste porteño, al recibir el reconocimiento del gobier-

no de derecha de la ciudad. Sí, lo soy, y sí fui con gusto a recibir ese reconocimiento... Dijiste también que la política argentina es «paranoica cíclica». Sí, porque cada nuevo gobierno comienza desde el principio sin reconocer lo bueno del anterior. ¿Qué opinás del gobierno de Cristina? Creo que padece el mal de los gobiernos peronistas. ¿Decime cuál es ese mal? Que dividen mucho la sociedad políticamente, en polos enfrentados. Y tú como porteño, qué decís ser, dónde te ubicás, ¿en el centro? Sí... ¿Girando a la izquierda o a la derecha? No sé, creo que no soy ambidiestro. En España votaría por Podemos. En Argentina, no lo sé. ¿Boca o Vélez? El Boca... ¿Seguís en la práctica del onanismo? Siempre que puedo y me dejan... ¿Seguís preocupado por la carencia de nuevos buenos músicos? Sí, muchos músicos son viejos, aunque sean unos chicos en edad. Otros se muestran chabacanos en sus letras, llenos de lugares comunes, me refiero a músicos del rap. ¿A qué te referís? A letras que hablan de su largo pene, solo para ganar fácilmente a los fans.

El escritor de canciones tuvo que acortar su actuación. El concierto había iniciado muy bien, pletórico de buena música, de buenas letras. Sin embargo, minuto a minuto sus fuerzas se habían ido agotando. Cada interpretación le embargaba mucha fuerza emocional. El caballero del sombrero tipo hongo comenzó a sentirse indispuerto. La respiración le fallaba y sentía extrañas las luces del escenario. Al público comenzó a verlo distante, como si lo mirara por una mira telescópica. La hiperhidrosis se hacía insoponable en los sobacos, las entrepiernas, las espaldas, el pecho, las manos y también los pies los sentía empapados de sudor. Y aunque miles de personas no apartaban sus ojos de él, se sentía solo. El mundo se le venía abajo, se le escurría por entre los dedos como si fuera una substancia pastosa, y aquellas miradas nublaban la suya. Sí, se dijo, de seguir así no podré dar los bises. No podré llegar al final. ¿Qué te

pasa, Che, te sentís mal? Decime algo. ¿Te sentís mareado? ¿Te ves mal! Si querés, te puedo sacar de acá. No te dé vergüenza conmigo, son cosas que pasan, incluso a vos que hasta hace poco te veías rebien. No tengás temor de rajarte. Hasta ahora lo has hecho bien.

Eso quise decirle al verlo así, en ese estado. Acorralado, lleno de miedo. Muy inseguro de sí. Presa de pánico. Llegué a sentir mucha pena por él. Yo estaba en la platea vip por invitación de su mánager.

Sí, creo que no voy a poder seguir. Tendré que abandonar el escenario. No hay más remedio... En efecto, no pudo. Optó por retirarse. Este era el concierto número uno de los 26 que tenía previsto. La boletería estaba agotada, todas las entradas se habían vendido. Un disco en directo saldría de aquel maratón de conciertos. El Luna Park de Buenos Aires le daría el cierre con broche de oro, de dólares, con ese disco. El afán de lucro habrá valido la pena. El laburo habrá valido la pena para vos. Te rajarás con los bolsillos llenos como siempre acostumbrás. Y mientras tanto, Buenos Aires, y el Luna Park, te esperarán con sus tristezas, con sus lamentos, y vos regresarás y seguirás tocando como la orquesta del Titanic... El público me ayuda, me motiva para seguir cantando, me llena de la voluntad necesaria para componer, para seguir en este tren hasta la eternidad. O mejor, hasta que el cuerpo aguante. Yo me nutro de la calle, de la gente que pasa, incluso cuando ya nadie me reconoce, cuando nadie me recuerda. El público no ha dejado ni un momento de corear tus éxitos. Acá ha estado, fijado a sus asientos, de acuerdo con el lugar del estadio que le ha tocado, o que ha podido comprar. Por momentos han bailado, reído, llorado en ese juego establecido y en el que durante dos horas han entrado a jugar. Un

juego, dirías vos, de «19 días y 500 noches» que ellos, quizás, no lo saben también como vos... Ahora he comenzado a verlos lejanos, a una distancia extraña. Esto no es normal. Me bajaré del escenario y me iré a descansar.

¡Vete, boludo, sí, vete! Todos ganamos, dirás vos, al final. Sí, todos ganamos, tú te llevas la bolsa y nosotros las ganas de seguir escuchando las canciones irreverentes que has escrito, con olor progre para sonar diferente, aunque quizás no lo seas.

Con una copa de vino en la mano el escritor de canciones regresó al escenario, teniendo como fondo la música de su banda. El concierto había sido rebotado por soplos de emociones que recorrieron todo el auditorio. Su cara era toda sonrisas con un dejo de tristeza en sus ojos. Al micrófono cercano le habló de la pareja que habían prometido jurarse el matrimonio, señalando con el dedo a la primera fila cuando él entonara el estribillo:

*Y nos dieron las diez y las once,
las doce y la una, y las dos y las tres
y desnudos al anochecer nos encontró la luna...*

Al parecer lo hicieron a juzgar por el abrazo y el beso que se dieron durante el estribillo. El coro de diez mil voces siguió la letra y el canto. Un poco más tarde vino lo inesperado, un acontecimiento trágico. El abandono del escenario del escritor de canciones al sentir desfallecerse. El ataque de pánico le impidió cerrar el concierto. Los músicos, ya un tanto cansados, cumplieron en parte el cometido, al entonar algunos bises. El público, aunque conmovido por lo ocurrido no dio señas de retirarse, esperando alguna información. Mientras tanto, el concierto siguió sin su figura estelar. Más de dos horas habían transcurrido. Uno de los bises se escuchó:

*... Y ponte gomina que no te despeine
el vientecillo de la libertad.
Funda un hogar en el que nunca reine
más rey que la seguridad.
Evita el humo de los puros,
reduce la velocidad.
Si lo que quieres es vivir cien años
vacúnate contra el azar...*

En otras palabras, la gente había elegido «Pastillas para no soñar», acompañada por uno de los músicos, un guitarrista. Se trataba, eso sí, de complacerles por encima de todo.

*... Si quieres ser Matusalén
vigila tu colesterol
si tu película es vivir cien años,
no lo hagas nunca sin condón.
Es peligroso que tu piel desnuda
roce otra piel sin esterilizar,
que no se infiltre el virus de la duda
en tu cama matrimonial.
Y si en tus noches falta sal,
para eso está el televisor.
Si lo que quieres es cumplir cien años
no vivas como vivo yo.*

Y el estribillo se llevó el final y el cierre del concierto.

Las notas frescas, juveniles del *rock and roll*, gotas de Chuck Berry, endulza algo el amargo de mis canciones. Estas son las que prefiero. Estas notas son las mismas de mis treinta años, siempre que puedo las coloco en mi música. A veces las boticas están cerradas y las letras quedan amargas. Todo Unamuno me cunde. ¡Qué puedo hacer! Una vez leí que Evita había dicho que la mujer de

Franco odiaba los obreros, especialmente los rojos, y todo porque habían participado en la guerra civil. Ella se contuvo un par de veces hasta que la sangre izquierdista le agolpó la cara. Le dijo muy enfática: que su marido no se había convertido en gobernante por los votos del pueblo, sino por la imposición de una victoria promovida por Hitler. A la regordeta mujer de Franco no le hizo gracia y le dio la espalda. Cosas de Evita. ¿Qué recordás de tu vida? ¿Cómo la dividís? En «quinientas noches para una crisis»... Pero, ese es el nombre que has dado a esta gira por la Argentina... Siento que puedo llegar a envejecer sin dignidad... ¿Cómo entendés esa afirmación? Sin seguir la moral del rebaño, diría con Nietzsche, sino la mía... ¿Sos un escritor de canciones políticamente neutro? O todavía resuena tu corazoncito por la izquierda... No soy un tío normal. No me gustan las etiquetas. Eso sí, me gusta la clandestinidad de la calle. ¿Cómo llevás la soledad y la noche?... Recorro a mi disfraz, un sombrero bombín y un par de chaquetas de tahúr... Soy un tanto Chaplin. Mi cara irradia una alegría/tristeza, un carácter en la superficie de optimismo, con un fondo pesimista y de soledad. El compañero fracaso me ha acompañado desde siempre. Nunca he podido realizar mis sueños...

Hoy, por la noche, estará en el Luna Park, en el primero de sus conciertos, en el inicio de sus *500 noches*... Las voces de Gardel y Sinatra, los gritos del eterno público, el sudor y la sangre de Monzón y del Mono Gatica se abrirán paso para dejarle el escenario abierto. Mientras Evita le preguntará al oído: ¿Che, vos sos o parecés?

El Pachuco de Oro

A Miguel Ángel Olivo

Luces, cámara... Rueda sonido... rueda. Rueda video... rueda... Acción. El script canta la claqueta con su voz afeminada: *escena 6, plano 68, toma 1*. Y, con un movimiento rápido de la barra articulada contra el borde superior de la claqueta, produce un golpe seco, abriendo de esta manera la narración. Al presentarla a la cámara pudimos leer en ella, al lado de la fecha del día, el nombre del director: Germán Valdés, y en la línea superior el título de la película: *Ni muy, muy... ni tan, tan... simplemente Tin Tan*. A continuación, se oye en *off* la voz del narrador: Un sujeto con una indumentaria estrafalaria entra en la película. La cámara se enfoca en él, no lo deja ni un momento, lo sigue, lo busca. ¿Quién es? El individuo es un sujeto extraño; nadie lo conoce. Un saco que dobla su talla le llega hasta las rodillas. Un sombrero rematado con dos plumas largas luce en su cabeza. Los zapatos, que lleva puestos, son muy curiosos, de dos colores que contrastan. En uno de sus costados cuelga una larga cadena de plata. ¿Pareciera un actor cómico de circo? Sí, no hay duda, es un actor cómico que seguramente dará mucho de qué hablar. El personaje reclama medio enojado a otro sujeto que está frente a él, un gordito calvo.

—¿Y el jale que conseguiste de guachador?... ¿Qué, todavía te forguetean tus relativos?

—Pos sí que lo conseguí. No más que es muy poca la paga. Apenas para sobrevivir... Y de ellos, de la familia, no quiero hablar. Ahorita no.

El que pregunta es el Pachuco de Oro, que habla un castellano salpicado de palabras en inglés con su carnal Marcelo.

La claqueta vuelve a aparecer en lo alto, frente a la cámara... El *script* la canta una vez más: *Escena 16, plano 78, toma 8.*

La voz del narrador se escucha, gruesa y firme:

... Es una vista panorámica de su natal Ciudad Juárez. A ella ha regresado Germán Valdés de estudiar en Estados Unidos, al amanecer del nuevo día de su regreso, discute con su padre que quiere obligarlo a trabajar en el campo, a seguir sus pasos. Y como hijo desobediente que se precie le dice a su padre:

—Pues yo ya le teoriqué que yo Serafín lo que mentolatum menganancia.

—¿Cómo, qué dices, malcriado?

—Le digo, mi señor padre, que voy a ser lo que me venga en gana... Me iré para México al amanecer. Voy a ir a canturrear a ver cómo me va.

—Me desobedeces porque te da la mera gana. Eres un mal hijo, un hijo desobediente... Pos que te vaya bien... y que Dios te acompañe en ese camino que vas a tomar —y giró sobre sí y caminó a grandes zancadas, visiblemente contrariado.

Un tiempo después, al lograr superar muchas dificultades y limitaciones en Ciudad de México, inicia su carrera de cantante y comediante. Ya podía vérselo en un cabaret conformando un dueto musical con su carnal Marcelo.

Acta de nacimiento número, un poco borroso, 35 del 19 de diciembre de 1915. Hoy, a las dos en punto de la tarde, nos fue presentado un niño de nombre Germán Genaro Cipriano Gómez de Valdés y Castillo... Niño que llegará a ser el otro yo, o el doble, de un famoso y exitoso actor, cantante, comediante y bailarín conocido con el nombre de Tin Tan. O, según se mire, su rival artístico. Un artista pleno, lleno de gracia y versatilidad, y un excelente

cantante. De la misma manera, hará famoso al otro yo de él, o rival, de Tin Tan o ¿de Germán Valdés?, apodado el Pachuco de Oro... Germán Valdés, como se llamaba, así de manera abreviada, padeció durante una parte de su vida hepatitis, que terminó generándole, quizás por una vida un poco desordenada, una muy peligrosa enfermedad, la cirrosis hepática. Para terminar muriendo, aún joven, de una enfermedad terminal del páncreas. Y así, de día en día, de año en año, el tiempo corrió, hasta aquel día triste y desolado del 29 de junio de 1973 cuando dejó de existir, entre dolores intensos y risas entrecortadas. Al morir no dejó fortuna, solo un testamento breve, lacónico: ... *Dejo mis escuálidos bienes a mi esposa (adiós mi chaparrita, and don't cry for your Pachuco), y a mis hijos menores. A los otros no, porque ya pueden valerse por sí mismos... Puedo decirles que he vivido una vida intensa y feliz. Y que a todos les he querido mucho. En mi lápida debe decir claro y con buena letra: «El pensamiento es libre, sagrado, secreto y soberano. To be or not to be? That's the question».*

Allá va el rey de los pachucos, el Pachuco de Oro, dirán algunos. No es que presuma... Pero tengo mi estilacho con mi dominio impecable del danzón, de la rumba, del mambo (boquiabierto dejé a Pérez Prado), del *swing* y el *boggie* y mi canto tirilí inconfundible. Con mi forma particular de vestir y llevar mis trajes pintorescos, de pantalones de pliegues en la cintura y valencianas entubadas, mis sacos largos hasta las rodillas, de grandes solapas cruzadas, sombrero con plumas, mis zapatos de dos tonos, y mi acostumbrado tatacha. Lo que llevó a ciertos tipos, mentados intelectuales, a considerarme como un verdadero representante de la contracultura. Aunque en verdad no sé qué quisieron decir con eso. Luego, vendrán esos impostores, los mal llamados: Germán Valdés, el de nombre kilométrico, y al abreviado Tin Tan, queriendo ser los dueños de todo, y de apropiarse de mis películas, como *El hijo desobediente* y

tantas otras, de mis espectáculos en vivo, y, por si fuera poco, también de mi genial creación de una lengua propia, que más tarde llamaron *espanglish*, solo comparable con grandes de la palabra como el mismísimo Cervantes o, mejor, Don Quijote de la Mancha. Por cierto, entre ellos también hubo bronca por los derechos de autor.

¿Quién es el mejor de los tres? Hay quien dice que yo, porque en mí estaba todo lo que ellos, mis rivales, tenían y mucho más. ¡¡¡Germán Valdés para servirles!!! No, estás equivocado, responde Tin Tan en plano en picado a la cámara. Fui panadero en *Ay amor cómo me has puesto*, hombre mosca y otras cosas más en *El revoltoso*, capitán Mantarraya y médico de locas. ¡Ah, y también ratero en *El rey del barrio*... No, perdón, te equivocas, esa es mi película más famosa. No te robes mis personajes como de costumbre. Quien así habla es el Pachuco de Oro, que entra en la escena en plano en contrapicado. Vestido con su indumentaria característica de un pachuco que se precia de tal.

Él es el mejor comediante de nuestro país y de toda América Latina, nadie tiene su talento, sus enormes capacidades histriónicas como actor, cantante, bailarín que supo usar magistralmente en escena... ¿A quién te refieres? Le dice Valdés a alguien que ha permanecido en la oscuridad de la escena y del que solo se oye su voz en *off*. A ti, por supuesto... ¿A quién? Pregunta Tin Tan... A mí, claro está. Le responde el Pachuco de Oro en tono sarcástico.

Un artista con una manera de hablar propia, creada por él. En su lengua habla de: achantarse, wuachar, jeiriquiada, ¿guat japen?, facha, tacuche, estrit. Un pionero del *espanglish*... Ves, you are referring to the best, al Pachuco de Oro... De aquí en adelante, para mí la pulpa es pecho y el espinazo escalera... No, no, hermanote, no te robes mi creación. Le replica Valdés. Tú creación, le dice Tin Tan, que no es tuya... Ni tuya, replica Valdés. La biografía de

mi vida dice que esa manera de hablar la aprendí de mis carnales, los pachucos de la frontera, mis hermanos.

Un día de los muchos de aquel año de 1934, un muchacho de diecinueve años de nombre Germán Genaro Cipriano Gómez Valdés Castillo comenzó a trabajar de mensajero (como *office boy* diría él años más tarde) en una estación de radio, la XEJ, en Ciudad Juárez, ciudad fronteriza con Estados Unidos. El tiempo pasaba, y Valdés, como le llamaban, se acostumbró a estar, a hurtadillas, imitando cantantes en el estudio de la radio, hasta que un día fue escuchado con atención por el jefe de la radio, quien le pidió que continuara remedando a Agustín Lara. Días más tarde, Valdés fue ascendido al nivel de artista de planta con programa propio. Un salto adelante, no hay duda. A Germán le fascinaba la radio y el desafío que ella le ofrecía para dar rienda suelta a sus múltiples talentos: para contar chistes, imitar a grandes cantantes, caracterizar personajes. Con su cuerpo caracterizó artistas por quienes sentía gran admiración, como: Juan Arvizu, Pedro Vargas, Toña La Negra y el mismísimo Agustín Lara. Para el muchacho medio, de mirada pícara y ojos verdes, ninguno podía resistírsele a su dominio e imitación. Un día bendito —recordaba Valdés— el micrófono amaneció dañado. No funcionaba. Llamaron al técnico y lo arregló en pocos minutos. Solo faltaba probarlo y el jefe ordenó que se hiciera de inmediato. A mí me pasaron la orden. Entonces empecé a cantar imitando a Agustín Lara; el jefe creyó que se trataba de un disco del gran jarocho. Y nada, que era yo haciendo mis payasadas. De esta manera nació yo, artísticamente hablando, como el *Topillo Tapas*. En aquel tiempo me inicié con programas en vivo en el estudio de la radio. La gente llenaba el pequeño auditorio, y esto me permitió pulirme un poco. Tomar confianza y aprender a moverme en un escenario y con un micrófono en la mano. Esa sensación de salir

en vivo y en directo para que tu voz sea escuchada a kilómetros de distancia por mucha gente, es una experiencia muy grande, especialmente para un artista que se estaba formando, como era mi caso. Uno de mis primeros programas se llamó *El barco de la ilusión*, en él representaba a distintos personajes. Imitaba a cantantes como ya lo he dicho, contaba chistes y hacía muchas caracterizaciones. Fueron diez años de una muy rica experiencia en aquella radio de Ciudad Juárez, que me sirvieron para mucho en mi formación artística, no hay duda. Luego, vino mi viaje de retorno a México, mi ciudad natal, cuando menos lo esperaba. Otras experiencias me aguardaban en esa enorme ciudad y con un público distinto.

Tin Tan, un buen cantante, no cabe la menor duda. «Así me di a conocer, y así terminó por reconocirme el público, la gente que me iba a ver». Su interpretación más conocida fue la canción «Bonita» de Luis Arcaraz. El compositor, un poco confundido, afirmó que el mejor intérprete era el Pachuco de Oro. «Confundido, muy confundido, el mejor intérprete soy yo, Tin Tan. Si quieren, pueden oírla en mi película: *Músico, poeta y loco*. Soy Tin Tan, un buen cantante. Muy superior a esos señores llamados Germán Valdés y al tal Pachuco de Oro. Si quieren conocer otra muestra de mi talento, escuchen, por favor, “Contigo”, la interpreté en mi película *El Rey del barrio*. Y si esto fuera poco, deléitense con “Cantando en el baño” de mi propia inspiración como quien dice. Perdónenme la jactancia, pero es que a veces hay que darse uno mismo unos besotes ¿No les parece?».

—Tú, Tin Tan, lo que has sido siempre es un borracho, en eso sí que has sido muy bueno. No te olvides, cuate, cuando te dabas tus escapaditas del set de grabación para echarte tu porrito de marihuana y uno que otro trago de alcohol. En eso sí, repito, que eras bueno. ¡Ahhh, y también en lo machista, empedernido

coleccionador de mujeres! Un bohemio, mujeriego y borracho es tu mejor definición.

—Valdés, Valdés, Valdés, así hablan los envidiosos y artistas frustrados como tú. Los celos, la frustración me imagino que te duelen mucho.

—Nada, nada de eso señor Tin Tan, tu vida ha sido un desastre, y si sigues así terminarás muriéndote antes de tiempo. Una cirrosis hepática te espera como buen alcohólico.

—Frustrado de mierda. Envidioso de siete suelas por mi éxito. Por mis muchos admiradores, por mis muchísimos amigos y amigas que me quieren y me respetan. No te olvides que a muchos de ellos los he ayudado, sin pedir nada a cambio, incluyéndote a ti. Porque no cuentas estos detalles de frustrado mal hablado, lengua sucia.

En una ciudad muy distante de aquella, alguien que en un principio se le dio el nombre artístico de Topillo Tapas, se encontraba un artista lleno de mucha gracia, versatilidad y de enorme plasticidad en el escenario, que podía hacer algo muy difícil de hacer: reír. Un cómico nato de nombre de pila muy largo, acompañado de un montón de apellidos, le dio, en un primer momento, por recortar sus nombres y apellidos y llamarse simplemente: Germán Valdés. A uno de mis rivales le bautizaron con un nombre raro, de dos golpes: Tin Tan, y aunque en un principio se quejó de su apelativo: «No, no me gusta ese remoquete, me van a decir el hijo de la campana». Terminó por acostumbrarse a él.

«Recuerdo aquellos días cuando me di a conocer. Tin Tan, Tin Tan, Tin Tan, se oían las voces que provenían del público en el Teatro Esperanza Iris, en Ciudad de México. Y pocos minutos

después aparecía en el escenario con mi carnal Marcelo. Mi acompañante en el dúo con su guitarra y su voz. El éxito me acompañó desde mis inicios, no me puedo quejar, largas temporadas en esos teatros hicimos, de llenos totales. Hacíamos un espectáculo de los que llaman cómicos musicales. La gente la pasaba bien, reía mucho. Y hacer reír es muy difícil. Los aplausos no se hacían esperar, siendo nuestra mejor recompensa... ¿Que si gané mucho dinero? Mucho, pero de eso no me gusta hablar, así que no me pregunten por eso».

—Nuevamente te adueñas de mi éxito. Sí, es verdad, la gente aplaudía mucho. Pero, un detalle que no cuentas. Era a mí, al Pachuco de Oro, a quien aplaudían... Mi indumentaria característica, mi manera de hablar. Todo eso era parte de mi secreto, de mi éxito. Al aparecer en el escenario la gente se volvía loca, como desenfrenada, y siempre me pedían que alargara mi presentación.

—Este señor no se cansa de su esfuerzo por cambiar la historia y por apropiarse de éxitos que nunca tuvo. Para empezar, no sabe cantar, lo que sí sabe es imitarme mal, y por eso copia y tuerce todo lo que hago en el escenario.

«Los llenos eran completos en el Teatro de Revista y en centros nocturnos como “El Patio”. Allí hicimos la temporada más larga con mi carnal Marcelo. ¡¡¡Tin Tan y su carnal Marcelo!!! Así presentaban nuestro dúo. Dos años divirtiendo a la gente que asistía a nuestras presentaciones... Recuerdo, muy bien, que hasta allí se acercaba la gente de cine, los productores, los señores que ofrecen dinero para comprar lo que uno sabe hacer, si lo hace bien, claro está. Y al poco tiempo estaba también en el cine, haciendo mis películas de todos conocidas. El éxito llegó a manos llenas, de buenas oportunidades y contratos. Por cierto, que en el cine fui muy exigente y, gracias a mi éxito, me permitían adaptar o reescribir los guiones de las películas, y hasta improvisar y salirme del libreto con mucha frecuencia. Incluso llegué a elegir buena parte del *casting* de las películas. Total, a ellos, a los productores, los que les importaba,

en último término, era ganar dinero, y eso conmigo lo tenían garantizado».

... Y aquel cómico que no se parecía a ningún otro, ni vivo ni muerto como quien dice, llegó a convertirse en el actor de éxito de público y de taquilla inigualable, y en bien nombrado por la mayoría de la crítica... Narra la voz en *off*, un tanto engolada, que durante el rodaje de la película se ha dejado escuchar a intervalos programados en el guion.

El adolescente Pachuco quería conocer mundo, salir de la concha del hogar. Irse lejos, viajar lo más que pudiera. Con esa idea en la mente cruzó la frontera hacia Estados Unidos, y al poco tiempo estaba justamente de aquí para allá en aventuras carreteras y citadinas con los llamados «mojados». Ello le llevó a ganarse su propio dinero realizando diversos oficios, ayudante de sastre, guía de turistas, funcionario del servicio eléctrico. Fue una vida intensa, de convivencia profunda con los pachucos de su época, por lo que terminó convertido en uno más de ellos. Así recreó parte de su lenguaje característico, el *spanglish*, un híbrido cultural del castellano mexicano con giros idiomáticos del inglés. Un tiempo después regresó a México, a Ciudad Juárez, y comenzó a laborar en la radio nortea XEJ de muy grata recordación para él. El Pachuco por aquellos años andaba con su pandilla de rebeldes, irreverentes, y muchos de ellos en malos pasos, dedicados al vandalismo. Su conversión exitosa como artista lo salvó de convertirse en uno más de estos últimos, y terminar con sus huesos en prisión. Corrían los años cuarenta cuando él aparece en la pantalla grande, para aquel entonces la imagen pública de los pachucos estaba muy mal vista en ciertos círculos sociales e intelectuales, quienes a pesar de sus esfuerzos no podían negar su existencia. El Pachuco de Oro logró transformar esa imagen a pesar de las críticas y resistencias venidas de esos círculos. Pronto ganó mucha popularidad, y de corruptor de la lengua, de la urbanidad y las buenas costumbres, pasó a ser

un gran personaje, respetado y admirado por muchos. Su talento y fuerza interpretativa salvó cualquier crítica negativa con su estilo. El Pachuco comenzó a dejar huella al dignificar a sus colegas y a los chicanos y cholos. El Pachuco, todo talento, irreverente, con una inigualable capacidad para improvisar creativamente, se hizo su lugar porque llegó a ser un extraordinario genio de la comedia, bailarín y cantante sin par. ¡Allá va El Pachuco lleno de sus hilarantes parodias y ricas críticas sociales! Aunque sus rivales no lo crean, o traten de opacar sus logros. Incluso de robarle, según él, su obra. «Miren, miren con atención esta escena mía. No se dejen confundir, es mía, es de Tin Tan... ¡Mire nomás cuánto ratero millonario anda por ahí!, le dice a su carnal Marcelo mientras mira directamente a la cámara... Perdón, no me hagan caso, estoy borracho... Le habla una vez más a la cámara tratando de enmendar lo que ha dicho... Tranquilo, no hay problema. Le doy permiso para robar. Le interrumpe su carnal Marcelo, quien interpreta a un policía».

De nuevo aparece delante de la cámara la claqueta, indicándonos la continuación del rodaje. El *script* hace el anuncio: escena 26, plano 88, toma 18. La voz en *off* narra: un joven ferrocarrilero se empeña en cuidar y amar a una muchacha bella e ingenua de nombre Carmelita. Ella no lo acepta y continuamente lo rechaza. El personaje, en su papel de Robin Hood, apodado «el Rey del barrio» es revelado al descubrirse que es el jefe de una banda de ladrones y estafador de mujeres millonarias que simulan ser artistas del flamenco. Solo que, para colmo de males, una de ellas termina perdidamente enamorada de él, conocida como la Nena (Vitola). Caritativo, buena gente y desprendido, el ferrocarrilero se transforma en un pintor francés, un mafioso de Chicago, un bailador de flamenco y un profesor italiano de canto para lograr sus objetivos como delincuente. Sin embargo, el Rey del barrio no olvida jamás sus orígenes y a quienes se debe.

Pantalón amplio con tirantes, holgado más bien, ceñido a la cintura y a los tobillos. Un saco largo de amplias solapas y hombrecas y el infaltable sombrero de estilo italiano adornado con plumas en la parte posterior. Zapatos bicolores, blanco y negro, de estilo francés. Así viste el Pachuco de Oro. Inconfundible siempre por su indumentaria y habla. Y también por la forma de recortarse el bigote al mejor estilo de Clark Gable, y la lealtad a su barrio. Persona y personajes van juntos e inseparables. Son el rey del barrio: el benefactor de todos, el gánster en banca rota, el Robin Hood que a nadie roba, pero que todos tienen en él una mano amiga. El cantante, el actor, el bailarín, el comediante que no se parece a nadie.

Luces, cámara... Rueda sonido... rueda. Rueda video... rueda... Acción. El *script* canta la escena con su voz afeminada: escena 46, plano 128, toma 25. El golpe seco de la claqueta abre la narración. Y al bajarla puede leerse en ella, al lado de la fecha del día, el nombre del director: Germán Valdés, y en la línea superior el título de la película: *Ni muy, muy... ni tan, tan... simplemente Tin Tan*.

Se oye la voz del narrador en *off*: estamos en la Zona Rosa de Ciudad de México. En una panorámica la cámara va mostrando *boutiques*, bares, restaurantes, cafeterías y galerías de arte. El plano se va cerrando hasta llegar a un primer plano de una estatua de unos cuatro metros aproximadamente que pretende inmortalizar a un personaje importante. A un hombre, que fue un vago, parrandero, mujeriego, bohemio tantas veces; mientras que otras tantas fue talentosísimo, un genio, se diría, alegre, de un humor a flor de piel, extraordinariamente bondadoso con su gente, solidario al extremo con los más humildes de su barrio, bonachón y simpático a rabiar. Viste este señor, que ahora parece una imagen congelada en

el tiempo, un pantalón algo ancho, ceñido en la cintura y los tobillos, una camisa de cuello grande, corbata mal ajustada. Una gabardina larga que da casi a sus rodillas, sombrero italiano con adorno de plumas y zapatos de dos colores. Viste, no hay duda, como un pachuco. Su atuendo lo hace inconfundible y nos trae a la memoria a los pachuchos pandilleros que estremecían con sus locuras las noches en Los Ángeles y en otras ciudades del sur de Estados Unidos, durante las décadas de los treinta y cuarenta del siglo pasado. Se trata, pues, de la figura congelada en el tiempo del Pachuco de Oro.

La efigie parece sonreír, con las piernas flexionadas y los brazos estirados, bailando, una de las músicas favoritas de otro personaje, una pieza que bien pudiera ser un *swing*, un *boogie-woogie* o un mambo, por citar tres de los géneros musicales en los que ese personaje se destacó, nos referimos a Tin Tan.

Sus labios muestran un bigotito bien recortado, y las ganas de decirnos unas palabras en *espanglish*, el lenguaje que él recreó, un tanto babélico. Si pudiera hacerlo nos diría algo como: *¡Cuántos carnívoros nos andan wacheando!*

Ese se parece mucho, pero, ¿quizás no es? ¿A quién? Le responde otra de las personas que contemplan la estatua... Seguro que vas a decir Germán Valdés. Aquel que nació aquí en Ciudad de México un 19 de septiembre de 1915 en una humilde vecindad del centro de la ciudad, si mi memoria no me falla. No, pos no, aunque te digo que sí porque al verlo de lejos se me pareció. Pero veo que es Tin Tan, el mero, mero... No, no, te equivocas es el Pachuco de Oro, no lo ves su facha inconfundible... Cierto, no hay duda... En la pantalla del cine aparecen unas palabras entre comillas que dicen: *Desde aquí, les estoy divisando desde Acámbaro de los magueyes*. (Traducido al cristiano: «Les estoy observando con atención desde aquí»). Rueda el siguiente fotograma y se puede leer en letras mayúsculas: FIN.

ÍNDICE

Proscenio	7
Palabras sin letras	9
Retrato escolar	17
Ya muy tarde	51
La cancerbera	53
El heladero del tiempo	63
Hornos de Cal	66
¡Entre pícaros te veas!	78
Amor a destiempo	84
Recibida la orden	90
Equivocados	94
María de los Santos	95
Fotografía de la memoria	101
Encuentro en el Luna Park	103
El Pachuco de Oro	133

Fotografía de la memoria

Se imprimió en el mes de junio de 2025 en la
Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, edo. Miranda, Venezuela
Son 1.000 ejemplares



• Colección CONTINENTES •

Fotografía de la memoria es un libro, muchos libros, volcado en un cuerpo de relatos de ficción que se entrecruzan risomáticamente en juegos de tiempo y narración, y apuestas por la memoria de lo vivido y contado, con resonancias de hechos históricos, en urdimbres de la imaginación. Es, asimismo, una postura de una literatura de matices filosóficos, éticos y políticos, con un trasfondo de carácter comprometido. Es, también, una puesta en texto de unos personajes de carne y hueso y de ficción para hacerlos hablar una vez más, igual y diferente a la vez, en tramas creadas intencionalmente para tocar al lector.

GREGORIO VALERA-VILLEGAS (Boconó-Trujillo). Es escritor, filósofo y profesor titular de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Nacional Experimental de las Artes. Ha cultivado los géneros literarios: poesía, cuento, novela y teatro. Su obra ha sido publicada en ediciones nacionales e internacionales. Fue merecedor del Premio Nacional al mejor libro de ciencias sociales por la obra *Relato, tiempo y formación. Una lectura antropológica del paria*, Ediciones del Celarg (2006), otorgado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura y el Centro Nacional del Libro; también obtuvo el Premio Municipal de Literatura mención Ensayo del Municipio Bolivariano Libertador (2010) y el Primer Premio en el Primer Concurso de Cuentos Navideños (1998) por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

